This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Span 5865.6.31

Harvard College Library

FROM THE

GEORGE B. SOHIER PRIZE FUND

"The surplus each year over and above what shall be required for the prize shall be expended for books for the library"

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

F. Palau Ballestero.

CARLOS TOMASSI

(NOVELA)

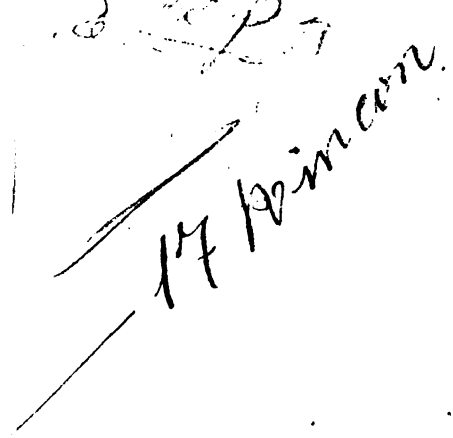
MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FE
C. de San Jerónimo, 2

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
Preciados, 48

1892

Digitized by Google



Digitized by Google

CARLOS TOMASSI

Digitized by Google

DEL MISMO AUTOR

Ptomainas y leucomainas. (Estudios contemporáneos de química legal.) Un tomo, 4 pesetas.

Para los pedidos dirigirse: en *Madrid*, á D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, y D. Victoriano Suárez, Preciados, 48. En *Valencia*, D. Ramón Ortega, Bajada de San Francisco, 11.

Digitized by Google

CARLOS TOMASSI

NOVELA

POR

FRANCISCO PALAU BALLESTERO

MADRID
ESCUELA TIPOGRÁFICA DEL HOSPICIO
Fuencarral, 84
1893

Digitized by Google

HARVARD COLLEGE
AUG 2 1920
LIBRARY

Span 5865.6.31

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

Digitized by Google

A LA CRÍTICA CONTEMPORÁNEA

Allá van las cuartillas de una obra más, á poner en movimiento parte del personal de una imprenta. Los cajistas empiezan á componer; el ajustador á preparar, y el regente á dirigir. Todos trabajan; incluso la materia bruta que transformada en maquinaria, es movida por el brazo del hombre ó por el vapor; pero el trabajo realizado por estas diversas entidades, es diferente al que experimenta en su interior el autor, sosteniendo la consiguiente lucha, entre el gasto de la edición y la imaginaria venta del libro... Sin embargo; en esta cavilación sorda y cruel, nadie le compadece. El personal sigue la empezada tarea á fin de terminar cuanto antes; y la obra esmeradamente impresa queda ultimada, y en condiciones de ser exhibida en los escaparates de las librerías.

Ahora bien... ¿Cómo resolver el conflicto, que

Digitized by Google

parece ser sainete en sus comienzos, y su desenlace puede terminar en trajedia?

El problema quedaba resuelto, si en lugar de un servidor de usted (perdone la gran señora, nombrando primero mi persona), fuera un literato de reconocida importancia como los *Valeras*, *Peredas*, *Galdós*, etc., etc., firmas todas cotizadas á buen precio en el mercado de libros españoles, y aun allende los Pirineos. En este caso el conflicto económico quedaba en pie; el libro tendría aceptación, y la venta de ejemplares sería un hecho. Pero esta solución, además de ser utópica, es un imposible: las jerarquías en la literatura, en la ciencia y en el arte, tienen que existir necesariamente; y yo mismo comprendo que el pretendiente ansioso de reputación, no ha de dormirse en las pajas, si quiere adquirirla por medio del estudio y las buenas obras.

En cuanto al recurso de la mayoría, acudiendo al amigo, mendigándole un prologuito-presentación de novel escritor, es cosa ya gastada y sumamente tonta. No diré nada de los consabidos prólogos, ocupándose de las mil tendencias que apestan por demasiado conocidas; ora disertando del arte docente ó del arte por el arte, ora del realismo como contrabando transportado de luengas tierras, ó bien de la psicología puesta en novela; tampoco de los ya tan cacareados perdones, á fin de que el lector paciente mire con bue ojos las páginas del libro, preparándole de a

Digitized by Google

mano á tragar sandeces y vulgaridades indecentes... Con todos estos quebrantamientos de cabeza iba paseándome por las calles de la capital, y la casualidad hízome tropezar en la del *Sombrerete*, con un respetable viejo ochentón de cara rugosa y descuadernado cuerpo. Reconocí á mi amigo el anticuario Jaramilla Cantorrodado, y todas cuantas penas abrumaron mi espíritu desaparecieron como por encanto.

—¡Sr. D. Policarpo!— exclamé profundamente emocionado,—acompañando este arrebato de entusiasmo, con un abrazo muy fuerte que pudo dejar mal parado al ex juez municipal de Alcuzaya.

—¡Ah, mi buen amigo Palau!... ¡Cuánto tiempo sin vernos! ¡Cómo pasan los años!...

.....

Me entristece recordar todo cuanto hablamos; faltó poco para no llorar el prehistórico vejete. Aquel día lo dediqué exclusivamente desmenuzándole alguno de los capítulos de *Carlos Tomassi*; y á la vez reconociendo que «del viejo el consejo,» contéle todas mi cuitas y me apresuré á escuchar todas sus opiniones en el asunto que tantas cavilaciones me costaba.

Pareciéronme fáciles de intentar, y sin perder momento puse manos á la obra... ¡¡Buscar un editor en España, donde los libreros piden de la va novela de Zola *La Debâcle*, 12 000 ejemes; cuando el inteligente y sabio Ortega Mu-

Digitized by Google

nilla reconoce que la profunda y clásica *Pepita Jiménez* no ha llegado á esta cifra de venta!!...

Comprendo que es una temeridad pretender tal cosa: por otra razón, mi consejero Jaramilla quizá dé en el clavo y acierte!

A buen paso me dirigí á casa y redacté unas cartas:

«*Sr. D. Perengano del Monte.—Cascarrabias.-Editor*:

Acabo de ultimar una novela intitulada Carlos Tomassi: como tengo la seguridad de que será del agrado del público, me apresuro á notificarle rendirá extraordinarias ganancias, máxime si se atiende al desarrollo de la trama, etc., etc. (aquí incluyo los capitales más culminantes). . . . . .

. . . . . .

Por lo tanto, ruégole me indique á correo seguido si podré contar con su apoyo, encargándose de editarla con el exquisito gusto que su renombrada casa acostumbra.....»

La contestación no se hizo de esperar, descolgándose su señoría editorial con estos ó parecidos términos:

«*Muy señor mio: Teniendo exceso de original de varios autores ingleses, franceses, alemanes, rusos, etcétera, etc., y presumiendo que de la noche á la mañana se alteren los tratados y relaciones en aquellos palses, he decidido no adquirir nuevas obras, interin no deje publicadas las que poseo en cartera. Me en la necesidad de esto, porque en caso contrario*

Digitized by Google

rían muchas las pérdidas que podrían originárseme.. Suyo affmo. (Firma y rúbrica).»

Así pude recibir alguna docena de contestaciones, todas de igual catadura. Como en la mayoría de las que guardo, dedican á mi obscurecida persona algún piropo y hasta frases de relumbrón, siempre á este pícaro magín no dejaron de halagarle aquellos requiebros, y continuó insistiendo en este *vía-crucis*, hasta recibir una que me convenció de la ignorancia en creer tales consejos.

Era la contestación de un editor de Piñoneda del Pozo. El cual me decía lo siguiente:

«*El original-novela ofrecido por Ud. tengo completa seguridad será del agrado del público, si en vez de intitularse Carlos Tomassi, nombre peregrino y sonoro, pero de escaso interés, cambia de bautismo, recibiendo otro que retumbe fuerte* (cual petardo en botija.) *Yo puedo aconsejarle desista de semejante despropósito de nombre, confirmándole por el siguiente*: «*La gran charca ó los amores de una religiosa*»; *ó por este otro*: «*La dinamita en el hospital de Z. ó los amores de un doctor*», *nombres todos no tan peregrinos y sonoros, pero sí de segura aceptación en el mercado de libros.*

En estas condiciones, no tendrá inconveniente de editarla lujosamente, su affmo. s. s. ....

. . . . . .

No pude continuar más la lectura, y todo lo mandé al cuerno. Y aquí vuelvo adonde empecé, después de manifestado el motivo de mi atrevi-

*

Digitized by Google

miento, efectuando gastos que me daré por satisfecho si veo remunerados.

Después de todo... ¿qué puede ocurrir publicando este fruto de mi pobre ingenio? ¿Se alterarán las leyes sociales y naturales de las cosas? Creo que no. Todo permanecerá en su estado sempiterno: las convulsiones tetánicas casi epilépticas motivadas por las luchas entre el capital y el trabajo, continuarán lo mismo: los Académicos ocuparán la poltrona por obra y gracia de su talento: las producciones de nuestros mejores novelistas serán admiradas sin distinción ni controversia: el teatro con todos sus gloriosos y antiguos abolengos, entonará solemne cántico á la moderna, preludiando una futura regeneración: la política aparecerá con su aparente buena fe y su progresiva marcha; y si Dios mediante hiciera falta un cambio ministerial, vendrá el consiguiente turno, acaudillando el rebaño otro pastor no menos inteligente que el actual. Todo esto y aun mucho más que podría decir (y quiero callar por no venir á cuento), permanecerá impávido y absorto, ante la aparición de una obra sin pretensiones; y la novela ó ensayo que este tomo contiene esperará muerta de risa su bienvenida al mundo literario, transformándose en clorótica en el escaparate del librero.

Pero como quiera que al amparo y juicio de la docta crítica la someto, y á ella me acojo, daré por muy bien empleado el tiempo que gasté en es-

Digitized by Google

cribirla, considerando por muy sagrado su dictamen. Después de *El sabor de la tierruca*, *Escenas montañesas*, *Tipos y paisajes*, *etc.*, *etc.*, joyas del ilustre ingenio santanderino, bien poco se puede decir de la vida aldeana: por lo mismo lo anoto, para que no vean algunos maliciosos cierto prurito de imitación en las páginas de este deslavazado libro.

F. Palau Ballestero.

Madrid 15 Abril 1892.

Digitized by Google

Digitized by Google

I

Dos años hacía que el estudiante Carlos Tomassi, italiano de nacionalidad y naturalizado en España, había terminado los estudios correspondientes al período de la licenciatura en medicina y cirugía. La mayoría de sus condiscípulos recordaban aún con alegría el humorismo y la sátira con que salpicaba graciosamente cuantas conversaciones bulliciosas eran comidilla diaria durante sus cotidianos paseos por el soberbio edificio de San Carlos:—como la esposa del pescador espera con impaciencia é intranquila la llegada de su consorte sano y salvo, siempre cariñoso, dispuesto á relatar los escabrosos lances de la pesca,—así era es-

Digitized by Google

perado nuestro médico en ciernes por todo el cónclave escolar, que un cuarto de hora antes marcaba con deleite la gracia picaresca y el chispeante donaire de aquel compañero inteligente y despreocupado. ¡La época estudiantil había entrado en el mundo de la historia! Pepe Lanza, Arturo Fonseca y el inseparable é íntimo Rodríguez, nadie, absolutamente nadie, tratarían de olvidar aquellas deliciosas páginas; quizá todos; aunque no fuera más que Rodríguez, le recordaría mucho más de lo que el compañerismo obliga. ¡Dos años han transcurrido! ¡Dos años de martirio, contrariedades, dudas y vacilaciones! ¡La práctica profesional! Mucho mejor hubiera sido no haberles visto; desconocer la presencia entitativa de aquellos seres tan predilectos; pero el destino, la profesión, las circunstancias especiales en que todos se hallaban, les obligó á cambiar de rumbo. ¡Siempre las circunstancias! como decía aquel personaje de Fígaro.

Sentía Carlos la nostalgia de su tristeza; recordaba que los caros colegas de estudios tardarían en verse é ignoraba do estarían sus huesos; pero á Rodríguez no le perdonaría su silencio tan prolongado: juráronse al tiempo de despedirse que nunca jamás se olvidarían; pero ni una carta, nin-

Digitized by Google

gún consuelo; únicamente el silencio en pago de su amistad sincera y noble: en cuanto á Pepe Lanza y á Fonseca, no había que hablar, descuidadotes, aunque cariñosos; poco expansivos é impresionables en extremo: lo único que podía sacar en limpio en este pugilato de cavilaciones, era la idea verdad, firme é imperecedera de todo el cariño que les profesara en dicha época; pero no había que recordarla, quedando sólo en su imaginación el sentimiento natural de no haber aprovechado aquel tiempo que indiferente y con desdén vieron pasar.

—¡Cuánto mejor hubiera sido, que el mismo día de la separación, en íntimo alborozo todos los amigos, cambiáramos impresiones, reanudando aquellas promesas tantas veces cacareadas, y por desgracia no cumplidas! ¡Bien dijo Fonseca, que el sitio más adecuado era el restaurant de la Perla! Allí, depositando cinco pesetas por barba, hubiéramos desahogado nuestra alma ensartando discursos y más discursos en beneficio de nuestra profesión á cambio de alguna lágrima de ausencia. Pasarían por nuestro sistema nervioso todas aquellas sacudidas de entusiasmo loco, recordando al célebre Antonio Vico, ya presentándose con el carácter de juez, lavando la

Digitized by Google

mancha de honor ocasionada por el adulterio, ya vestido de malla y capacete, apasionado y amante, ó torpe y elocuente en *La levita* de E. Gaspar. No había remedio: todo esto no era más que un capítulo olvidado en el libro de los recuerdos.—En cambio, el lector que con paciencia me haya seguido, tenga un adarme más y no tardaremos en verle seguir sus pensamientos: observaremos á Carlos Tomassi en un cuartucho celda, asqueroso; un catre de hierro que más de dos veces ha tenido que sufrir alguna que otra amputación por el mecánico; cuatro sillas verde obscuro, desvencijadas y cojas; y palanganero de maderada acribillado por el gorgojo: tal era á grandes rasgos su gabinete de estudio. A lo dicho no hay que añadir más; solo un montón de libros, y en diferentes sitios, algunos en buen uso, como si se mofaran de aquella estancia tan miserable y ruin.

Carlos Tomassi, licenciado en medicina y cirugía, estaba paseando por su habitación, abstraído con alguno de los pensamientos indicados anteriormente. Estudiado en conjunto, podía decirse que era un arrogante mozo: sus cabellos luengos y castaños indicaban el abandono de su ser; apenas tenía veintiséis años (aunque el na-

Digitized by Google

rrador de este ensayo de novela, oyó decir á persona bien informada haber cumplido los treinta); de recia musculatura y de mirada penetrante y honda, á pesar del estado moral en que se hallaba; era, en una palabra, el prototipo de la caballerosidad y de los pocos seres esclavos del cumplimiento de su deber.

Algunos meses habían transcurrido desde que abandonó la aldea, donde practicó los primeros años su carrera, y uno próximamente que volvió al Madrid tantas veces deseado y ahora tan soso y aburrido; faltábanle aquellos diarios contertulios que con frecuencia se disponían á pasar la tarde recitando á los clásicos, como íbanse al Ateneo á escuchar con deleite los elocuentes discursos de sus socios. ¡Parecía la estatua del abandono, siempre silenciosa y cruel!...

¿Qué extraño motivo ocasionó su intempestiva salida del pueblo?

¿Cómo dejó de asistir á sus pacíficos y rudos clientes sin causa justificante, siendo así que vivía adorado y respetado por aquella gente labriega, que á pesar de su escasa higiene y sus conatos de nobleza, era sencilla y franca en sus arrebatos político-religiosos? No es la ocasión oportuna para encajar todo cuanto pudo ocurrir al

Digitized by Google

protagonista de esta verídica historia; y en los capítulos siguientes, Dios mediante, saldrá de dudas el paciente y discreto lector.

Terminó la carrera con gran aprovechamiento, y no queriendo perder tiempo, en virtud de una Real Orden, se presentó en los exámenes libres del período del doctorado; faltábale sólo la presentación del discurso-memoria, y ese fué el motivo de que en aquella sazón se encontrara en Madrid. Su afán no era otro que preparar una cosa notable por todos conceptos; dejar absorto y admirado á todo el tribunal reunido, y al día siguiente la prensa de todos los matices, así como las Revistas profesionales, le glorificarán, haciéndole salir del letargo triste y pesado de las medianías.

Pasaba revista con febril impaciencia á todos cuantos libros estaban á su alcance; registraba programas antiguos, abandonados con indiferente desdén y ahora manoseados, con el fin de encontrar asunto de importancia y renombre; pero el tema deseado no aparecía: después de emborronar algunas cuartillas y preparar algunos comienzos de planes científicos, acabó de convencer á su ya cansado cerebro, que la hora de desembuchar aquella memoria

Digitized by Google

no era propicia, y que desde luego trataría de refrescar la imaginación dando un paseo largo, muy largo, si le fuera posible por uno de los sitios más concurridos en la villa del oso y del madroño.

Salió disparado; bajó la calle de Campomanes, y como su pensamiento cambiase de rumbo, emprendió el camino de la Biblioteca de Marina; allí recogería datos; estudiaría detenidamente el tema, y, sin duda alguna, le inspirarían aquellos inmensos volúmenes de la ciencia náutica. Cerca de una hora anduvo de ceca y meca el bibliotecario, y no logró satisfacer el deseo de Carlos: el libro que había pedido era muy moderno, y no era fácil que la biblioteca pudiese contar entre sus volúmenes aquella obra, rara y extraña; deseando complacerle le prometió buscarla, y al día siguiente podía tomar las notas que creyera convenientes; devanóse los sesos inútilmente, y en último resultado tuvo que salir de aquella mansión del estudio, no sin agradecer al oficial su comportamiento.

Vióse de nuevo en la calle con una de esas cefalalgias ocasionada por el baturrillo de tanto libraco. Caminaba como un tonto; recorrió ensimismado todo el perímetro de la plaza de Oriente, hasta que rendido y medio vacilante se recostó en

Digitized by Google

uno de los bancos de piedra que circundan el jardín. Su pensamiento no dejaba de concebir planes, y su estado febril los dejaba en un periquete como estériles y deficientes: una vez tranquilo y vuelta la color de sus mejillas, animóse de pronto como si una de esas ideas grandiosas transformara su ser y rejuveneciera su decaída masa cerebral.—¡La incógnita está despejada!... Ahora lo único que necesito es facilidad para trasladarlo á las cuartillas... Todo lo que antes encontré embrollado y de solución difícil, está resuelto... ¡No desmayes, Tomassi!...

Paróse en la contaduría del Teatro Real, el sitio clásico por excelencia donde el talento, la industria y la banca en íntimo consorcio se complacen con sus frecuentes entrevistas... ¡¡La Música!! con toda su influencia en el organismo de las sociedades, la que identifica la acción del sueño con la realidad, la que, según un sabio ilustre, «hace que el hombre crea de rodillas en la divinidad, se manifestaba á la vista del anuncio... *¡Lohengrin!*... Carlos conocía algunos trabajos de Beethoven, su *Pastoral* y *La Marmota*; había oído en la Sociedad de Conciertos *La Marcha de las Antorchas* y la de *Il Profeta*; conoc alguna ópera de Verdi, nada más; ignor

Digitized by Google

ba todo cuanto Wagner escribió. Sintió deseos de admirar lo tangible con lo impalpable, de tomar una localidad, presenciar una de las obras maestras de aquel coloso alemán, pero atribuyó estos conatos de holganza á distracción no conveniente á su salud y al estado de ánimo poco favorable en que se hallaba, y desapareció tan conforme, quedando sólo aquella reminiscencia propia de los niños cuando dejan de ver por un tiempo más ó menos largo á los autores de sus días.

Así continuó el paseo, parándose delante del escaparate de alguna librería; subiendo por la calle de la Montera se detuvo en el *Gran Cosmos Editorial*, hasta que rindiéndole aquel largo paseo, dió rienda suelta á sus pies, llegando lo antes posible á un gabinete de estudio, para desenvolver aquel pensamiento útil que tanta gloria le había de reportar en lo porvenir.

Dos noches tardó en desarrollar el tema de su discurso, que limpio y morondo, después de emperejilarle en debida forma, fué leído solemnemente el 24 de Mayo del año 18.., mereciendo por unanimidad la calificación honrosa de *sobresaliente* por lo atrevido en sus conceptos y relevante sentido experimental.

. . . . . .

Digitized by Google

Al día siguiente de aquel mismo año, la prensa española, así política como médica, dedicaba artículos extensos encomiando al nuevo doctor D. Carlos Tomassi y felicitándole por el triunfo obtenido en el escabroso campo de la ciencia médica; no faltando diario, que extralimitase sus alabanzas, hasta el extremo de citarle como el revolucionario que había de conmover el edificio de las ciencias médicas.

Digitized by Google

II

CADA escritor tiene en su mollera una geografía parda especial que guarda en sus documentos y notas, sin perjuicio de modificarla cuando lo crea conveniente: pueden considerarse como relatos escogidos del medio ambiente de países determinados y ciertos, pero como otras tantas Orbajosas y Vetustas de nuestros castizos y contemporáneos novelistas, no hay que extrañar en modo alguno, pueda existir en la geografía psicológica de mis circunvoluciones cerebrales, una aldea hermosa por su campiña, de porte sencillo y tosco, á la que denominó un arqueólogo, raro como la misma, el calificativo de Alcuzaya.

Digitized by Google

De la misma manera que un centro fabril se anuncia con esas convulsiones titánicas y epilépticas producidas por los diferentes mecanismos ruidosos y acompasados, silbatos del movimiento en actividad, cantos de toda una colmena social dedicada al trabajo, así también la histórica y noble Alcuzaya, enclavada en una de esas hondonadas de los terrenos de Castilla la Vieja, anúnciase por grandes y encrespados picachos de piedra berroqueña, cataclismos de su escabroso subsuelo, vertederos de podredumbre é inmundicias lugareñas, que rodean las precedentes planicies y llanuras; y á mayor consuelo del novato morador, toda una zanja ribera como línea divisoria de las endemoniadas y empinadas calles: no posee ningún ramal de carretera, y esto, disgusta en extremo á los naturales del país, porque ignora el mundo la floreciente riqueza de aquel suelo productor de los mejores nabos, garbanzos, centeno y bellotas. Componen esta aldea cuatro callejas angostas y largas con sus correspondientes plazoletas. La población antigua la forman la calle de Cuzayo y la del Molino, ambas estrechas; y la moderna las dos restantes; todas desembocan en la ribera. Aunque estos dos barrios tienen sus casas basta separadas y han recibido el nombre

Digitized by Google

Arriba y Abajo, están guardando idéntica posición geográfica, por cuya razón pueden recibir la misma calificación.

Las casas están construídas de adobes y piedra. No conocen la cal ni el yeso, y fué cosa que les llenó de sorpresa y admiración el ver reconstruir la fachada de la del boticario, con dichos materiales que se trajeron de la capital; cuando terminó era la más hermosa de la aldea por tener espacioso soportal, cuatro rejas y otros tantos balcones, pudiendo competir con las más elegantes de Berruguillo. Dista éste, que es la cabeza de partido, seis leguas, y está levantado en una llanura por la que atraviesa la carretera. Como un tiro de escopeta del centro de su caserío, está la vía férrea y estación telegráfica.

Formando un ángulo y en la parte Norte están Aldeamocha y Pradoverde, aldeas insignificantes y de escasa importancia.

Existe una gran rivalidad entre Berruguillo y Alcuzaya desde que se construyó la carretera para los primeros, viéndose los segundos privados de ese medio de progreso.

Imposible tratar de meter en cacumen y poco acostumbrado á frecuentar lu- de esta índole, una idea del carác-

Digitized by Google

ter de sus moradores, los alcuzayeses; pero es tan arraigada la importancia de su mansión señorial, tal la riqueza de datos con que demostrar pueden al forastero inocente su intrínseco y anticuado abolengo, que sería una tenacidad el consignar ideas propias sugeridas por un estudio detenido y seriamente razonado; pero aunque poco amigo de sacar á relucir nombres latinos y entreverados, puedo decir las impresiones de un amigo mío, Policarpo Jaramilla Cantorrodado (persona que me facilitó estas notas), de superiores estudios, filólogo y anticuario, doctor en humanidades, etcétera, etc., las cuales retratan á las mil maravillas el carácter del pueblo donde ejerció nuestro Carlos el aprendizaje y sinsabores de la medicina.

Al alcuzayés,
ni le quites, ni le dés:
mal no le hagas,
porque no lo merece:
bien tampoco,
porque no lo agradece.

Creo que con lo dicho podrá apreciarse el talento del Sr. Cantorrodado y sus dotes poéticas; pero aunque mal rimado y desproporcionadamente falto de verdad (pues en este asunto quiero ser justi-

Digitized by Google

ciero), quedo satisfecho y me lavo las manos, como aquel Pilatos de nuestro Testamento.

Una de las notabilidades con que suelen favorecer al visitador, no por vía de distracción, sino con objeto de que sepa admirar la parte prehistórica y noble de la tierra, es el templo, raquiticón, frío y húmedo, capaz de proporcionar un reumatismo á persona robusta y de complexión fuerte: en el templo sólo hay que admirar y reconocer en mérito, la pila bautismal, donde generación tras generación han depositado con paciencia sus tiernas cabecitas, y después del consiguiente remojón en el cogote, dejar implantada la fe religiosa á todo un pueblo. No es esto lo más extraño; no por cierto. Desde el momento en que la inocente criatura recibe el agua bendita, acompañada del correspondiente latinajo del cura, muéstrase satisfecho el padre espiritual de haber proporcionado una piedra más en el edificio que se levanta al catolicismo. Por lo indicado, queda como razón lógica y favorable al párroco de Alcuzaya, el cariño y la estimación del vecindario al ver con gusto que la administración de sus fincas le rinde fuertes sumas, á más de ser esclavos sus feligreses trabajando y mortificando el espíritu por

Digitized by Google

medio del ayuno, ofreciendo misas cantadas en vez de rezadas, y llevándole un sin fin de atenciones y regalos gastronómicos para sostener y alimentar la robustez de su cuerpo, gloria de los alcuzayeses.

La pila bautismal recuerda una época muy remota; más bien debió ser obra de godos, á juzgar por el parecido que tiene con la de San Félix Mártir, en San Felipe. Como aquélla, está cavada en un capitel gótico de mármol, aunque varía el color por ser negro, de hermosos relieves que representan un pasaje bíblico; según tengo entendido, nadie los ha podido descifrar por estar muy borrosos.

El elemento femenino puede considerarse como de más condiciones intelectuales que el sexo fuerte: como está arraigada la hipocresía, resulta, en este país, que la mujer posee un espíritu previsor y un genio crítico, desarrollado merced á la continua asistencia al templo; á los rapapolvos que desde la cátedra del Espíritu Santo suele dirigirles su pastor de almas, y á la continua chismografía callejera, que en este pueblo más que en otro alguno ha llegado al límite de lo inaguantable y temible: podíamos afirmar la existencia de una especie de tratado de *gramática pe da* con ribetes de cortés, que necesar

Digitized by Google

mente tiene que aprender el *eterno femenino* en su infancia.

En cuanto al campesino, puede decirse que es rudo y soez como los instrumentos que con frecuencia tiene que manejar: zorro é intencionado, incapaz de una acción buena, y avaro por crearse una posición libre é independiente. La idea del socialismo expuesta por Marx, está sostenida en esta tierra por los hechos, pero de ninguna manera manifestada en sus aspiraciones, que tienen más germen de tradicionalismo que las doctrinas de nuestros escolásticos de antaño.

He oído decir más de una vez, que en Alcuzaya no existe más persona de criterio que la perteneciente á la clase artesana: en ésta se podía contar algún que otro individuo dedicado con entusiasmo al mercantilismo industrial de compra é inmediata venta de artículos de primera necesidad. Esto, como se puede ver, ni es arte, ni pretensiones de tal posee; pero es el caso que aquí por tal se tiene y lo mismo se le considera; aparte de alguna que otra fábrica dedicada á la noble industria á que tan acertadamente dedicóse el célebre Palissi, no hay más que la construcción y formación de todo aquello que pueda estar relacionado con prácticas litúrgicas. Así

Digitized by Google

es que en el ramo de cirios y objetos sagrados hay que considerar que Alcuzaya ha llegado á la meta de su adelantamiento progresivo.

La moralidad en este centro situado en el corazón de Castilla, corre parejas con las condiciones anotadas de sus tranquilos moradores; pero hay que advertir que son tales las circunstancias en que se encuentra la juventud femenina, tal carencia de elementos disponibles para efectuar un casamiento canónico, que se hace imposible el que la mujer pueda guardar entera fidelidad á ninguno de sus pretendidos adoradores; á más de esto hay que añadir la libertad de acción de los mozos del lugar, que siempre están dispuestos á entretener á la hija de familia con sus juegos infantiles, muchas veces funestos por sus consecuencias respecto á la moral.

Tal es Alcuzaya; la tres veces noble, aunque pequeña; la moderna *Roma*, llamada irónicamente por el anticuado documentarista, Policarpo Cantorrodado.

La casa donde residía Carlos Tomassi, médico titular de la población, era una de las más antiguas y risueñas de todo el casco. Su aspecto exterior mezquino, con su correspondiente portalón; su pequeño jardín, y una distribución interior tan mal

Digitized by Google

metodizada por su irregularidad, que contrastaba con el carácter de su morador, pulcro y refinado, elegante en el vestir é higiénico en sus costumbres.

Pero todo lo que dicha casa tenía de malas condiciones, era compensado por la arquitectura seria y acomodaticia de la vivienda donde estaba instalada la oficina de farmacia y punto donde residía la familia del antiguo boticario.

Puede decirse que era el ordinario punto de reunión de la clase selecta y acomodada; con frecuencia animaba el farmacéutico á todos sus diarios contertulios á echar unas manos, y en honor de la verdad, solían disponer bien pronto de dos mesas, emprendiendo el eterno silencio, unas veces, y otras el alarmante alboroto del juego más noble que hoy se conoce. El tresillo se ha generalizado mucho, así es que no llama la atención la *puesta* y el *codillo* ignominioso, afrenta del jugador.

La hora en que Tomassi estaba en casa era al anochecer; desde que permanecía en el pueblo, toda su vida transformó, llegando á poder adquirir el hábito de proporcionar al centro nervioso y á sus funciones estomacales el reparo consiguiente, para no desfallecer; una vez realizada esa importante función, paseaba un largo rato

Digitized by Google

y empezaba el estudio. Era su elemento el trabajo asiduo, metódico y reposado, á fin de no olvidar los anteriores estudios, y el día de mañana dar rienda suelta á la más noble de sus aspiraciones. Las cuatro ó cinco horas que dedicaba al estudio se realizaban como por una necesidad que su organismo tenía que cumplir y á la manera que un aparato de relojería da una hora determinada. Su carácter era afable y bondadoso, amante en estremo por la música y poco amigo de la bullicjosa algazara.

La noche era para Carlos el momento deseado: sólo en los libros encontraba placer, sosiego y tranquilidad, calmando los sinsabores y las sandeces que aquella gente desconfiada le regalaba á cada minuto. Durante el día (una vez cumplidas las visitas facultativas y harto del salvaje trato de las familias), solía aburrirse soberanamente.

Varias veces trataron de fundar una parodia de casino, donde distraer las horas, pero en vista de las malevolencias y diatribas personales, volvía á calmarse la efervescencia y quedaba el asunto en el olvido.

—Nada, absolutamente nada merecemos; únicamente el destierro, largo, inacabable, eterno—decía Tomassi, saboreando un cigarro, mientras de sobrem hablaba con su criada.

Digitized by Google

—¡Qué cosas tiene el señorito!

—¿Qué? por ventura, pedazo de alcornoque, ¿merecéis algo más que una mazmorra y una pocilga? Antes, todo el lugar quejábase del mal comportamiento de mi antecesor, y quemaba incienso en mi altar; comparaban el carácter de ambos, y enmedio de mil alabanzas, decían que yo era esto ó lo otro ó lo demás allá. Aún no llevo cumplidos seis meses de ejercicio, y todos son quejas y comparaciones tontas. ¿A qué obedece este cambio? ¿He dejado de atender á mis clientes? ¿Tienen alguna queja razonable en que fundar sus temores?

—Señorito: aquí *semos* todos muy brutos—respondió con tristeza la doméstica.

—Menos mal, que conoces el carácter y la índole de tu tierra: y aunque tú seas un cacho de animal, como ellos, es diferente el medio en que vives y te relacionas: ya sabes que aunque de otra aldea limítrofe á esta, varía mucho el porte y la inteligencia de sus moradores; pero aquí, esto es un presidio y un manicomio; es la muerte proporcionada á dosis homeopáticas, pero la muerte al fin: lo que más revienta es la crítica del populacho soez y estúpido, amigo siempre de faltar á la ver-
, desmoronando y royendo al prójimo.
lo que hace falta, es un médico tor-

Digitized by Google

pe como sus clientes; una segunda edición parecida pero no corregida, al que hace cuatro años murió: ya recordarás que aquel buen hombre todo lo arreglaba con sangrías y sanguijuelas, amén de algún que otro remedio casero; por eso tenía el boticario tan frita la figura y hacían pocas migas. En cambio el pueblo le adoraba porque nunca les hizo gastar un céntimo en botica. ¡Alcuza ya está condenada á no tener más médico que á un ganso, de cerebro seco y gastado!

—Al señorito Carlos no le gusta más que Madrid...

—A mí me gusta todo país que posea ideas propias, que no esconda la frente de vergüenza, y que además de noble y honrado, sea hospitalario. Esto no era lo que yo estaba hablando, pero ya que sacas á colación al pueblo de Madrid, sin venir á cuento, conste lo dicho y vete á fregar, no quiero aguantar pulgas de nadie.

Una vez solo el médico del lugar, leyó detenidamente la prensa de la Corte, escribió dos cartas y empezó á redactar un artículo para una de las *Revistas de terapéutica* que salían á luz los primeros de mes. Hecho esto se durmió pensando en que á la mañana siguiente tenía que asistir á una boda que le habían invitado.

Digitized by Google

Mientras que el médico dormía tranquilamente, Casilda, la criada, esperaba con impaciencia en la huerta, la llegada de su amante; pero, sin duda, aquella noche no pudo cumplir la cita el enamorado mancebo, y harta la fregona de esperar, retiróse de mal humor, prometiendo no bailar el domingo con su adorado tormento.

Digitized by Google

Digitized by Google

III

Las cinco de la mañana de un sábado acababan de dar en el reloj de la escueta y lagrimosa torre de Alcuzaya. Nada más vistoso y á la vez encantador aspecto, que el presentado por la población, á la vista del joven médico. El sonsonete pesado y lastimero de la flauta; el acompasado y perezoso zascandilear del tamborilero dando resoplidos por alejar su embarazoso sueño; el canto del gallo madrugón; las idas y venidas de alguna contada vieja aficionada á entrometerse en todo lo que no le importara un comino; la llegada á la plaza de ese continuo clamoreo de alegría con que era despertada la novia pálida y ojerosa sin poder

Digitized by Google

conciliar el sueño último de la mocedad que perdía— todo esto, como iba diciendo,—era el precursor anuncio de una gran solemnidad que se preparaba en lo íntimo de una sociedad al parecer decaída y casi muerta: poco después iban llegando paulatinamente en diferentes tiempos; el ganado que tiene por oficio rebuscar su vida en el campo olvidado por su dueño, y en el escaso pasto de las praderas mondas y peladas de aquellos contornos; el estridente gorjear de los pajarillos anunciando el amanecer silencioso y rítmico de un día de invierno: todo, absolutamente todo, convidaba á la meditación embargando los sentidos.

Un momento más tarde, otra vez el silencio: cállase la flauta y el tamboril; los bueyes con paso tardo rumia rumiando salen del tinado, colócanse en la barra del carro, déjanse uncir por el labriego, y emprenden el camino con parsimoniosa marcha; la vecera que se formó poco á poco á los acordes del látigo del porquero, alé-jase gruñendo con orgullo; desaparece la yeguada, el canto precursor de la mañana entonando el *stabat Mater*, es menos perceptible, y vuelven á recobrar esa calma tan singular que presentan los pueblos castellanos antes dormidos, aletargados,

Digitized by Google

ahora en movimiento desperezante, latente y sugestivo.

. . . . . .

Las campanas de la torre alcuzayesa anunciaron boda según costumbre tradicional, y los convidados íbanse preparando para salir de sus casas, dirigirse á la de los padres de la novia para formar, como es consiguiente, parte integrante del cortejo y comitiva nupcial.

Tomassi, media hora antes de la señalada, salió de casa á fin de respirar el ambiente fresco, contemplar el hermoso cuadro viendo despertar á una aldea, y á la vez visitar algunos enfermos que tenía de gravedad. Atravesó la Plaza Consistorial para dirigirse á la del Molino, encontrándose de buenas y á primeras, con una mujer arrebujada con mantilla colorada que le saludó afectuosamente.

—Buenos días nos dé Dios, señor don Carlos; ¿descansó usted?—dijo la tía Celedonia, mujer aviejada, madre de ocho hijas, treinta y dos nietos, mas algunos biznietos.

—Bien, hija mía, bien—contestó el médico.—Usted, á juzgar por el madrugón y lo emperejilada que anda, no debe haber descansado gran cosa.

—Yo—respondió la abuela—gracias á Dios, no puedo tener queja: ni creo haya

Digitized by Google

turbado nada mi tranquilidad. Eso, el señor *mérico*, que andan diciendo por esas calles, que si fué y vino, lo otro, lo de más allá!... Esos demonches de muchachas son capaces de trastornarle á usted! ¡Ahora comprendo! ¡Pillin! ¡Picaronazo!... ¡No es extraño le devanen y chamusquen los *celebros* de mala manera!—dijo esto la vieja, miró de soslayo á Tomassi, y como quien nada había soltado, continuó en el uso de la palabra.

—Está visto, señor cirujano. De todo esto tiene la culpa Casilda..., esa atropellaplatos de criada de usted, por no saber *destenguir* á *presonas* como la suya, *mu sastifatoria* y *güena*...

El médico continuaba guardando silencio, sin decir esta boca es mía. Quedó algo pensativo; pero la vieja Celedonia esperaba algo más de aquella casual entrevista, y vuelve á importunar socarronamente

—Dice el *refrán* «en boca *cerrá* no *peletran* mosquitos...»

—¡Pues claro!—añadió Tomassi, interrumpiendo á la celestina de aldea.—Nunca me extrañaron las habladurías callejeras. Es más: tan acostumbrado estoy á ellas, que dudo si el día de mañana, por cualquier circunstancia de la vida, me trasl dara á Madrid—donde sabe usted deseo

Digitized by Google

á parar con mis huesos—podrían adaptarse mis costumbres, ahora tan frailucas...

Celedonia hizo una ligera mueca... soltó una carcajada hipócrita, y se alejó murmurando.

De pronto, un inmenso oleaje de carne humana destácase por el barrio del Cadozo de abajo, á la manera de grueso rebaño guiado por pastor inteligente. La gente desocupada corría á presenciar el paso de los novios. Otros, por mera curiosidad, se asociaban al grupo, considerando dichosos á todos los que fueran convidados. Era una procesión de seres de todas categorías y clases sociales, en que alternaban, los rústicos labradores de calzón corto y larga capa, con las encopetadas señoritas de Berruguillo.

Al separarse la tía Celedonia, Carlos quedó solo; aprovechó la ocasión de pasar el cortejo y se unió á ellos, por ser uno de los invitados. En aquel momento un coro de mozas, las amigas más cercanas á la familia de los contrayentes, entonaban el siguiente cántico:

«Bendiciones padres,
bendiciones hijas;
y con las bendiciones
te llevan á misa.»

El tamboril y la flauta son los únicos

Digitized by Google

instrumentos musicales que acompañan con su balumba monótona á las voces juveniles de las amigas de la novia. A dos metros de distancia siguen las familias de ambos contrayentes, con los mejores trapitos de sus arcas; después, los convidados á la festividad aldeana con obligación de asistir á todas cuantas ceremonias se lleven á cabo. Hay que fijarse en los hombres, con sus capotes hasta las orejas... Ya suben la escalinata que penetra en la plazoleta de los álamos, la cual les conducirá á las puertas del templo. Se destacan perfectamente: en el grupo de mujeres, pegada á las faldas de la madrina, una joven miedosa, de rostro cetrino, nariz correcta, labios sensuales y de regulares carnes: es Flora, la moza más resalada y discreta del lugar. En el de los hombres: retozón y acaramelado, soltando alguna sonrisa á sus compañeros, va el remilgado novio, mozo de algunas libras, repolludo y el más aficionado al repiqueteo de las castañuelas los domingos en el baile. Es Ambrosio.

Entretanto, el coro continúa con otra cuarteta de esta catadura:

«Suelta va la niña
de los caballeros;
presa ha de volver
con alguno de ellos.»

Digitized by Google

Han llegado al Sagrario: descúbrense los hombres: suben otra segunda escalinata del atrio, guardando silencio sepulcral la concurrencia que piensa asistir á presenciar el acto religioso. Las puertas de la parroquia se abren de par en par; aparece la venerable figura del párroco, y con los rituales propios del caso da entrada en el templo á los dos enamorados. El pueblo que escuchó todo cuanto dijo el padre cura, no perdía una mirada ni el más insignificante detalle de los novios... luego se abalanzó empujándose unos á otros y murmurando entre dientes: « ¡Lo que es á mí, no me dan la tostada! Flora se casa, porque Ambrosio tiene algunos *ovejos*, no pocos terneros y bastante pan en el hórreo de su casa »—no faltando estropajosas y deslenguadas que les preludiaran un porvenir negro como la noche, por casarse la moza con un palmo más de barriga de su natural.

Con todos estos malos pensamientos empezó la misa cantada, pero sin asistencia.

Más de una hora tardó, y la gente ya cansada se disponía á abandonar el templo, cuando el anciano párroco dijo con ...ara y entonación vigorosa:—*Dómi-...biscum*... y á renglón seguido... *Ite*,

Digitized by Google

misa est...—El *delirium tremens*, rebosando en todos los asistentes á la misa de boda, se desbordó de una manera rápida; el tamboril y la flauta, que hasta la terminación de la clásica ceremonia había guardado el más absoluto silencio, empezó á retumbar desde la tribuna del templo, entonando la marcha real; la gente desalojaba el santo local, no sin que el teniente cura sacase alguna que otra moneda de diez céntimos por el consiguiente *recorderis* que alguna vieja prodigara para bien del alma de los difuntos de su familia: sólo quedaron los que formaban la comitiva de boda, incluso los dos enamorados mancebos. Por fin el párroco rompió fila y quedó el monaguillo apagando las luces del altar mayor. Reorganizada la comitiva, entonaba el coro de mozas lo siguiente:

«Ya sale la novia
de misa casada,
recibirla padres
como hija honrada.»

El desfile por la plaza del lugar fué una solemnidad; jamás registró la noble Alcuzaya boda más disparatada y derroche más grande, hasta el extremo de formar época en los fastos populacheros.

Media hora más tarde sólo queda

Digitized by Google

en las calles por donde pasó la comitiva, pequeños grupos diseminados comentando el suceso, y despidiéndose hasta la tarde después de la comida que se celebraba en casa de la novia, para poder fijarse en los diferentes regalos que tendrían Flora y Ambrosio.

. . . . . .

Tan pronto terminó la comida, á la cual estaban convidados lo más selecto de Alcuzaya, á más del licenciado Tomassi, faltaba el *respigo*, verdadera cuestación bailada que á los acordes desatinados del tamboril, efectúa la novia á presencia de la familia del novio. Este acto tiene dos efectos verdaderamente maravillosos y sorprendentes: el de última despedida que la moza prodiga á sus amigos y amigas, y el de gran recaudación de ropas y alhajas, según la posición de los dadivosos.

El padrino y la madrina sentados delante de un arca, en medio de la calle esperan la llegada de la novia, la que, tan pronto se presenta, empieza á bailar haciendo mil zalamerías y vueltas, hasta que levantándose la madrina bailan á un mismo tiempo; terminado éste, la madrina deposita en los hombros de la desposada, media docena de servilletas, ó un pañuelo, ó lo que tienen por conveniente regalar: á la

Digitized by Google

madrina sigue el padrino, y á éste, las amigas ó los amigos: causa verdadera impresión que el amigo zutano ó perengano, tan pronto terminan la parte bailada con la novia, depositan por arte de encantamiento una moneda de cobre ó de plata en la boca misma de la joven casada y á presencia del esposo; aunque sus bocas se peguen, nunca hay murmuración entre los asistentes. Luego viene el baile de la *rosca*, el cual no es otra cosa, que una parodia de la *Danza macabra*; efectúase alrededor de una mesa que sostiene una elegante torta de bizcocho; la importancia de este baile consiste principalmente, en demostrar cuán frágil es la mujer que puede doblegarse al menor movimiento del varón. Siempre que la rosca se mantenga entera y no sea derribada por los bailarines, el acto se lleva á cabo á las mil maravillas y de una manera solemne.

Carlos tuvo también que respigar á la moza, siguiendo la tradicional costumbre de Alcuzaya; así lo exigía la gratitud de convidado y aun los elementales deberes de cortesía. Pero si por un lado le parecía cosa natural y corriente, por otro, sentía hacer el ridículo proponiéndose bailar al estilo del país, dando gran movimiento á las piernas, guardando unidad á tiempo, y no sabiendo dónde colocar los brazos, que

Digitized by Google

con tanta simetría manejaban los desconyuntados mozos. Quiso salir del compromiso, y como colegial delante del profesor, reanudó el baile interrumpido un cuarto de hora antes. Entonces recordó las mil chismografías de la gente, atribuyéndole amores que nunca sintió por la joven desposada de Ambrosio; y si verdaderamente algunos días estuvo hablando con la doncella, no le guió ninguna clase de afección. Todo esto pensaba Tomassi, mientras bailaba al aturdido zumbido del tamboril, sintiendo á la vez otro nuevo chisme, por parte del populacho. Pero la tía Celedonia, que cual perro que olfatea, vió empezar la danza al médico, dejó la distracción, y zascandileando por el lugar y sus arrabales, hizo correr la noticia, que bien pronto esparcióse por toda Alcuzaya—á la manera que la velocidad de la chispa eléctrica convierte áridas y secas campiñas, en húmedas y deseadas charcas.—

A las cuatro de la tarde empezó el baile público; pero como el médico comprendió al observar el baile de *respigo* con Flora, serían fáciles algunas murmuraciones en las solanas donde frecuentaban las viejas, dando pasto al chisme y al cuento, por infernar á los recién casados, abandonó la casa de Flora, situada en el barrio de

Digitized by Google

Abajo, calle del Rosario, yéndose á ver al farmacéutico, á fin de pasar un rato de tertulia.

Mientras tanto, Casilda, la fregona de Carlos, cansada como un tonel de tanto bailotear con su mozo, contaba el fausto suceso del día á otras amigas suyas, que á carcajada tendida, aplaudían las gracias de la doméstica como unas descosidas.

Digitized by Google

IV

La casa parroquial es antiquísima; algo como un resto de palacio y de convento en ruinas, desmoronados los muros, desportillados los capiteles y cúpulas que fueron emblema de algo grande, inmenso, que encerraba el lugar. Los claustros desfigurados por millares de grietas y boquetes, dejaban entrever un gusto arquitectónico decaído por el rebajamiento de nuestra sociedad contemporánea: la falta de moradores en razón á la magnitud del local, ocasionaba escalofríos en cualquiera época que se penetrara.

Es de noche. En una pieza cuadrada y espaciosa se observa una luz viva é intensa ocasionada por el continuo arder de la leña que alimenta la chimenea: ningún ruido

Digitized by Google

humano puede interrumpir el chisporroteo armonioso de ese horno de calor que reanima los sentidos. A la derecha un gabinete pequeño y alegre, con su gran ventana ojival á la que toscamente encajan unos gruesos barrotes de hierro; como los cristales y maderas están abiertos, se dibuja esa claridad artificial que el fuego ocasiona. Este silencio se interrumpe algunas veces por la cháchara burlona y atrevida de un loro que desde tiempo inmemorial posee fray Carmelo Boliche, reverendo párroco de Alcuzaya, persona proba y de sano juicio, amante de las buenas letras y sobre todo las clásicas.

Recuerda su juventud y refiere con delicia aquella afición predominante á los juegos de bolos que *in illo témpore* tenía como el más sano ejercicio de gimnasia.

Fray Boliche es una figura anticuada que recuerda á *D. Basilio*, del *Barbieri di Siviglia*, que desempeñó un célebre caricato que tanto aplaudió el público madrileño. No cuadra por cierto el apellido á hombre corpulento y de no poca estatura, pues mejor que Boliche sería el llamarle Hércules ó Gigante; pero sea esto una ironía del arbol genealógico de familia, sea que en su infancia la familia Boliche tomara tal conformación, lo cierto es que

Digitized by Google

fray Carmelo era el símbolo de la austeridad en su ministerio y el sér más honradote que conoció el villorrio en el cargo de la parroquia. Mofletudo y de mirada algo distraída sin ser bizco; cabeza bien conformada con protuberancia mamelonar en la articulación de los parietales al occipital; labios abultados y gruesos acompañados de un exceso de secreción salivar que hace el que estén siempre húmedos. Aunque su edad es adelantada, no por eso deja de poseer un temperamento nervioso que le subyuga y hace todo cuanto quiere de su personalidad.

Las ocho y media eran cuando llegó á su casa después de haber asistido á la tertulia del boticario, donde todas las noches realizaba su última visita: frío, y necesidad de alimento, es lo que trajo, y bien pronto lo comprendió su hermana, que le mimaba extraordinariamente; antes de cenar procuraba cumplir los rezos que se había impuesto á diario, pero aquel día de ninguna manera tuvo fuerzas para realizar tal promesa. Su estado general febril, quizá motivado por discusiones acaloradas que se entablaban en casa del boticario; su imaginación preocupada por los dimes y cuentos que la gente lugareña suele inventar y acompañar con sal y pimienta; la noticia del

Digitized by Google

cariño que Tomassi profesara á Flora, la esposa de Ambrosio, todo esto, digo, había trastornado el cerebro del sabio párroco, hasta llegar á no poder coordinar ideas.

Cenó mucho, pero inconscientemente, sin darse cuenta de lo que engullía. Su pensamiento preocupado no dejaba de soltar alguna de esas frases sueltas que denotan el rebajamiento moral de nuestra sociedad; algo así como un anatema á nuestro siglo depravado y lleno de escoria inmunda.

—Nada, nada, es imposible; es peor el remedio que la enfermedad; es una desgracia observar tranquilo la perversión de nuestra tierna juventud, desposeída de religión, avasallada por el oleaje de esa prensa infernal, anticristiana que todo lo desmoraliza, hasta la sana razón. Y luego, esa crueldad del *tanto por ciento* tan arraigada en toda España y más en este pueblo... Bien dijo Ayala:

> Siempre la ocasión delante;
> siempre el usurero pronto;
> y luego el tanto por ciento,
> ese reptil insidioso
> que á lamer los capitales
> comienza poquito á poco,
> y luego, no lame, chupa,
> traga, devora, y más gordo
> que su víctima, la suelta,
> y la escupe y...

Digitized by Google

Quizá pudiera añadir más el que, como yo, lo toca tan de cerca. Y sin embargo, nadie creerá que fray Carmelo, el párroco de Alcuzaya, el anciano que se despide de este mundo miserable y mezquino, está preso por las garras de ese cancervero odioso y pestilente; y luego á continuación añadió: si mal no recuerdo, el genio de Ayala lo dejó dicho en aquellos notables versos en que finaliza su obra:

Vivirás en calma
si llegas á comprender
que ese afán de enriquecer
el cuerpo á costa del alma;
ese universal veneno
de la conciencia del hombre,
que nos tapa con el nombre
de negocio tanto cieno!...
Codicia que nunca está
saciada y siempre anhelante;
si en el hombre es repugnante,
en la mujer ¿qué será?

—Perfectamente dicho por el poeta.— En la mujer, más que repugnante, es asqueroso y rastrero: aquí no basta el seis, que es el máximum que la religión consiente; ha de ser el veinte ó el treinta para acabar de desgarrar al prójimo.

Así discurría, después de la cena, nuestray Carmelo; y eran tales sus aficiones al arte escénico, que declamaba á gran-

Digitized by Google

des voces los versos que antes hemos indicado, quizá por recordar sus tiempos pasados, cuando actuaba como galán jóven en el teatro de su pueblo natal; entonces no eran estas las obras que representaban... *El sí de las niñas*, de Moratín, que fué muy amigo de su padre; las obras de Calderón, el gran dramaturgo, donde siempre que ponían en escena *La vida es sueño*, sacaba á las mil maravillas la personalidad de Segismundo: por eso tenía una gran colección de obras dramáticas y sainetes que eran sus delicias de joven. Decía continuamente, que el teatro estaba en un período de decadencia, que no había ni autores que supieran crear, ni actores que valieran un ápice; por lo mismo sentía en el alma no haber cambiado de carrera; quizá hubiera sido un talento para el teatro: así, no era más que una ancianidad respetable, más que por su talento, por los años; con todo, la costumbre y el afán de favorecer al prójimo, le daban la nota de *sabio* y *virtuoso*, cualidades que en alto grado poseía.

Mucho tiempo estuvo paseando el reverendo exclaustrado sin soltar prenda; quizá pensando en toda la basura que encerraba aquel lugar de suyo corrompido. Y como su hermana, bondadosa en ext. mo, viese que la noche transcurría sin re

Digitized by Google

lizar la costumbre de todas las noches, rezar el santo rosario, díjole que si no se cumplía se retiraría á descansar, á lo que contestó fray Carmelo « que hiciera lo que tuviera por conveniente. »

—Mira... hermano, aquí tienes bujía. En la mesa de noche está el vaso de leche; no te olvides tomarlo, ¿entiendes?...

No contestó. Retiróse Doña Angustias, después de desear á su hermano una noche feliz, pero con la idea de cumplir lo que era un bien para el alma, y una plegaria más que podía agradecer la Virgen María Inmaculada.

Una hora más tarde dormía profundamente la hermana del párroco del lugar.

Fray Carmelo Boliche, sentado en una silla de vaqueta, derrengada por los años que tenía de existencia, miraba con verdadero éxtasis una estampa que había en la pared. Era San Vicente de Paul. Recordó la polémica que entabló en casa del boticario, y trató de rogar á Dios por aquellos desgraciados seres, que por el solo hecho de poseer la ciencia experimental, en grandes dosis, les hace perder toda idea religiosa y olvidan hasta los primeros rudimentos del Catecismo de la doctrina cristiana. ¡Pobres desgraciados! Es verdad que nosotros somos *Sacerdos Do-*

Digitized by Google

mini nostri Jesuchristi, y por lo mismo nuestro deber es enseñar al ignorante.

—Señor, ¡tened piedad de ellos!... Perdonadlos... Per... donad... los... Señor... or...

Y se durmió.

Digitized by Google

V

Decía Carlos Tomassi, paseando con varios amigos: — Yo he permanecido en Madrid gran número de años y puedo asegurar á ustedes que miro la cuestión bajo otro punto de vista. Creo que el teatro no muere ni morirá: el gusto del público cada día es más delicado y se cansa, pero en gran manera, de escuchar sandeces y vulgaridades que suelen á cada paso representarse en teatrillos de real y medio por hora: no es que quiero sea el teatro *cátedra de moralidad*, para eso están los templos; pero sí de buenas costumbres y de bien decir.

Una risotada se escapó del grupo de amigos oposicionistas, que por todo y

Digitized by Google

ante todo querían entrar á degüello, no dejando ni sombra de arte escénico.

—Calma, señores.—Resuelven ustedes muy á la ligera ciertos puntos de importancia—dijo fray Carmelo. Aquí se discute con poca formalidad y hay que pensar, lo que nunca entre amigos se debe hacer. Vamos á ver. ¿Me dirá D. Anacleto el maestro, y D. Jeremías, el motivo de sus risas? Yo soy más intransigente, y por lo mismo medito lo dicho por D. Carlos.—

D. Anacleto fué más prudente, y temiendo que no tratando de pedagogía pudiese meter la pata, varió el asunto que se discutía; pero D. Jeremías, que en materia de polémica siempre le agradó llevar la contraria, insistió en la convicción de sus risas y aprovechó el momento de que no tergiversaran la hoja.

—Todo el teatro es una majadería, y á fe de Jeremías, *nunca debió consentirse lo que no tiene razón de ser;* estoy dispuesto á sostener mi desprecio en esta discusión, así como el demostrarles en todos los terrenos mi tesis. ¿Se saca algo en limpio viendo que el tenor A ó B, no satisfaciéndole sus cuartetas ó quintillas amorosas, nos encaje una romanza para decirle á su dama todo cuanto de amor siente? Eso, en toda tierra de garbanzos, es *tomar el rá-*

Digitized by Google

bano por las hojas. ¡Cuánto mejor es admirar el arte de Lagartijo ó de su maestro Cúchares? Ahí existe verdad sin componendas ni embajadas; eso es lo que vulgarmente llamaríamos ir al grano.

—Valientes barbaridades tiene el amigo—dijo con tono socarrón el médico.—Así está el mundo, y que ruede la vertiginosa esfera. Si todos pensáramos que tales disparates eran un adelanto y un bien para la sociedad, lo aplaudiríamos con vida y alma. Pero ¡¡los anfiteatros modernos!! Esos circos donde se pone en escarnio lo mucho que hay en España de ignorancia; donde se precisa ser autor de un drama triste y doloroso que pueda interrumpir la felicidad de una madre ó de una familia, eso es cruel; y conste, señores, que yo que tanto detesto esos espectáculos taurinos, soy el primero en ir á presenciarlos; pero no quita que en lo íntimo de mi conciencia comprenda que allí nada se aprende; digo nada se aprende, mucho; pero mucho malo y perverso. En vez de levantar esos edificios que horrorizarán al siglo XX, ¡cuánto mejor no sería crear escuelas, y más aún, pagar á los maestros que, muertos de hambre, corren por el mundo en busca de un pedazo de pan!—

—Muy bien por D. Carlos—es un dis-

Digitized by Google

curso brillante, por lo que me felicito y le doy mi enhorabuena, —dijo D. Anacleto; pero sepan y entiendan que ha puesto el dedo en la llaga; por algo es licenciado en medicina y cirugía.

—Y fomentar la industria nacional— añadió fray Carmelo. Y si usted es religioso, D. Jeremías, presenciando una corrida de toros, admirando como usted sabe admirar la importancia de un soberbio *mete y saca* ó un descabello, creo que sentirá escalofríos en todo su cuerpo; ¡pues no digo nada de la suerte de banderillas y de picas!... Una vez en toda mi vida, y siendo aún joven, estuve en una fiesta de esa naturaleza; hacía poco que había terminado de cursar la literatura griega y latina, la historia universal y el derecho romano; ¡siempre recordaré la impresión que pudo causarme la tal corrida! Al empezar la suerte de banderillas, sonar los clarines y presentarse los toreros en la arena, parecíame oir entonar el « *Ave, Cæsar, morituri te salutant,* » frase pronunciada por los gladiadores al despedirse del emperador romano. Pasaron por mi imaginación las descripciones que del *Spoliarium* pude leer en Séneca y Lampridio: descripciones terribles por la desnudez de sus cuadi depósitos de miembros mutilados, ca

Digitized by Google

horriblemente desfiguradas por una larga agonía... aquí, un brazo... más allá, una oreja... ¡obscuros recintos de carne amontonada, símbolo de la barbarie de un Imperio!... Todo esto se aglomeró en confuso tropel en mi cerebro... y no tuve valor para esperar la terminación. Salí escapado, lanzando un cruel anatema al siglo XIX... ¡He ahí, amigos míos, un cuadro de la cultura moderna!...

La discusión acalorada hacía más animado y corto el paseo. Andaban sin darse cuenta, escuchándose todos con verdadera seriedad. Guardaron un rato silencio mientras el párroco hablaba, aunque era interrumpido su discurso por algún atrevido y respetuoso muchacho, que con más soltura que talento, se acercaba y pedía la mano para estampar su pringosa boca; pero á la voz de—Dios te haga un santo; ven á mi cuarto mañana y te daré dulces,—volvía á su carrera para incorporarse al grupo de rapazuelos que en la esquina le esperaban.

Largo fué el paseo y la polémica, y como escena final tomaron la dirección de la casa de D. Anacleto para matar un tanto la pesadez de las largas noches del riguroso invierno.

Algo exaltados estaban los ánimos, y

Digitized by Google

en tal situación, emprender la partida que á diario tenían formalizada, era cosa de dar con los trastos á la cabeza.

Una vez formada la mesa y cada cual ocupar sus puestos, dijo el maestro:

—Ea, señores; la discusión terminó por hoy, y creo no hemos ofendido á nadie; ahora el que esté resentido que se desquite honradamente dándole á su contrincante un codillo; quiero decir con esto, que los resentimientos no deben existir entre amigos, y menos entre compañeros.

Y dicho esto, dió muchas vueltas á la baraja, y después de levantar la baceta el de su izquierda, que era D. Jeremías, repartió nueve cartas á cada uno, en porciones de á tres.

Las primeras tres cartas que le correspondían al médico, las observó con cierta indiferencia á pesar de su extraordinario valor; hizo lo mismo con las segundas y las terceras, hasta que todo en silencio, dijo con tono solemne y guasón:

—¡¡Juego!!

Los nervios de D. Jeremías se crisparon sordamente, y añadió á renglón seguido:

—¡¡Más!! ¡¡Máas yo!!

—Bien se juega—exclamó el reverer fray Carmelo.

Digitized by Google

Y como Carlos callase, D. Jeremías dijo que jugaba solo y que fuesen al robo.

—¡Oros, triunfo!!

Nunca faltan en este juego, tan generalizado en capitales y aldeas, algunos que suelen distraer sus pocas ocupaciones haciendo el papel de moscas, como D. Anacleto suele llamar á los mirones de oficio; son éstos ciertos y determinados seres que tienen tal arraigo á la moneda, tal simpatía á guardar lo suyo y defender lo ajeno, que á decir verdad, rara vez sienten lo que manifiestan al intervenir con su arbitraje resolviendo disputas ó broncas entre jugadores. Observan, hacen sus cálculos, emiten su dictamen interno y callan, manifestando cierta beatitud con su risilla, y nada más; pero viene el período álgido de la lucha, lanzan mil protestas los ofendidos tresillistas, dándose cabezadas por si la partida se pierde por la falta de pericia del que lleva encargo de hacer la *contra chica*, y entonces, aquí fué Troya; viene el barullo, la indignación, las palabrotas canallescas, algo que huele mal, hasta que viene la intervención lógica del *mirón* imparcial.

Es general esto, y creo no puede concebirse partida sin su pequeña *bronca*.

Algo de esto ocurrió entre los aristocráticos próceres de Alcuzaya al reunirse

Digitized by Google

para entretener la velada pesada y triste de invierno.

¿Quién fué el promotor de tal desaguisado? No pude saberlo con certeza.

—Le digo á usted que es un chancleta.

—Y usted un ordinario destripaterrones.

—Pero, señores, calma; que haya orden, que no sea comidilla esta reunión, y el vecindario forme mil conjeturas, á veces injustas. Apacigüen ustedes los ánimos y discutan con tranquilidad la jugada—dijo D. Anacleto á Jeremías y á Tomassi.

—Usted tiene la culpa y es responsable, porque consiente que jueguen criaturas con personas formales.

—Poco á poco, D. Jeremías; no consiento que nadie me falte; además, la ambición le causó el atrevimiento de hacer un *solo* sin tener ley de juego; eso todos lo han presenciado, y usted mismo debe reflexionar que no anduvo acertado. Le he dado codillo con todas las reglas del tresillo.

—¡Un cuerno! es lo que me ha dado usted—dijo D. Jeremías á Tomassi.

—No, señor. Setenta céntimos, y además contra-estuches.

—Valiente gansada la mía, ¡já!... ¡já!—y soltó una estrepitosa carcajada.—¡Pero

Digitized by Google

hombre de Dios! ¿Cree usted que yo soy tan necio, que puedo jugar después de mis años un *solo* sin estuches? Esa se la volverá usted al saco, pues el mío aún no está para tales sandeces.

Fray Carmelo intervino en este debate, y le manifestó á D. Jeremías que el médico estaba en su sano juicio; que la primera baceta que le dió D. Anacleto era *la espada, la mala y el basto*; razón por la cual quiso jugar por tener estuches, aunque no recuerdo si era al mismo palo que usted eligió; pero que por llevar la contraria!...

—Padre cura, nunca se debe dejar el juego teniendo estuches, y D. Carlos en eso faltó, obrando con mala intención.

—¡¡Caracoles!! Como continúe D. Jeremías de ese modo, más vale que lo dejemos para otro día. ¡Demonche con el hombre y cuánta gana tiene de guerra! Tenga usted crianza y piense que están en casa ajena. Si los negocios le han salido mal, se dá usted calabazadas contra la pared, pero no venga á infernarnos la reunión. ¡Esto ya pasa de castaño obscuro!

Al terminar fray Carmelo, se levantó, saludó respetuosamente á todos, dió cuatro golpecitos á las dos hijas de D. Anacleto, y un cuarto de hora más tarde penetraba en el antiguo convento donde residía.

Digitized by Google

Aquella noche se comentó la noticia de mil maneras en casa del farmacéutico, y aun hubo quien participara que D. Carlos había recibido sendos garrotazos al retirarse á su casa.

La familia del boticario pasó la noche con intranquilidad.

Carlos era el ojo derecho de Doña Margarita, que vislumbraba un brillante porvenir á su hija, si podía conseguir la boda.

—¡Siempre pasarán en el juego esos disgustos!—decía Doña Margarita.

Y seguidamente añadió D. Fortunato con tristeza:

—Por lo mismo me opuse yo á la creación del casino, porque sería cosa de ir á zarpa la greña todos los días.

Digitized by Google

VI

Carlos Tomassi era, como he dicho, el ojo derecho de Doña Margarita, la señora del farmacéutico de Alcuzaya. En conversaciones familiares, en la intimidad del matrimonio, hacíale ver á su esposo las ventajas que para el porvenir de su hija representaba la personalidad del joven médico; obstinábase en darle mil detalles de su genio, al pacífico y cachazudo boticario, hablándole de su bondadoso carácter, de la gran pasión que tenía por el estudio, y hasta vislumbraba la sesuda boticaria, que nadie como Carlos podía labrar la felicidad de su hija.

Y a además:—Aunque posea pocos bienes de fortuna, eso no es obstáculo para

Digitized by Google

que le pueda venir el día que más tranquilo esté, alguna herencia del arcipreste ó archipámpano de la India.

Doña Margarita de Viñuela (con ser esposa del farmacéutico del mismo apellido), todo el mundo la conocía así, y rara vez se la llamaba por el suyo estirado y linajudo; pues no en balde se le hacía la boca agua al soltar el abolengo de los Zurrapiques; pues como iba diciendo, era la tal señora, alta, de regulares carnes, nariz pronunciada á semejanza del pico de un ave de rapiña, ojos tiernos casi mortecinos, pero fáciles de adquirir, por las impresiones exteriores, un reflejo ó destello de iracunda fiereza; pómulos salientes, mejillas abotargadas excesivamente carnosas y dotadas de numerosas señales de viruelas; su finísima dentadura blanca y simétrica, contrasta con la parte anatómica de sus mandíbulas desproporcionadas en longitud, terminando en punta muy afilada en la barbilla. Esto era en cuanto á físico. No cuidaba de lo moral tanto como de su indumentaria, á pesar de no dejar títere con cabeza cuando se trataba de alguna vecina ó vecino; procuraba vestir al compás de su categoría y pergaminos, sacando á colación muchos perifollos en olvido, vejestorios dignos de figurar en el catálogo de un museo de ar

Digitized by Google

güedades. En Alcuzaya era la única que se apasionaba por saber la última sílaba de los vestidos que Isabel II gastó en sus mejores tiempos de mocedad: y era tal el arraigo de esta pasión, que nunca pudo desechar para sí misma, el armazón que ahuecaba y abollaba la ropa.

En cambio D. Fortunato de Viñuela y Cadozo, farmacéutico de la época revolucionaria, regordete y locuaz, frente cubierta de copiosísimo pelo, sin notarse comienzo de frente, rostro curtido, ojos saltones y piernas retorcidas (como si existieran enojadas la una con la otra), era el reverso de la medalla.

Tan dicharachero era el bueno de Fortunato y tan zumbón, que inventaba sin venir á cuento infinidad de chascarrillos ocurridos en su país de las Pampas; pero era una obligación el que después de terminar el sainete, excitase la hilaridad de su auditorio por no verle de mal talante y dispuesto á mandar al mismísimo diablo á todos sus contertulios.

Hacía diez y ocho años que D. Fortunato contrajo segundas nupcias con Doña Margarita; y era el cariño que se profesaban tan enorme, tan saturado de dichas y .uras, que parecía que dicha boda se tuó el día de ayer. Pero un aconteci-

Digitized by Google

miento inesperado vino á interrumpir á los dichosos esposos, haciendo más grandes las raíces de su unión, la cual se realizó sin consentimiento de la familia de ambas partes. Tres años después de su boda, y cuando el matrimonio creyó perdidas las esperanzas de sucesión, sintióse Margarita en condiciones de ser madre, noticia que al notificarla á su esposo, fué recibida con gran regocijo: celebráronse bailes, reuniones y giras campestres por la futura dicha que les guardaba y concedía Dios, por medio del fruto de bendición.

Cumplidos los nueve meses de penalidades vino al mundo la niña Alicia, primer fruto del amor del chistoso boticario y de Margarita: celebróse el bautizo con gran solemnidad; se convidaron al chocolate, (que se tomó con picatostes), á lo más aristocrático de la aldea, y como el padrino fué tan rumboso, hízose un despilfarro de regalos y dulces á discreción: terminada la fiesta, una lluvia de monedas de á ochavo moruno y de á cuarto sorprendió á toda la chiquillería del lugar que esperaba impaciente en la plaza Mayor, las migajas del sabroso y frugal banquete.

Alicia de Viñuela Zurrapique, bautizada en la parroquial iglesia de San Policarpo de Alcuzaya, era el ídolo de su famil

Digitized by Google

que continuamente admiraba la precocidad de aquel talento, celebrando con grandes risotadas el donaire y la gracia de la mozuela, que para no cansar á los lectores, procuraré que se presente en escena á la edad de quince abriles. Los primeros rudimentos de educación los adquirió en un colegio de ciudad; colegio que por indicación de fray Carmelo, le pareció el más adecuado para recibir el baño de religiosidad cristiana que la juventud necesita...

—Sí, hija mía—decía Doña Margarita.—D. Carlos hace tiempo que te mira con buenos ojos, y si tú tratas de serle agradable, cuando tengas tiempo podrás casarte con él, y poseerás un gran esposo. Ayer le hiciste un desaire muy conocido por todos los que en casa estaban; créeme, hijita mía, no debes ser adusta con él. Por de pronto ya sabes que Carlos nos conviene; es una persona de buen trato y sumamente fina; no hay que hacer caso de lo que dice la chusma del lugar, respecto de que su cariño era todo de Flora; ayer me confesó él todo lo contrario y atribuyó el chisme á la tía Celedonia. ¡Envidias, hija mía, envidias, porque tiene más pasión por las hijas de D. Anacleto, las cuales no desconoces que también le quieren meter la uña!...

Digitized by Google

Alicia era muy graciosa, parecía que naturaleza había dejado caer toda bendición. A los quince años era una mujer en miniatura por la precocidad de su inteligencia: de figura angelical y delicada, algo así como una consecuencia de la hermosura del alma, aunque de carácter voluble, vanidoso y un tantico pusilánime: ojos lánguidos morenos y rasgados, poco expresivos, sin la viveza aparente, que presentan ciertas figurillas de porcelana de Sajonia: nariz fina y correcta á semejanza de una virgen de Murillo; boca entreabierta, con cierta palidez en los labios como si algo dejara guardado en su interior, que bien podía ser un deseo premeditado en sus soledades de niña.

El principal encanto de Alicia consistía en la blancura mate de su tez, y en una especie de elegancia aldeana que le daba cierta distinción, sobresaliendo entre todas sus amiguitas... ¡Nadie hubiera creído encontrar aquel capullo, nacido y criado en la basura lugareña!...

Conversaba frecuentemente con el médico Tomassi, y éste admiraba con deleite las traviesas indicaciones de la mozuela, el modo de manifestar las alegrías y tristezas de su familia, y hasta aquella intuición cerebral visiblemente extremada, que con-

Digitized by Google

trastaba con el desarrollo físico de su cuerpo.

Carlos sentía cierta atracción por la hija de D. Fortunato.

Una tarde, cuando el mortecino sol dejábase sentir en el patio del corral, y la nieve congelada entre las verdes ramas de las acacias, al fundirse caía desprendida en forma de gruesas gotas, llegó Carlos Tomassi á la oficina sin plan premeditado: la gran coincidencia fué que momentos antes, D. Fortunato había salido á dar un paseo por la pequeña alameda del pueblo.

Ver Alicia al médico penetrar en su casa y salir al patio, todo fué cosa de un momento; pero Tomassi comprendió que algo de importancia debía ocurrir y se apresuró á seguirla, hasta que sentados tranquilamente bajo de la parra, le advirtió el motivo de su carrera.

—Corro, porque le tengo miedo—añadió asustada y temblorosa la hija de Doña Margarita.

—¿Que me tienes miedo? ¿Tú... que tanto dice tu madre que amas á Carlos?—Imposible, no lo creo; bien sabes que yo no trato de hacerte daño alguno.—Muy al contrario; si comprendiera hacerte un bien, darte una de esas alegrías que llenan el alma de venturosa dicha, ten por en-

Digitized by Google

tendido que Carlos Tomassi, el que tanto miedo te causa, te lo concedería ahora mismo.

—Pero es el caso que usted no puede amarme; no puede sentir por mí todo lo que yo quisiera. Entonces, ¿á qué esa tenacidad de mi madre? Así se comprende, que yo soy esclava de usted, sin quererlo; sin que me pueda dar cuenta. ¿Qué extraño es que le hagan reir, cuando esté solo, mis tonterías, que yo misma comprendo son necedades?

—Escucha, Alicia: si Doña Margarita y D. Fortunato se obstinan en hacerte ver mi cariño de color de rosa... cállate y no les contradigas: hoy eres aún muy joven, y si no trato de pedirte á tus padres, es por ese motivo; además, necesitas adquirir más práctica de esta vida; necesitas pasar horas de angustia, que desconoces, y muchas penas que ignoras; penas y angustias que ahora, de joven, no puedes comprender, pero que te serán de gran enseñanza para lo porvenir.

—Pero ¿usted me ama, D. Carlos?— exclamó Alicia, que estaba roja como una guinda, y no pudo dominar ese arrebato de alegría que encerraba su pecho.

—Sí... sí. ¡Alicia del alma! ¡Neni mía! Pero este amor no puedo participar

Digitized by Google

á D. Fortunato, porque bien pronto sería objeto de la chismografía del vecindario, que sólo desea encontrar materia para coger asunto entre sus uñas: sabes que hace próximamente un mes se habló de que yo quería á Flora, y aún lo repite la gente por todo el lugar, aunque con menos insistencia; procuraremos no dar comida para que el chisme se cebe, y guardaremos este cariño en el corazón, para que á su tiempo le demos salida.

En cuanto Carlos terminó de conferenciar con la hija del farmacéutico, pretextó motivos de su profesión y abandonó la casa; la niña quedó tan triste, con semblante tan demudado, que largo rato estuvo sin poder articular palabra.

—¿Será verdad, Dios mío, que Don Carlos sienta amor por esta desgraciada?—decía la infeliz Alicia, con los ojos henchidos de lágrimas, y con ese malestar propio de sus años.—Pero no creo que esté el médico para satisfacer caprichos míos, ni mucho menos; Carlos procura satisfacerme y halagarme porque teme que mi padre pueda influir con los del Concejo y le quiten la titular; además, hace pocos días ha llegado con la carrera terminada el hijo del tío Primavera, y es de presumir que en la primera sesión de Ayuntamiento le dejen

Digitized by Google

como el gallo de morón, sin plumas y sin clientela. ¡Y luego no quiere mi madre comprenderlo!... ¡Carlos no me ama como yo creo se debe amar! Su amor, nadie en este pueblo lo posee, y de ello estoy convencida yo misma, aunque sea una niña de quince años...

Alicia no pudo contener el llanto, y para no ser vista ni observada por nadie de casa, ni aun por la bachillera de la criada, se encerró en el pequeño jardín situado en la huerta de la casa, y desahogó todas sus desventuras, acompañándola grandes congojas y suspiros, imposibles de contener.

La única compañía que tenía, y rara vez se alejaba del círculo que la niña podía describir en casa, era un hermoso perro mastín, mezcla de inglés y Terranova, que dócil y cariñoso atendía al nombre de *Trimpéles*, el cual se arrastraba miedosamente cerca de Alicia, y lamía los pies de la púdica doncella con la negrura de su lengua.

. . . . . .

Una hora más tarde llegó D. Fortunato y Doña Margarita acompañados de un labriego, natural de Pradoverde (pueblo cercano á la noble Alcuzaya), y después de una serie de pucheros que el vejete pastor

Digitized by Google

prodigó al matrimonio, les pidió por el mismo Jesús de Nazareno y por la Divina Pastora, que todo lo observa desde el cielo, doscientas pesetas para poder remediar los males de la sequía, efectuar la sementera, y quizá poder comprar un par de terneras para engordarlas y venderlas á buen precio.

Doña Margarita, que no podía oir desgracias y penas, remedió al veterano labriego entregándole dicha cantidad, pero sin más interés que el 30 por 100, por hacerle un señalado favor y una obra de caridad.

Extendió D. Fortunato el documento privado después de llamar á dos testigos y pedir al campesino la cédula de vecindad; por último, el tío *Terruño* estampó sus garabatos y algo así como una sartén en vez de rúbrica.

Y dando gracias á todos los ángeles celestiales se alejó el infeliz, pensando en la gran obra realizada por aquella caritativa familia.

Digitized by Google

Digitized by Google

VII

Encima de un tumor del terreno se alzan cuatro paredes, construídas la mitad de piedra y la otra mitad de adobes; las paredes son bastante gruesas y altas, pero la puerta que da entrada al local es pequeña, sumamente endeble, y para llegar á su presencia hay que subir una rampa que comienza desde la parte opuesta de la casa que habita Carlos Tomassi.

La cubierta de este gran caserón hállase formada por media docena de vigas maestras; en los espacios que presentan, una gran cantidad de ramaje seco, procete de los grandes encinares, resguarda lluvia en invierno y el caluroso sol del

Digitized by Google

estío en verano. A esto hay que añadir la deformidad del piso y la única distribución que posee para la comodidad de la nobleza que asiste á las sesiones cuando el tiempo lo permite. Un cuadro irregular pero angosto, cuatro bancos de madera más largos que la cuaresma y una gran losa de piedra que sirve para guardar la esquila ó el cencerro, según los casos, el tintero y la pluma de ave que el Secretario maneja, y el libro de actas que se requiere. Muchas veces la piedra, que es la mesa presidencial de la junta, hace los papeles de depósito judicial de cadáveres, y no son las menos, cuando tiene que habérselas con una familia de saltimbanquis, que muertos de frío vienen en busca de albergue y descanso de sus huesos. Esta es la casa concejo.

La Junta de Sanidad está convocada á las siete de la noche para tratar cuestiones de gran trascendencia que afectan á la higiene local.

Empiezan á sentirse los primeros fríos, y la personalidad del alguacil, que hace las funciones de sacristán y rapabarbas, se entretiene en alimentar una gran fogata que colocó en la pieza de sesiones.

Alguna curiosa mira con insistencia por la resquebrajadura de la puerta, y vuél

Digitized by Google

se á alejar satisfecha, por no haber encontrado la causa de su atrevimiento. Todo guarda silencio, pero éste es interrumpido por el chisporroteo de la leña que el alguacil va colocando á manera de gran pirámide.

Son las ocho, y nadie de los llamados á la sesión asiste; sin duda, en su mayor parte, la mujer se olvidaría de darles aviso: por otro lado, ocupaciones propias de la labranza y de la sementera, además del arreglo alimenticio del ganado, dificulten la llegada á tiempo y con oportunidad.

Como la tardanza continúa, decídese Chuleta (que tal era el nombre del alguacil) por dar aviso de llamada, acercándose á la torre de la iglesia y poner en movimiento la campana gorda.

La operación dió resultado, y un cuarto de hora más tarde llegaban el Alcalde, el Secretario y Carlos Tomassi.

Nada de particular se habló al reunirse, aunque el médico presintió alguna marejada poco favorable á sus intereses; pero si algo había, no se trataría en esta sesión, que no tenía más objeto que una consulta, y á la vez el resolver una denuncia en el tema tan gastado sobre *cementerios*.

—Este tema sólo afecta á la cuestión sanitaria y es de urgente necesidad; los

Digitized by Google

demás tienen poco interés, y podrá el señor Alcalde resolverlos cuando lo estime oportuno.—Así lo manifestó Carlos al Alcalde.

Los demás señores de la Junta llegaron tarde; el último fué fray Carmelo, que no quiso dejar sus rezos por atender á cuestiones que nada sacarían en limpio.

Y después de hablar de asuntos callejeros, y de entrometerse en las vidas ajenas del pueblo; soltar D. Fortunato algún cuento que hizo desternillar de risa al auditorio y de encajar media docena de tacos el Alcalde, empezó la sesión que tanta trascendencia había de reportar á la salubridad de Alcuzaya.

El Secretario no tuvo necesidad de leer ningún acta anterior; nadie la pidió, ni mucho menos creyó el Alcalde (presidente nato de la junta) fuese de absoluta necesidad.

Sin preámbulo de ninguna clase, un buen resoplido de sus fosas nasales, después de rascarse el cogote, dijo el tío Fabricio desde la presidencia:

—Puesto que *semos* los más interesados por el *mesmo* interés de la localidad, *habemos* de tratar de varias cuestiones que para el *común* se refieren, *asina* no vend. los papeles hablando mal, y la *giene* est·

Digitized by Google

más *entendía*; ahora, que el Secretario nos aclare el asunto con puntos y comas, que buena falta nos hace.

El Secretario, que es persona entendida y hace tiempo que ejerce las funciones de tal, dió detalles de una circular que el Gobierno de la provincia mandó á los Ayuntamientos, pero no dejó el tío Fabricio de interrumpirle haciéndole ver que el asunto se limitaba al cementerio, y de ninguna manera á los muladares que existían en Alcuzaya.

Se discutió el asunto, no sin que uno de los individuos de la Junta de Sanidad protestara, pues no era cuestión de dejar esas basuras insanas en la vía pública, que se podían remediar quitándolas de enmedio, y fueran á cebarse en un asunto que de por sí había de proporcionar disgustos á ciertos contribuyentes.

—*Pus* que se jeringuen, como yo. Para eso soy Alcalde, y pido que en el plazo que el *Cóligo* señale, se dé entrada en el cementerio por medio de un camino vecinal, por el *mesmo* medio de la finca del propietario.

D. Jeremías, que era uno de los asistentes á la sesión, viendo que se trataba de realizar un acto en perjuicio de su finca, se sulfuró de un modo extraordinario; pero

Digitized by Google

Tomassi le hizo ver la gran necesidad que se pedía, y que podía considerarse como una irritación del pueblo.

El padre cura, así como el maestro D. Anacleto, discutían en voz baja sobre el mismo tema.

—Le digo á fray Carmelo que sí, que es urgente, que lo exige la vindicta pública.

—¡Qué canastos me viene usted con esas majaderías! Son ustedes muy aragoneses!...

—¿Y quién hace frente á todo un pueblo?—añadió el maestro.

—Pues la razón natural que todos tenemos y vemos; sí, señor, y no hay que ser machacones: esto tiene remedio y está claro como la luz del sol; y eso que vemos, más que un jaleo, va á convertirse en una cuestión de orden público, que estamos en el caso de evitar.

—¡Orden, señores *ajuntados*!— interrumpió el Alcalde, viendo que se agriaban los ánimos y la discusión se enredaba entre el párroco y el maestro.—Aquí yo soy el único que puedo cantar claro y hasta bregar con los animales que en mi corral respingan. Quiero que sus mercedes sean *to*[illegible] orejas, y que *naide* me *remplique*—y á re glón seguido volvió á rascarse el cogot[illegible]

Digitized by Google

sorberse los mocos que aparecían como dos candelas de esperma, acompañando todo esto con un puñetazo dado en el banco presidencial, que sólo pudo sentirse en la parte dolorida de sus huesos.

Los de la Junta de Sanidad vieron la cosa mal parada y se callaron como suecos. Sabían que el tío Fabricio fué un revolucionario exaltado; en otros tiempos casi petrolista, y aunque en aquella sazón iba envuelto con cierta auréola de místico, gracias á los amigos que tenía en el ministerio conservador, temieron un exabrupto del monterilla de la situación. Callaron como digo en el acto, y un momento después apenas se notaba el zumbido de las mil moscas importunas que alrededor de la fogata acudían.

—El Sr. Secretario que escriba el acta de la sesión—volvió á decir el Alcalde serio y grave como un monigote.

—Si el Sr. Alcalde consiente — dijo Carlos Tomassi,—indicaré mi criterio en este asunto que se trata, pero sin pretensiones de enmendar la opinión pública.

—¡Qué pretensiones ni qué niño muerto!—exclamó el tío Fabricio acordándose de su gravedad de antes. Usted no tiene vela en este entierro, y dé usted gracias á que *semos toos mu* entrometidos, y

Digitized by Google

á que hace una semana que curó la *pata* á mi mujer la alcaldesa, que si no, á estas horas le metía en el cuarto de las ratas...

Y como Carlos callase, añadió el representante de la Autoridad:

—Diga lo que tenga que *desilustrarnos*. Puede hablar el señor *Matasanos*.

Habló Carlos y sus palabras cayeron como una bomba en la reunión; entonces salieron á colación todos los rencores, todas las bajezas, todas las villanías que minan la vida íntima de un pueblo, hasta llegar á no poder escucharse unos y otros. Tal barullo y alboroto reinaba en el primer centro de instrucción lugareña. Y todo esto, ¿por qué motivo? Hay verdades que amargan y en el orden de los hechos, verdades que ocasionan huracanes de ira, ciclones y vendavales, que hieren las fibras de almas sumidas en el miserable letargo de las inconsecuencias, que surgen de la conciencia del ignorante y acaban por desequilibrar un gran edificio. Tomassi dijo la verdad sin rodeos, sin circunloquios: quiso defenderles, respetar el bien general del vecindario, proporcionando higiene y vida á los mismos que le escuchaban; y estos mismos seres, torpes, embrutecidos, fanáticos y rancios, le escupían el rostro, á la manera que el Salvador del mundo fué abofeteado

Digitized by Google

y maltratado después de redimirnos con sus doctrinas y sentar las bases de la moral universal.

Carlos manifestó lo siguiente: que en vista de la circular del Ministro de la Gobernación, transmitida por el Sr. Gobernador de la provincia, según leyó el Secretario al comenzar la sesión, proponía á la consideración de la Junta de Sanidad las siguientes conclusiones de que se hacía solidario en un todo, y en caso contrario, protestaría del acuerdo que en oposición se tomara en cuenta: 1.º Desaparición de todos los focos de infección existentes en la localidad, tales como muladares, charcas de aguas corrompidas, etcétera, etc. 2.º Reconocimiento de las carnes, así como demás alimentos líquidos, de cuyo examen estarán encargados el profesor Veterinario D. Frutos Puerro y D. Fortunato de Viñuela, farmacéutico. 3.º Clausura inmediata del cementerio por no estar dentro de la ley y carecer, como es consiguiente, de las condiciones higiénicas prescritas, y más pesando una epidemia. 4.º Y último; escoger sitio que cumpla estos requisitos para proceder á la construcción de un nuevo *cementerio* donde se pueda dar tierra sada á los cadáveres: todo esto es tarea nedia docena de días, y evitamos mul-

Digitized by Google

tas que el día de mañana pueden ser penosas y comprometidas.

La protesta fué general, y mucho mayor cuando á la terminación quiso el médico defenderse de la frase que soltó el alcalde monterilla al llamarle matasanos.

D. Jeremías, que era el único ser que guardaba resentimiento con Tomassi, al ver la nobleza de su carácter, la defensa más grande que hacía en bien de su propiedad maltratada, no pudo contener su alegría y corrió á estrecharle loco de contento.

Era la primera vez que le hablaba desde que le acodilló en casa del maestro; entonces lo olvidó todo, y lo único que sentía como un martilleo en su conciencia, era el no haberle abonado lo que ahora creía muy justo y en buena lid ganado.

La sesión terminó á hora muy avanzada.

Aunque el fuego dejó de arder y el frío que se dejaba sentir era grande, ninguno de los señores que allí estaban reunidos tuvo que abrigarse.

El Secretario no levantó acta.

. . . . . .

Una semana después de los sucesos ocurridos, abandonó Carlos Tomassi la noble Alcuzaya por mandato del Alcald

Dos amigos le acompañaban en el

Digitized by Google

yecto que media desde el pueblo hasta la carretera directa á la capital de provincia.

Eran fray Carmelo Boliche y D. Jeremías Cubilete.

Al despedirse del honrado médico, no hubo abrazos; sólo un apretón de manos cariñoso, y á continuación:

—¡Escriba usted! ¡Escriba usted desde Madrid!

—¡Adios!

—¡No olvide á los amigos!

Carlos no contestó, hincó espuela á su rocinante y desapareció á galope.

Diez minutos después sólo podía verse un punto negro en la carretera.

Aquella misma tarde, casi obscurecido en el coche de segunda, envuelto con grueso abrigo de paño burdo, salió Carlos con dirección á la capital de España.

Digitized by Google

Digitized by Google

VIII

REPENTINA fué la salida del médico Tomassi de la nunca y bien ponderada Alcuzaya, llamando extraordinariamente la atención del público aldeano, y más aún, siendo un golpe de muerte para D. Fortunato y familia. Doña Margarita vislumbró en lontananza un porvenir de oro para su hija Alicia; porvenir que lo creía más seguro merced á la confianza que llegaron á tomar las personas interesadas. Ahora llegó á ser tal la atracción que profesaba al suspirado mancebo, que buscaba medios para acrecentarla y arraigar su trato: á veces salían de
ienda en íntima algazara Doña Marga-
Alicia y Carlos; expansionábanse,

Digitized by Google

lloraban, reían, bailaban solos, en la aridez del prado ó del viñedo, pero siempre felices y gozosos. El recuerdo de Flora era una farsa, una comedia del pueblo. Carlos nunca pudo amarla; y aunque esta idea que en algún tiempo le profesara hubiera sido un hecho, por asegurarlo la Celedonia, Doña Margarita se complacía en recordarlo, haciendo mil consideraciones á su hija. Pero siempre hay tropiezos; *nunca faltan lechuzas donde todo son ruiseñores*, y así ocurió en Alcuzaya al querer dar una gran campanada el Alcalde, dejando al pobre Tomassi con un palmo de narices.

—Valiente mamarracho es el tío Fabricio—decía la esposa del boticario.—Cada vez que lo pienso me da coraje y rabia: ya verás, querido esposo, cómo tendremos por médico de este lugar al señorito D. Pedro Calloso, que por muchos dones que le quieran poner siempre será *Perico* el hijo del tío Primavera. Mi pobre hija será la que pagará los platos rotos.

—Pero mujer, no quiero que seas fatalista—exclamó D. Fortunato, que quiso recordar esa palabra que había leído en un periódico de oposición.

—Seré lo que tú quieras y aún mucho más fea; pero en otra época te gusté y parecía muy graciosa.

Digitized by Google

—Siempre has de tomar el jabón por el hilo negro—añadió el esposo con énfasis y cierta prosopopeya.—¡Fatalista!... ¡Fatalista!... ¿Entiendes? Quiere decir que eres fatal; digo, que hay fatalidad.

—Bueno, lo mismo da. Pero el caso es que ya recordarás que *Perico* siempre ha tenido idea de casarse con nuestra hija, y ahora vendrá con las mismas embajadas de antaño, y volverá á repetir que la chica le gusta, y que si la boda no se arregla nos hará la guerra, y quitará la parroquia á la botica, y otras cosas más feas que nos vendrán á pedir de boca. ¡Ay, Fortunato! ahora empezamos á padecer.

—Vamos, tonta, y déjate de majaderías; cuando sea, sonará la flauta; y aunque me esté mal el decirlo, ya sabes que mientras mi sentido común esté sano, no consentiré tales atropellos.

—Sin comerlo ni beberlo, los tendrás mal que te pese; esperemos á que el higo se madure, que para comerlo á toda hora estamos á tiempo.

—¿Sabes qué intereses tiene el tío Primavera?—Dicen que está arruinado de los muchos gastos que le han agobiado en este último año de carrera del hijo.

—Habladurías de la gente, Margarita; dias del pueblo que yo no hago caso.

Digitized by Google

En cuanto oyeron á la joven Alicia que se acercaba al comedor donde estaban los boticarios, cambiaron de conversación; Alicia estaba triste, y aunque comprendió lo último que su padre había dicho, no hizo caso y se hizo la ignorante; pero como viese que la seriedad y el silencio de Don Fortunato y su esposa continuaran, se sobrepuso á sí misma y afectó bienestar y alegría.

—¿Sabe usted, madre, que D. Anacleto ha dicho que desde hoy es médico del pueblo, *Perico*? Pues yo lo sé todo: esta mañana lo decía la gente en la parroquia al celebrarse aniversario y misa de difuntos por el alma de la mujer del alguacil: yo no quise creerlo, pero la tía Celedonia me lo aseguró y además se acercó á mi oído haciéndome ver que yo era la mujer de la suerte; que si un novio se fué, otro me viene. A mí me dió mucha pena, porque me acordaba del pobre D. Carlos, que tanto me quería...

Alicia no pudo continuar más; las lágrimas se agolpaban á sus mejillas. Su alegría se transformaba en tristeza. Carlos Tomassi reinaba en su imaginación; era verdadero amor el que sentía la hija de D. Fortunato; amor que al principio se tomó como juego, por la diferencia de años que en

Digitized by Google

los dos existía; pero á medida que las conferencias se repetían por los dos enamorados, unas veces en el jardín de la casa, otras por la noche en el paseo, ó cuando salían de merienda, las raíces de aquella pasión se hicieron más hondas, más constantes... hasta llegar un día, que fué imposible el olvido...

—No quiero que estés triste: sabes que D. Carlos me manifestó y prometió todo el cariño para tí; lo que á mí me martiriza es otra cosa—decía con cariñoso afecto Doña Margarita á su hija.—Con todo, no quiero que te disgustes, ni hagas caso de toda esa chusma al ocuparse de nosotras.

—Pero ¿dejaré de sentirlo aunque quiera evitarlo?—objetó la desconsolada hija.

Después de guardar silencio madre é hija, añadió la primera:

—¿Y qué les importa á esas viejas bachilleras los novios que tú puedes tener?

—Eso dije yo para mi sayo—añadió Alicia con cierto disgusto;—pero es el caso, que madre está enterada de que nunca le quise, porque es un mocoso sin corazón. ¿Recuerda usted las torturas que me hacía pasar, cuando por las tardes en la Plaza Mayor jugaba con otras niñas al ·o? Siempre me acordaré, y aunque ıtras estudió en la Universidad de X.,

Digitized by Google

trató de escribirme muchas veces, le aseguro que no quiero nada á ese animal.

—Yo tampoco quisiera, hija mía, que se acordara de tí; pero cuando el río suena, agua lleva y no poca, y ¡quién sabe! Pero no hay que adelantar los sucesos hija; las cosas malas y preñadas de disgustos por desgracia suelen llegar.

En efecto; Pedro Calloso, conocido en todo el lugar por el de Perico Primavera, fué nombrado por la autoridad médico titular de Alcuzaya. Nadie como D. Anacleto podía dar detalles de la inteligencia de Perico. Tenía cuatro años y medio cuando empezó á cobrar los primeros rudimentos de educación, y á devanar los sesos del maestro, que rebuscaba toda la pedagogia habida y por haber, por encontrar la clave y método á fin de instruir aquella cabeza de roble; pero nada, el chico erre que erre, cada vez más torpe, más difícil de desasnar. Una mañana en que por descuido ó porque la tía Primavera le tuviese ocupado en hacerle algunos recados, llegó el muchacho (que ya tenía diez años) con bastante retraso á la escuela; hacía media hora que todos los compañeros habían empezado á dar lección de lectura, y el maestro les observaba con interés, y á la admiración por sus adelantos, apareció

Digitized by Google

rico con paso tardío y perezoso, la cara cubierta de basura y decidido á emprender camorra con sus condiscípulos; pero el maestro, que tenía algo de antigüedad en sus ideas políticas y era avanzado en las modernas enseñanzas pedagógicas, verle y pronunciar lo siguiente, todo fué cosa del momento:

—¡Pero adónde vas, pedazo de animal! ¡Váyase usted fuera, gran marrano!

Aprovecharon los chiquillos del corro, que eran los más adelantados, y aun los más atrasados, el arrebato de cólera de D. Anacleto; y sin encomendarse á Dios ni al diablo, la emprendieron á sopapos que pusieron verde al Perico, el cual siempre era el blanco de las risas y burlas que San Benito de Palermo prodigaba. La algazara monumental que se produjo fué acallada por la voz del maestro, el cual dando un tremendo coquetazo sobre la descoyuntada mesa, acabó por dejarla malparada y casi inservible.

—¡Aquí todos al momento, y con orden! Venga usted acá, mastuerzo, cocho—y como se pusiera delante de D. Anacleto y observase que las fosas nasales del discípulo eran dos canalones verde gris, que no desaparecieron á pesar de los sendos mojicones recibidos, le mandó de nuevo á la

Digitized by Google

fuente para que se lavase y se presentara al corro como Dios da á entender. Perico salió obedeciendo el mandato del maestro, y cuando pasó por el cordón que otros chiquillos formaban, se las juró muy dobladas; limpio de inmundicia penetró en el local y se incorporó á sus condiscípulos que aún le saludaban con mil cuchufletas que le avergonzaron. D. Anacleto añadió en seguida:

—Perico Primavera debe saber la lección que expliqué y señalé de historia de España... ¿No es así?

—Sí... sí... sí, señor—respondió Perico, que era algo tartamudo.

—Pues dime tú, ¿quién era Felipe II?

—Fe... fe... fe... lipe... se... sese... gundo?...

—Sí, hombre, sí, Felipe II—dijo el maestro.

—Bueeno... Pu... puees... Fe... feeelipe... se... seegundo... fué uuun... un... ree... ey... quue... ee... gagaa... anó... mu... mu... chas... ba... ba... taaa... llas... y... peeer... dioó... muu... mu... chas... y que... ee... mi... mi... titi...

—Eso eres tú, titiritero desgraciado—añadió D. Anacleto, grave como un cencerro, mientras todos los oyentes condiscípulos desternillábanse á risotadas.

Digitized by Google

—No se... se... ño... or... que... mi... mi... ti tío dijo... jo que... al... fi... fi... fin... mu... mu... rió.

—¡Cáspita! ¡cáspita! ¿Y no sabes de qué murió? ¡Es una lástima!...

La carcajada de la chiquillería fué interminable.

La afrentosa situación de Perico Primavera fué imposible de describir; D. Anacleto miraba ensimismado aquella enorme cabeza, aquel ángulo facial tan diminuto, aquellos pómulos salientes y aquel mirar extraviado por las muchas aberraciones de la naturaleza; y sin embargo, el pacífico maestro, que tanto se despotricó por enseñarles en toda una semana, lo más culminante del reinado de Felipe II, recogía el fruto de su trabajo.

—No hay duda, Perico: tu cabeza es una podrición y hay que desinfectarla cuanto antes... Le dices á tu madre de mi parte, que el maestro necesita hablarla con mucho interés. Mejor sería que no te mandara más... porque al cabo y á la postre, eres un mozo bien cuadrado... ¡Repuño, con el muchachote del cuerno!...

Luego refunfuñó el pedagogo entre dientes:

—Esta criatura no dará más de sí. *Lo no sale de natura, tararura...* ó lo

Digitized by Google

que es lo mismo, aunque tomado de otro autor:

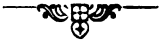
«Quod natura non dat, Salamantica non prestad.»

. . . . . .

Media hora más tarde la escuela guardaba silencio: los mapas, pizarras, esferas terrestre y celeste, y sobre todo, aquel tejemaneje continuo de los mil chirimbolos en movimiento cuando estaba en plena vida el hormiguero intelectual, efectuaban su descanso en la obscuridad del caserón. Perico corrió á casa y habló á su madre; pero la pobre lo comprendió de tal manera, que al siguiente día gestionó con un pariente suyo, cura párroco de la cabeza del partido, y hete á Perico, saturado de burla antes, hecho un escolar de segunda enseñanza.

Catorce años más tarde de lo ocurrido en la escuela de D. Anacleto, llegaba á la noble Alcuzaya un joven basto y repelón, con más bigote que un guardia de orden público, ojos negros, rostro curtido y fisonomía poco agradable.

Era D. Pedro Calloso, que en el momento de nuestra historia, acababa de hacerse cargo de la titular del pueblo.



Digitized by Google

IX

Hablaba una tarde el Alcalde á Perico Primavera.

—Un año hace que te dí posesión del cargo de *mérico* de este pueblo, y hasta la fecha no podemos decir los *endevidos* de esta localidad y su *monocipio*, que hayas *cometido* una curación, ni hayas *ponío* una *empica* en el *mesmo* Flandes; hay *necesiá* que te dejes de la *bebía* para no dar *desencrédito* á las nuestras mujeres; que asistas á todas las misas como un buen cristiano; y para dejar de irte con *relólicas*, que no juegues á la barra y á la pelota como estos *antipasaos* días.

—Está bien, tío Fabricio, ó lo que es lo mismo, Sr. Alcalde.

—No es lo *mesmo*;—desde que soy Al-

Digitized by Google

calde y *autoriá*, soy Sr. Alcalde, mal que te pese.

—A mí no me pesa.—Está bien, señor Alcalde. Y ahora le pregunto á usted:—¿Qué debo hacer para matar el tiempo?

—No ser dejado y estudiar, que para eso corre la paga á su tiempo. D. Carlos pasaba las noches estudiando y se quemaba las cejas; no era *bebior* y cumplía más que tú. Mira que te lo encomienda el tío Fabricio, que sabes te quiere. (En este momento ya no se acordaba de su autoridad.) —Ayer estuvimos en reunión todos los del Concejo, y había muchos descontentos, y *endimpués* hablamos de la ventaja que sería el que tú te casaras con la hija del boticario.

—Eso quisiera yo también, pero ella no me quiere.—Ya sabe usted cómo están las familias de uno y de otro, y no es fácil vengamos á un arreglo.

—*Percuraremos* todos los más notables del pueblo hablar á D. Fortunato, y veremos si algo podemos conseguir; habla con tu padre y díselo: caso de que no quiera bajarse, lo haremos nosotros; el objeto es, que no hagas caso de los amigos y seas una persona formal, no dándote á la *bebia* ni al juego. Las mujeres sirven para don á los hombres, tan pronto se casan.

Digitized by Google

—Quizá pueda hacerse algo de ese modo—respondió Primavera.—Mi padre tiene la cabeza muy dura, y es posible no quiera visitar al boticario. Creó que por Alicia y por mí, podría ser (aunque es difícil su cariño para mí); además, como nunca han simpatizado las madres y los padres son tan serios, la cosa es algo peliaguda. Dice usted bien, Sr. Alcalde. Entre todos tienen que arreglarlo, pues yo á la chica siempre la he querido.

—*Pus* se arreglará, hombre; algo tenemos que hacer; hablaré con D. Policarpo Cantorrodado y con fray Carmelo, y ¡quién sabe si todos reunidos, *empeñaos,* podemos conseguir desagraviar y *ajuntar* esas dos fieras!

—Pues en marcha, Sr. Alcalde.

—Vámonos á hablar al fraile primero.

Tomaron el camino de la plaza parroquial, pasaron por la alameda, hasta que penetraron por el antiguo palacio.

¡A buena parte iban con esa embajada!...

Fray Carmelo Boliche, desde la salida de Carlos Tomassi del pueblo, era diario contertulio en casa de D. Jeremías, y más aún, de D. Fortunato y familia. Después de tomar la siesta daba un paseo, y hasta la [illegible] de rosario, estaba en la botica, preguntando si tenían noticias de D. Carlos;

Digitized by Google

generalmente Doña Margarita le contaba todas sus cuitas, tomaba los consejos prudenciales que el exclaustrado le prodigaba, y estaba tan al tanto de las interioridades de la familia del cocinero de Galeno, que bien puede decirse, que desde aquella época era el alma de la casa. Por pequeña que fuese la desgracia ó la dicha, siempre participaba de su conocimiento; y de la misma manera que ocurría con esto, pasaba con las mil chucherías golosas que Doña Margarita confeccionaba en el laboratorio culinario de su casa.

—Padre cura, va usted á probar unas torrijas que tengo para postre esta noche—le decía la esposa del farmacéutico.—Y fray Carmelo se remangaba los brazos, acudía al sitio donde las guardaba y se complacía saboreando aquella deliciosa obra culinaria de la farmacéutica.

—Están muy ricas, Doña Margarita, muy ricas...—y se lamía los dedos pringosos con cierta satisfacción.

—Repita usted, padre Carmelo.

—No, hija, no, gracias mil, pero están superiores... ¡superiores!...—Y recalcaba la frase, que á la esposa de D. Fortunato le sabía á gloria.

Cierta tarde llegaron los periódicos la capital muy temprano, lo cual moti

Digitized by Google

á que D. Fortunato se apropiara del que recibía el padre cura; la sorpresa fué muy grata al leer lo siguiente, que llenó de admiración á todos los reunidos:

UN NUEVO DOCTOR

« Las ciencias médicas están de enhora» buena, merced á los estudios llevados á » cabo por D. Carlos Tomassi, joven mé» dico, de inteligencia exuberante, que » además de poseer gran caudal de cono» cimientos filosóficos, une la novedad en » sus estudios; una prueba de ello es el no» table y concienzudo trabajo que acaba » de leer al claustro de profesores médicos » de esta Universidad en el acto de reci» bir la investidura de doctor. En breve » plazo su discurso será leído por el mun» do médico, que admirará la riqueza de » sus conceptos, y el contingente de inves» tigaciones aportadas en esta notable obra » científica, llamada á producir una gran re» volución en todas las clases en que sus » aplicaciones se realicen, y especialmente » en los tribunales de justicia.

» Nuestra sincera admiración y respeto » al Dr. Tomassi, y no dude que el camino » que acaba de emprender es el que le glo» rificará. »

Digitized by Google

—Aquí en esta pocilga de pueblo somos muy brutos; no comprendemos ni sabemos apreciar á los hombres de valer— dijo al momento D. Fortunato, que leyó con entusiasmo el suelto que hemos transcrito.

—Verdad es—añadió fray Carmelo Boliche;—usted ha dicho todo lo que siente; ahora me explico su tardanza en escribirnos desde Madrid. ¡Es la vida tan activa en aquel centro del talento y de la ignorancia! ¡Y cómo habrá tenido que andar de Herodes á Pilatos con ese diantre de discurso!... Les digo á ustedes, que para encontrar el garbanzo hay necesidad de rascarse los sesos. Aquí estamos nosotros comiendo la sopa boba.

Poco rato tardó en llegar D. Jeremías, que olfateó la noticia del periódico madrileño, y dejó el tresillo por adquirirla. Don Fortunato volvió á leerla, y á cada paso quedaba admirado de la mucha importancia que el mocoso había adquirido en poco tiempo. Luego se despidieron con ánimo de redactar al día siguiente una carta, participando á Carlos lo mucho que se alegraron al saber la noticia de su discurso, y de su nuevo grado de doctor.

Aquel mismo día fray Carmelo le está diciendo á la joven Alicia:

Digitized by Google

—¿Quieres ser monja, es decir, casarte con Jesús, antes que con ese hombre?

—Sí, padre Carmelo. Sólo quiero á Carlos, y el muy ingrato me tiene olvidada; pues bien, antes que de otro hombre, prefiero ser religiosa, hermana de la Caridad.

—No me parece mal tu pensamiento; pero bien sabes que para servir á Dios haciendo obras de misericordia, se necesita una gran fe religiosa, mucha vocación, que no todos poseemos, y sobre todo, tienes que alejarte de las cosas terrenas, despreciarlas y mirarlas con desdén. Eso que te digo, tienes tiempo para meditarlo, y hasta pedir á Dios en tus oraciones que no te abandone, á más, de que sepa guiarte por la senda que Él te tiene destinada!...

—Sí; quiero pensarlo—dijo Alicia,—y lo haré muy maduramente.

—Así conviene, hija mía.

Las visitas de fray Carmelo á D. Fortunato llevaban dos fines: adquirir noticias del médico Tomassi, que siempre le alegraban, y no descuidar de la mano la idea noble y santa que animaba á la hija de Doña Margarita aceptando el monjío, que tan laudable le parecía.

í es, que á buena parte iban Perico lcalde. Buscaban al defensor, y en-

Digitized by Google

contraron al enemigo que rompería con sus planes.

Alicia no le quería, y esa idea que desde niña adquirió al cariño profesado por Pedro Calloso (el médico en la actualidad del lugar), llegó á ser tan funesta, y de tan difícil solución, que era imposible el poder encontrar medios de apaciguarla.

Por eso el tío Fabricio equivocó el sitio, que tan malos resultados eran de esperar. Además, las rivalidades que D. Fortunato y el tío Primavera tenían, eran de esas que el tiempo tarda en borrarlas.

En un pueblo todo se perdona, aun aquello en que se cree una ofensa mayor; pero los resentimientos adquiridos en épocas electorales, cuando andan desnucándose los jefes de pandilla por atrapar un voto, aunque sea ilícitamente; esos resentimientos, digo, son los que durante la vida quedan grabados en letras indelebles, imposibles de desaparecer mientras vivan.

Los rencores políticos entre aldeanos son eternos.

Las ofensas sociales, aun las más grandes, desaparecen al volver la esquina.

Así ocurrió á estos dos próceres del elemento pudiente del pueblo, objeto de nuestro relato.

D. Fortunato perdió una elección

Digitized by Google

ñida siendo una persona de su familia candidato; el tío Primavera, punto fuerte para las luchas de aldea, arremetió con bríos por sacar al de oposición, y lo consiguió á fuerza de mil ilegalidades realizadas.

El bochorno para la familia del farmacéutico fué inmenso, y mucho mayor porque el candidato vencedor compró petardos y cohetes, que dispararon sus amigos en la puerta misma de su casa. ¡Aquella cochinada en sus propias narices, no la perdonaría nunca!...

Luego se supo de buena tinta que el tío Primavera fué el iniciador y causante de tal bombardeo.

Digitized by Google

Digitized by Google

X

Un buen rato conferénciaron el Alcalde y el médico Primavera con fray Carmelo: lo que ocurrió, aunque parece increíble, merece explicación, que á su debido tiempo saldrá; pero lo cierto es, que después de tres cuartos de hora cumplidos, salieron los tres y encamináronse por las encrespadas y tortuosas calles de Alcuzaya, en busca de otro personaje que en esta singular historia le pertenece un papel importante.

No se impaciente el lector, y venga conmigo.

Como iba diciendo, salieron los tres, atravesaron los anchos claustros, y una vez en la calle, guiados por los vericuetos

Digitized by Google

y caminos del lugar, atajaron la llegada de la casa en cuestión, que se presenta á nuestros ojos como una mansión tranquila y perezosa á juzgar por su aspecto sumamente raro. Ya estamos en ella. Penetremos en el despacho, que sólo presenta de notable lo siguiente: una mesa de nogal viejo incrustada de antiguallas del tiempo de los godos, gran sillón de vaqueta estilo renacimiento, tres cuadros chinescos de relevante mérito que representan pasajes de libros sagrados, y una gran riqueza en cerámica, colocada caprichosamente en diferentes pedestales *ad hoc* confeccionados. Entre las maravillas antiguas que podemos observar, existe un incensario de metal mohoso, conteniendo como una onza de tierra negra y sucia, que, según su dueño, dice ser parte de la tierra bituminosa y desinfectante que los romanos colocaron en los primeros cimientos de Roma, de aquella Roma que fué pasto de las llamas como regocijo de un emperador para recordar el incendio de Troya. El despacho tiene además una alcoba espaciosa; en el centro de ésta, una cama de hierro á manera de altar adornado; y en la cabecera, un Cristo de marfil pulimentado, del tamaño de un libro en octavo.

Policarpo Jaramilla Cantorrodado, de

Digitized by Google

tor en ciencias desconocidas y anticuario del reino, es el morador y dueño de la casa en que hemos penetrado, á fin de escudriñar cuanto digan y acuerden, respecto de la lucha existente y entablada por el padre de Primavera, y D. Fortunato el boticario.

Es D. Policarpo, delgado y huesudo, de rostro rubicundo, barbilampiño, cabeza pequeña y larguirucha, frente abultada, nariz gruesa, con sus fosas nasales á manera de perro cazador, boca apiñonada, que posee el labio inferior pegado un tantico á la barbilla, porte anticuado y andares rítmicos y acompasados á manera de un aparato de relojería.

Esto, en lo que atañe á lo físico. Moralmente considerado, es lo que podríamos llamar un infeliz, un pedazo de pan bendito, que jamás negó un favor al que se lo pidiera.

—¡Tanto bueno por mi casa!—exclamó restregándose las manos al ver entrar el triunvirato, en el que iba á la cabeza el exclaustrado.

—¡Amigo D. Policarpo!—añadió fray Carmelo;—ocurre algo y venimos por usted; le necesitamos al momento, si puede ser.

—¡Calma, señores! ¡Tengo mucho

Digitized by Google

gusto!—Pero siéntense un momento, que la cosa creo no debe ser tiro de pájaro.

—Efectivamente que no lo es—objetó Primavera, que viendo al tío Fabricio buscar sitio para descansar sus nalgas, le señaló un taburete de madera que había en la entrada.

—Antes tomaremos algo, enjuagaremos la boca; pero tomen asiento.—¡Aquí tiene usted, Sr. Alcalde!—¡Pero este Don Pedro qué caro se vende!—y le obsequió con tres palmaditas á guisa de cariño.

—Sacó una botella que guardaba en un rincón de la mesa; luego llamó á una muchacha del campo fresca y rolliza que hacía las veces de criada suya, mandó que entrase cuatro copitas, las llenó colmadas, y presentando á fray Carmelo la primera, le rogó la tomase. El tío Fabricio siguió después... pero no se hizo de rogar; acostumbrado á tomar la justicia por su mano, hizo una mueca chabacanesca, cogió su copita, sin decirle nadie nada, y se la endosó al mismísimo tonel de su tripa.

Enterado el anticuario por el párroco del objeto que les traía, le pareció que habían obrado con gran cordura; y á renglón seguido añadió:

—¡Entre amigos, y además compadr
¡Vaya... vaya!... ¡Parece mentira que se

Digitized by Google

los hombres tan tercos!... Y diciendo esto, empezó á ponerse bien acicalado, como tenía costumbre, cepilló bien su sombrero de copa algo prehistórico, y después de rogar á la muchacha cuidara bien del despacho, que no entrarán gatos y demás bichos propios del corral, salieron los cuatro en busca del padre de Pedro Calloso.

No tardaron en encontrarle en su misma casa, dispuesto á salir caminito del monte, y en ocasión de montar en la borrica de su propiedad. Blas Calloso, conocido en el lugar por el tío Primavera (aunque este mote le supiera á diablos), era un labriego inteligente, socarrón y ducho, más propio de enredar al lucero del alba que de frecuentar tabernas y reuniones; hablaba con soltura, y era de familia acomodada, razón por la cual en sus mocedades pudo adquirir algunas nociones de latín con un antiguo *dómine* de la cabeza de partido. El punto fuerte de todas sus discusiones era la política de encrucijada, ramplona, esa idea tan arraigada en las aldeas, y capaz de volver loco al mismísimo que la inventó.

Le encontraron, como digo, de buen humor, momento el más solemne para reflexionar el asunto de su hijo, á quien quería con toda el alma, por ser el único que Dios le envió á este valle de lágrimas.

Digitized by Google

Pero era muy duro, muy aferrado en sus rencillas, y obra de romanos pintar la necesidad imperiosa, el medio de avenirse los dos rivales.

—El caso es que yo fuí muy majadero—decía dirigiéndose á fray Carmelo y al anticuario, personas á quien respetaba y atendía en extremo.—¡Sí, señores, muy majadero! Yo me busqué esta situación, que ahora deploro y siento en extremo. Pero ¡qué quieren ustedes! Los ánimos, en el momento en que se exaltan, hacen lo que quieren de los nervios. Nunca debí cebarme en el débil, y esta pícara gloria del triunfo no quiso parar allí, sino que además ofendió; sí ofendió, pero mucho.

Después de guardar silencio, como león herido por tiro certero, dijo:

—¡Yo de ninguna manera me rebajo! ¡El sabe dónde está mi casa! Nada más fácil que venir á verme.

—Pero ¡bendito de Dios! eso no puede ser. Tú que fuiste el que ofendió, busca como debes al ofendido.

—Lo comprendo, padre cura, es verdad lo que usted dice; y yo lo repito aquí, pero aquí sólo: en la calle, en su casa, no quiero apearme de la burra. Si él es boticario, yo soy labrador. ¿Entiende usted?

—Está entendido, amigo Blas—di

Digitized by Google

D. Policarpo, viendo la cosa de mala manera.

—¿Es decir—añadió fray Carmelo—que renuncias escuchar nuestros ruegos?—¡Tú, tan religioso, tan hombre de bien, tan amigo de la paz y la moral cristiana! En verdad, Blasillo, que me extraña tu proceder. Nunca esperé eso de tí.

El exclaustrado sabía la aguja de marear, el pie cojo de Primavera padre, y dijo lo anterior acompañado de súplicas y admiraciones, desorientando al labriego que nunca desobedeció sus consejos: además, él era católico neto; existían creencias y no estaba en el caso de dar mal ejemplo. Tras de algunas dudas y vacilaciones, por fin decidióse ir á ver á su rival; pero él solo, sin que nadie le acompañara, sacrificando su honrilla por el bienestar de su hijo médico.

Son las once de la mañana de un día hermoso, á juzgar porque el estribo de la parroquia de San Policarpo marcaba la llegada del sol al zénit; el murmullo de los pajarillos había cesado; ningún ruido campestre se notaba en la aldea que pudiese interrumpir el silencio; únicamente algún perro vagabundo, escapado del campo de su dueño le llevara, y alguna que golondrina que regresaba de su expe-

Digitized by Google

dición africana, podía notarse. A esa hora en que todo duerme, un labrador se acerca cautelosamente temiendo ser visto; llama á la puerta de D. Fortunato; un momento después ábrese el postigo, y grave como un cómico penetra en la casa.

Es Blas Calloso, el convecino y compadre del farmacéutico.

Quien no haya observado con el escalpelo del desinterés estas escenas que frecuentemente ocurren en pueblos pequeños, no puede apreciar ni sabrá nunca comprender, la sal de una generación y el abolengo de sus luchas.

D. Fortunato vióse frente á frente de su rival, de aquel ser tan desgraciado y tan fatal para él, que en época no lejana tanto quería; abarcó de una mirada la idea que le traía al decidirse ir á su casa, y sintió asco por la bajeza vil que realizaba. Perdonaba las ofensas, por enormes que fueran; pero lo que nunca pudo resistir es el estado de cobardía que animara á su compadre al ponerse plantado delante de sus mismas narices.

Ambos sudaban la gota gorda.

Callaban; no podían articular palabra; la sangre subía inflamando sus venas, y antes que reventaran era preferible el silencio; por fin interrogó Primavera:

Digitized by Google

—¿Sabes la causa de mi visita? ¿Extráñate verme en tu misma casa después de nuestras ofensas razonables y justas?

—Mi casa es siempre tuya; nunca dejé entrever grandes rencores en gente que, como nosotros, tenemos crianza.

—¿De manera que crees inútil que saque á colación nuestras rencillas?

—Tú lo dices, Blas.

—¿Y sabes, te figuras la causa principal cuál debe ser?

—Contarasla tú, que yo voy á viejo. Ayer cumplimos los cincuenta, y no queda rastro de nuestros recuerdos y juegos.

—¡Cáspita y cuánta razón tienes! Más te acuerdas que yo; verdad que ayer hizo años que se celebró el bautizo de Pedro. Eso es, el 28 de Marzo.

—Justos y cabales—aseguró Fortunato, que á la vez sentía el ser viejo.

—Vamos á ver, Fortuno; aquí, entre los dos, podemos hacer un bien á nuestros hijos. Nuestras ofensas están perdonadas...

—¡Pero no aquélla! Bien presente la tengo y aún me chillan las orejas por el chasquido del petardo. Fuiste muy cruel no dándote por satisfecho después del ofo, después de la victoria.

-Deja recuerdos, que todos tenemos

Digitized by Google

nuestras faltas, y vamos á lo que debe interesarnos.

—Maldito el interés que yo puedo tener—añadió el farmacéutico.

—He venido en busca de amistad, pero de ningún modo á sacar vejestorios—dijo Primavera algo amoscado.—Si te convienen las paces, harémoslas; y si no, quedamos como antes. Sabes que mi casa está bien cerca.

—A mí me importa un bledo que obres como te dé la gana; hasta la fecha, tus ausencias me han sido indiferentes. ¿A qué has venido sin nadie llamarte?

—A pedirte perdón y á perdonar lo pasado.

—¡Te remuerde la conciencia!... ¿Qué otra cosa pides?

—Que después de tu amistad, no te opongas á que Perico se case con Alicia.

—Salió el gazapo de la madriguera.—¿Y qué?...

—Si ellos se quieren (como dice mi hijo), creo que lo más acertado sería el que fray Carmelo les diera la bendición.

—Por mí, concedido lo tienes; ya ves que no soy rencoroso.—Pero falta consultar con mi chica; tengo oído que no tiene tal idea. Bien sabes que tuvo relacion con D. Carlos, y eso...

Digitized by Google

—Eso no es obstáculo para que pueda querer á Perico; *á muertos y á idos no hay amigos*. D. Carlos lo que menos piensa es en este pueblo; ya sabes que marchó hecho un novillo.

—Y con sobrada razón, porque el pueblo obró como un ingrato; pero predicar á estos zánganos es lo mismo que echar margaritas á puercos.

—Eso le digo yo á mi Perico; que no se entrometa en política, porque él será el que perderá: D. Carlos era todo un caballero, de mucho talento.

—Dímelo á mí, que tenía muy tratado y conocido su corazón.

Hablaron de otras cosas más, por hacer que hacían, hasta que estrechándose las manos se despidieron satisfechos los dos: D. Fortunato porque le gustó hacerse de rogar y presentarse grave en todos los actos de su vida: había caído el león en las garras del tigre carnicero. Primavera, porque veía la boda resuelta y hasta vislumbraba á Perico toda la vida en el pueblo ejerciendo su profesión; era el único medio de quitarle la costumbre del *trinquis*, y de reunirse con todos los *chanfainas* del mesón.

Digitized by Google

Digitized by Google

XI

«Reverendo fray Carmelo
Alcuzaya.

Querido y respetable señor: Por fin rompo el silencio y puedo participar mi llegada á esta Babilonia, sin que pueda añadir al viaje nada de particular; si la memoria no me fuera infiel, algo podría decir de lo mucho que en España ocurre al viajero tan luego se acondiciona en los mal llamados coches de segunda, esos armatostes desvencijados de nuestras grandiosas empresas ferroviarias.

» De la Corte nada diré que merezca ser escuchado: sabe usted conozco palmo á palmo esta villa, que vuelve á enconar la herida de mi época escolar, animando

Digitized by Google

mi ambición (hormigueo de nuestra inteligencia), á emprender de nuevo, otros estudios más superiores.

» ¿Tienen ustedes médico? ¿Es joven ó viejo, guapo ó feo? Tendré verdadera satisfacción cuando lo sepa; en honor á la verdad, me figuro quedaré más tranquilo, si el tal compañero, llena todas las condiciones que para el caso se requieren.

» En Alcuzaya, donde tan buenos pucheros y platos de barro se fabrican, es extraño no encontrar un servicio médico que pueda complacer á la generalidad de los vecinos: se necesita tener talento y un poder intuitivo tan elevado, que dudo de todas veras pueda reunir el compañero, que presumo me haya sustituído. Sin embargo, es buen chico y además del país; condición muy abonable á que su estancia sea larga y caiga como pedrada en ojo de boticario.

» Y á propósito: ¿qué me cuenta de D. Fortunato y su familia? ¿Qué del amigo Jeremías Cubilete? Supongo que seguirán tan emperrados en el tresillo, siendo contertulios del ínclito D. Anacleto, de nuestro célebre maestro, que en tiempo corto lo fué de dos generaciones. Así ha sacado tanta gracia, y tan gran caudal de Pedagogía.

» Hace algunos días me acordé de

Digitized by Google

ted. Estuve á ver una obra de Ayala, del maestro insigne, que fué Presidente del Congreso: pasé cuatro horas celestiales; horas que, con ser de sesenta minutos, pareciéronme un segundo; tan á gusto transcurrieron.

» Como van agotándose mis ahorros, no puedo ya realizar tales despilfarros; así es, que he procurado dejarme pocas actualidades por ver.

» También he ido al Real y aplaudí á rabiar *La Africana*.

» Para terminar y no serle molesto, dé usted cariñosos recuerdos á D. Jeremías, D. Anacleto y D. Fortunato, y no le olvida á usted un momento su amigo.—*Carlos Tomassi*. »

« *P. D.*—Hace algunos días presenté toda la documentación, para poder efectuar oposiciones á la cátedra de Medicina legal y Toxicología, vacante en la Facultad de Medicina de la Universidad de X... Como comprenderá, daría por muy bien empleados mis ahorros, si mi suficiencia quedara en buen lugar, pudiéndome calzar dicha plaza. ¡Dios me conceda inspiración y buena suerte!—Vale. »

. . . . . .

No bien hubo terminado fray Carmelo de leer la carta de Tomassi, marchóse á

Digitized by Google

casa de D. Jeremías y D. Fortunato para ponerles al corriente; eran buenos amigos, y siempre sería una noticia que agradecerían en extremo.

Cuando llegó á casa del farmacéutico, encontróse á Doña Margarita haciendo pucheros y á la niña Alicia cual si fuera una Magdalena, quizá arrepentida y triste, porque sus padres se oponían á sus inclinaciones.

—No hay que llorar, que la cosa no es para tanto—añadió el párroco tan pronto vió aquel cuadro de dolor.—Con seguridad que será alguna bagatela de poca monta. ¡Pero qué tontas son ustedes, criaturas del Señor!

—Señor cura, cuánto me alegro de su llegada; esta niña está insufrible; tiene un genio que nadie la puede aguantar; ha cambiado en poco tiempo lo indecible—decía Doña Margarita entre lágrimas y sollozos.

—Pero, madre, en vez de alegrarte, no veo el motivo de tu llanto: además, si comprendes que con eso puedo ganar el cielo, ¿por qué motivo me entristeces?

—Vaya, hijas mías, veo que de este modo, no es fácil el poderse entender uno. ¿Cuál es la causa de estas contrariedades que me sorprenden? Vamos, explíquese ted, señora!...

Digitized by Google

—Alicia no quiere casarse con Perico el médico. Ayer estuvo aquí el tío Primavera á pedirle perdón á mi Fortunato, y después de un rato de hablar, manifestó que sería para él una verdadera dicha que los chicos pudieran arreglarse. Por nosotros bien; pero ahora dice ella que no quiere, y que patatín, y que patatán, y como usted ve, nosotros lo único que deseamos es el bien de los hijos.

Doña Margarita casi no pudo terminar; sentía en el alma que Alicia no celebrase sus bodas con Pedro Calloso, y lo sentía doblemente, porque su única idea era dar en la cabeza á las chicas de D. Anacleto, que dijeron que el médico no quería á la joven boticaria. Por eso lloraba á discreción, con esa pena natural y egoísta de toda madre, que ve una boda segura, y á la vez observa que se aleja por falta de voluntad.

—¡Es una lástima! ¿quién le habrá metido en la cabeza la idea de ser monja?—repetía la esposa de D. Fortunato, mirando á D. Carmelo, como diciéndole que animase á la doncella.

—¡Inspiración divina! ¡inspiración del Señor, Doña Margarita!—objetaba fray Carmelo.—¡Quién sabe si Jesús, nuestro Redentor, la tendrá reservada otra gloria

Digitized by Google

más santa, que la que ambicionar puede en este mundo mísero y ruin!

—Sí; pero es el caso que á Fortunato nunca le gustaron esas instituciones sagradas; siempre creyó que una buena esposa gana á los ojos de Dios tanto como una religiosa, y yo también lo creo así, padre cura.

—Algo de eso dijo fray Luis de León en su *Perfecta casada*, pero nunca dijo, que la verdadera vocación no se cumpliese; quizá su hija no esté destinada para ser esposa de los hombres, y sean sus bodas con Jesús, que ya manifesté antes, fué nuestro Redentor.

—¡Pero yo me quedaré sin hija, sin esta hija que tanto quiero!...

Y volvió otra vez á coger el llanto, pero más intenso, más tenaz; llanto que ocasionaba la pena misma que sentía y que le acongojaba.

Por fin, el párroco pudo calmar con sus consejos á la madre y la hija, y todo guardó silencio; únicamente se escuchaba el hipo que esprime la lejana congoja, como resumen de aquel lance de dolor.

D. Fortunato, que había estado sin hablar, al fin se desahogó con el cura; también lo sentía en el alma, pero atendió á las razones de fray Carmelo, y calló.

Digitized by Google

—¡Sea lo que Dios quiera!—dijo después de largo rato.

Cuando quedaron solos, aprovechó el párroco un momento tranquilo del padre de Alicia, para leerle enterita la carta de Tomassi; realizado esto, acordaron ambos el que no dirían nada á la familia; ¡quizá aumentara la pena de la chica las noticias de Carlos! Ella, desde que abandonó el médico la aldea, no ha pasado un momento sosegada!... ¡Es una tristeza tan grande, que se cree morir!

—¡Canario con la muchacha! Me figuré que no tomaría las cosas tan á pecho, pero me llevé chasco; creo que á todos nos engañó, y nos ha pillado en ayunas. ¡Los amores en la juventud son fatales, fatales!—y diciendo esto, se despidió fray Carmelo, dejando sumidos en triste meditación á Doña Margarita y D. Fortunato, dispuestos á emprender de nuevo, otra serie de pucheros...

Digitized by Google

Digitized by Google

XII

Es Madrid para unos, la gran charca que emana hedor y pestilencia; para otros, el monte calvario de los artistas; y para los más, el desbarajuste social que codea al infeliz descamisado con el banquero elegante; al vicio asqueroso con la honradez virtuosa; al demócrata exaltado con el monárquico furibundo; al vagabundo con el industrial trabajador.

Todo esto es Madrid; y el que por primera vez llegue á comprender esa diversidad de medios que le rodean, tan luego salga á distraer su imaginación, bien por la calle de Carretas ó por la Carrera de San Jerónimo, por el salón de conferencias ó los ensanches y teatros, verá amontonarse en confuso tropel por su cerebro, los

Digitized by Google

recuerdos que conserva de su niñez; recuerdos que á todas horas acudirán como por encanto á su imaginación, queriendo desmentir la realidad de lo que ve.

¡Cuánto no se sufre en esta gran capital, cuando se llega inflamado, henchido de entusiasmo, ya guardando entre los mil envoltorios existentes en el fondo del baul, alguna comedia virgen ó alguna tragedia espeluznante!

¡Cuántas ilusiones llegadas á la villa del oso se transformaron en cuadros tristes, en que el dolor y la pena son los factores principales!

¡¡Madrid!! ¡¡Madrid!! Pueblo hospitalario y honrado, corazón de España que consumes más que produces, madriguera del bien y del mal, de lo grande y lo pequeño, ¡cuán injusto eres!

¡Cómo recibes las almas, y cómo las devuelves á sus hogares!...

Reflexionaba todo esto Carlos Tomassi tan pronto como terminaron los pocos ahorros, que pudo hacer en la aldea donde ejerció su carrera; faltábanle recursos y no encontraba medios de poderlos adquirir.

¿Qué hacer?

¿Qué camino tomar?

Había firmado las oposiciones á la cátedra de Toxicología y Medicina legal;

Digitized by Google

transcurrió el plazo señalado de presentación de instancias, pasó un mes y otro, y no llegaba nunca el llamamiento; el tribunal no convocaba á sesión; mientras tanto, él desfallecía, temblaba por la deuda adquirida en la posada, por la falta de inercia para continuar el estudio que después le sería necesario; por la carencia de traje que decentemente le sirviera para presentarse al tribunal; y volvía á sumergirse en todas aquellas meditaciones que á la vez le ahogaban, á rebuscar por sus ideas medios de adquirir algo para sostenerse hasta que la hora llegase; á interrogarse cuál camino podría tomar.

Acordóse de su internado cuando estudiante; ¡quizá le admitieran en calidad de tal!—Es una majadería.—No tiene razón de ser.—Miraba los periódicos, en la cuarta plana, sección anunciadora, ¡tal vez encuentre algo! No veía arbol donde poder agarrarse; por fin, en *El Madrileño* apareció el siguiente anuncio:

LIBRERÍA

Hace falta dependiente entendido en el ramo: condición precisa, saber francés.

Dirigirse á J. B. C.—Lista de correos. X. Z.

Digitized by Google

Aprovechó la ocasión, y escribió; le exigieron referencias, y no encontrándolas, dijo al dueño que en Madrid sólo podía darlas la patrona, pero en Alcuzaya el señor párroco y otros señorés más, incluso el alcalde; contó todo lo que le ocurría, hasta que el principal se apiadó, y vióse hecho después todo un dependiente, aunque sin estar enterado, pero sí entendido en la materia.

¡Pobre Carlos Tomassi! ¡Cuánto sufrió hasta poder conseguir este empleo insignificante, y que entonces fué el colmo de sus aspiraciones!

El pobre y mezquino sueldo que el librero le daba, fué lo sobrado para abonar á la patrona lo que la debía,—la pobre no le ahogó y se portó con toda caballerosidad;—así fué trampeando y no dejando el estudio, hasta que llegó la hora de presentarse á oposiciones, las cuales habían de verificarse en Madrid.

Desde que recibió el grado de doctor hasta que las oposiciones fueron convocadas, transcurrió año y medio. Sólo escribió una carta al párroco, la que fué contestada correo seguido indicándole el fraile, «que si necesitaba algunos recursos, que los pocos que él podía contar, eran suyos; y que escribiera diciéndole la cantidad que te

Digitized by Google

que mandarle.» Pero fué un ingrato y hasta la fecha no se dignó contestar á tan cariñosa oferta.

El tribunal se reunió y se verificó el sorteo de trincas.

Le había cabido en suerte el segundo lugar de tres que eran los opositores. Muy grande fué su alegría y á la vez sorpresa, al saber que uno de los contrincantes era el amigo Rodríguez, el condiscípulo que tan gratos recuerdos tenía de él; sentía tener que luchar contra el compañero, pero ¡qué diantre! le explicaría los motivos, la pasión que por la asignatura siempre profesó, y se haría el cargo. Además ¡había pasado tanto! No le ocurriría á Rodríguez lo mismo: era de familia acomodada, tenía padres, y él, en cambio, era huérfano; es más, nunca los conoció; no pudo apreciar todo ese cariño de amor que las madres profesan á los hijos de sus entrañas. En una palabra, un desgraciado, que no llegó á sentir el calor delirante de un cariño verdad, ni tampoco esos besos que quieren dejar huella en el cutis; besos y recuerdos del amor de madre, siendo muchacho!... Ninguna de estas alegrías podía recordar Tomassi. ¡Su historia era una página triste! ¡Muy triste!...

Había sido un niño abandonado por las
es de Madrid; desamparado, sin padres

Digitized by Google

y sin hogar... ¡Quizá Rodríguez se apiadara de aquel recuerdo histórico de su desgracia!...

La intimidad con el amigo Rodríguez acrecentó á medida que las oposiciones se verificaban. Salían juntos todos los días de aquel salón de actos que conocieron de alumnos; entonces, ya no eran contrincas; olvidaban las luchas científicas del alcaloide ó de los diferentes asuntos médico-legales que en la discusión salían á relucir, y se transformaban en amantes compañeros, que se deleitan contando sus cuitas y sus contrariedades.

Eran de ideas diametralmente opuestas: en oposición se enfurecían y se excitaban, aportaban sus conocimientos con entusiasmo, pero se respetaban. Terminada la sesión, el íntimo abrazo, el apretón cariñoso, el olvido de lo que fué, la amistad sincera; iban á la cervecería y cambiaban impresiones, reanudando la historia de sus vidas; el uno contando hazañas de la aldea, el otro de aquella Granada con todo el baturrillo de torres y de antigüedades moriscas.

Una tarde hablaron largo rato en la *Cervecería Irlandesa*.

Decía Carlos á Rodríguez:

—Como te iba diciendo... es una cria-

Digitized by Google

tura deliciosa... un ángel digno de ser amado: vive en el pueblo; pero yo te aseguro que no parece educada en aquella porquería. Hoy tendrá diez y ocho años como diez y ocho rosas. Siento no haber escrito á sus padres; pero de todos modos, creo que me esperará en atención á que le hice concebir esperanzas. No puedo remediarlo; la quiero con locura, con verdadera pasión.

—Extráñame, Carlos, que tanto cariño pueda contener tanto silencio. Amando yo como tú, creo no tendría fuerza de voluntad para resistirlo.

—Tampoco la tengo yo, pero á la fuerza ahorcan.

—¿Y se llama?

—Alicia de Viñuela; hija única del farmacéutico de Alcuzaya, D. Fortunato de Viñuela.

—¿Hermosa?

—Como un pensamiento honrado; con un genio tan dulce y sincero, que al oir su voz, parece que se aspira toda la ambrosía y fragancia de los jardines de Castilla, aquellos, que aun los mismos poetas desconocen por no haberlos descrito.

—¿Pobre ó rica?

—Medianamente acomodada—respon- Carlos.

—Casi por desear tu suerte, y verte á

Digitized by Google

su lado transformado, en modelo de esposos todo ternura y cariño, desearía que te nombraran á tí para desempeñar la cátedra que hacemos oposición.

—Dios te oiga, amigo Rodríguez; pero de sobra comprenderás que lo sentiría por tí.

—¿Por qué motivo? En realidad de verdad, haciendo justicia, la plaza te corresponde á tí, porque tus ejercicios han sido los mejores. Si cometieran algún acto impropio y te dejaran en mal lugar, protestaría. Yo tengo medios para buscar otros cargos mejores, si atiendes á las grandes relaciones que poseo.

—¡Verdad es, pero á nadie le gusta que el trabajo sea infructuoso!

—Tomassi, no seas niño; mientras tú ocupas el cargo, yo tocaré otros resortes, y... ¡quién sabe si en la misma Universidad, seremos comprofesores!...

Así eran las amistades entre aquellos dos compañeros y antiguos condiscípulos.

Llegó por fin el día señalado para dar cuenta del último ejercicio, y los tres opositores escucharon del tribunal la propuesta.

Los ejercicios fueron aprobados por unanimidad á los tres; pero en vista de las extraordinarias facultades intelectuales, opositor D. Carlos Tomassi, creyeron

Digitized by Google

Jueces señalarle al Ministro de Fomento, como el más sobresaliente para desempeñar la cátedra de *Toxicología y Medicina legal* de la Universidad de X...

Carlos recibió muchas felicitaciones del tribunal, y en particular de los opositores.

Tres meses después tomaba posesión en la Facultad de Medicina de X... de la vacante ganada en buena lid, recibiendo mil parabienes de todo el profesorado que asistió á tan solemne acto.

Rodríguez se despidió de su amigo Carlos, participándole que en el verano venidero tendría verdadera alegría de visitarle, y le prometió además, pasar á su lado una buena temporada.

La noticia del nombramiento de Tomassi llegó á la noble Alcuzaya, transmitida por la prensa de la corte, noticia que celebró extraordinariamente el reverendo párroco, porque le tenía gran voluntad al jóven médico.

Digitized by Google

Digitized by Google

XIII

No podían elegir sitio más adecuado. Convidaba á los grandes ejercicios de volatinería; y conste que en el momento á que me refiero, presentaban los chiquillos del lugar las más extrañas muecas caricaturescas que verse pueden. Manolín, que era el mayor de aquella turba insidiosa, saltaba y brincaba cual un saltimbanqui; hacía mil contorsiones con sus dislocadas piernas, acompañando todo esto con un ligero guiño de ojos, que excitaba la hilaridad de sus revoltosos camaradas. Luego, quedábase tranquilo, respirando fatigosamente como si no encontrara aire que inspirar.

Culilla, aunque más joven, no quería

Digitized by Google

ser menos atrevido que su maestro; y como movido por un resorte, emprende virtiginosa carrera de volteretas va y volteretas viene, que atontó á sus admiradores de una manera pasmosa.

Así, cada cual quería entretener á sus espectadores, que en día de feria acudían á regocijarse con las mil diversiones que Alcuzaya prometía. Y es que los niños, con ese instinto natural de querer imitar á sus mayores, se complacían llamando la atención de los infelices que en el día de San Juan (el más gordo del año) iban en procesión á la compra de mil chirimbolos que hacían falta en sus casas; á solazarse con las bocazas abiertas contemplando el vertiginoso mareo del *tío Vivo*, que únicamente en días como esos solía verse; comer las primeras guindas que los calores proporcionaban, y á presenciar las extraordinarias y nunca bien ponderadas habilidades de los mozos maduros, en sus divertidos é higiénicos juegos de pelota, de tiro de barra y otras mil zarandajas.

Hay que ver aquella plaza Consistorial en las primeras horas de la mañana del 24 de Junio. En el centro, un enorme mástil sosteniendo el pendón toscamente bordado por las mozas rumbosas, aquellas, c tienen sus pensamientos fijos en los may

Digitized by Google

domos de la fiesta. La hilera, interrumpida á trechos, pero al fin hilera, de casetas con sus velas á manera de barquillas que flotan en una gran ribera de carne humana; el griterío y lloros de los niños descontentos que se agarran á los manteos de sus madres, pidiendo algo que no pueden satisfacer; en una palabra, aquel todo que hace de un pueblo en miniatura, la apariencia de capital, aturdiendo á sus pacíficos moradores.

Decía que el sitio era el más adecuado, y lo repito. Estamos en el paredón agrietado que posee la parroquia de San Policarpo; paredón que hace de frontón los domingos y aun los días no festivos, para solaz de los mozos y chismografía de viejas.

El partido de pelota es reñido. Perico Primavera y el Secretario del Ayuntamiento y Juzgado, por un lado, luchan contra el Juez municipal y el Alguacil, por otro. La gente se desnuca por presenciar el torneo, no faltando alguno que salga con buena ración de cardenales.

El calor es sofocante y abrasador.

Los jugadores se encuentran á igualdad de *tantos;* hay que hacer una limonada para remojar la sequedad de sus bocas; entonces Manolín, que en el lado opuesto distraía á sus amigos, es llamado por el médico, que le dice:

Digitized by Google

—Corre á la taberna del tío *Merienda*, y que te dé un cacharro con dos azumbres del tinto. Vete á escape, y no tardes.

Y el chico, en vez de correr, vuela, hasta que regresa en un periquete del tabernáculo, cargado como borrico.

Entonces viene el jolgorio y la algazara, la verdadera fiesta: Primavera prepara el refresco; pero antes de añadir el azúcar hay necesidad de tomarlo natural, hacer la prueba de calidad, como él llama; y se bebe á granel, sin medida, como si Pedro Calloso no pensara en el cargo de suyo tan sagrado, que en el pueblo ejercía.

Enredada la broma, interrúmpese la marcha del partido; ya no se jugaba; querían beber, mucho beber, emborracharse todos, y después... el desequilibrio general; salir de ronda en busca de aventuras de encrucijada, pesados como gañanes unos, rodando como pelotas otros; un desbarajuste social, representando al elemento aristócrata, el Licenciado Perico Primavera. Por fin, se hizo de noche.

Las encinas y troncos de roble, que en las puertas de las casas había, esperando la llegada del golpe que separara su fibrosa malla, tomaban aspecto fantástico á los ojos de los revoltosos, que empezaban su fiesta por donde debía terminar; la

Digitized by Google

media docena de álamos que hacen guardia de honor delante de los soportales de San Policarpo, parecen gigantescas figuras cuyos brazos retuercen á derecha é izquierda como pidiendo venganza. Por doquiera extienden la vista, obsérvase negrura; y en el monte, á trechos, la luz que despide la humosa tea que alumbra la choza de algún pastor.

El Juez municipal y su Secretario, abandonan al médico Primavera; sin duda se acordaron de sus mujeres, de sus hijos, que les aguardarían agitando sus tiernas manecitas, para recibirles y acariciarles entrañablemente.

Perico, al verse con los restantes compañeros que al aroma del vino se acercaron y no le abandonan un momento, prepara la diversión nocturna.

—El programa es el siguiente: mientras yo voy al mesón por *Brecha* y *Machado*, los hijos del tío *Gorgojo*, vais á vuestras casas en busca de panderetas y guitarras.—Yo aquí os esperaré—añadió el médico.

Entró en la posada del Gorgojo, y allí se repitió la escena, probando algunos caldos exquisitos que el dueño del establecimiento, amigo suyo, guardaba para las grandes solemnidades.

Digitized by Google

No tardaron en llegar los camaradas con varias panderetas y dos guitarras, que las manejarían los estudiantes que á la sazón estaban en el lugar, de vuelta de la capital en período de vacaciones.

La fiesta estaba preparada. Andrés Fajardo y Paco su hermano, tocarían las guitarras; eran verdaderos maestros, pues en varias estudiantinas salieron como músicos.

Brecha y *Machado* las panderetas, y el resto de mozos que se agregaron á la diversión, llevarían la cántara y la medida, para efectuar algún descanso bebiendo y comiendo.

Delante el jefe del cotarro: el médico de Alcuzaya.

Una vez en marcha, se dirigieron á casa de D. Anacleto, permanecieron una buena pieza y se alejaron. El maestro tenía miedo y les mandó retirar á sus casas; pero no cumplieron la orden; lo único que hicieron fué cambiar de itinerario.

—A casa la *Verónica*—gritó una voz en la obscuridad de la noche, voz que pudo salir de los mismos reunidos. —Allí habrá baile.

Y tomaron la dirección de la citada casa, quizá la más lejana del lugar, cantando y tocando como locos, con sus bolinas colocadas á manera de morrión, con

Digitized by Google

sus fajas caídas cual beodos en el último grado de alcoholismo; el que no tocaba instrumento alguno, silbaba y gritaba, ó bien aullaba; pues siempre era amenizar la soledad de una noche apacible y serena, aunque obscura y calurosa

Llegaron, como era de esperar, penetrando por la puerta falsa de la cuadra.

En ancho y largo pesebre hacían presa de la abundante paja seca, las cuatro vacas que descansaban de las tareas del campo; á su lado, tendidas en la basura y el estiércol, dormitaban sus correspondientes terneritas, esperando que finalizaran las madres para aprisionar entre sus lenguazas húmedas y alijadas, de un color negruzco, la abundante y sabrosa leche de sus tetas. Los cochos que se preparaban para la ceba, con su vocinglerío chillón y su gruñido estridente, se despertaron anunciando á su dueño la llegada de gente extraña en la casa. El único ser que permaneció en silencio, fué *la perra*, que al oir la voz de Perico se acercó á los ronderos, meneando el rabo, corriendo lo andado, y con un ligero quejido de lástima daba á entender, que la hora era intempestiva para visitas.

Una vez en la puerta del corral, sentados en los poyos, bebieron algo más, templaron los guitarras, anunciaron las pande-

Digitized by Google

retas preludio de alguno de los cantares de la tierra, y en la soledad de la noche se escuchó con acompañamiento de aquel caudal de instrumentación, la voz de Perico Primavera, que entonó lo siguiente:

Abre la puerta, niña,
la de arriba y la de abajo,
que tienes á tus amigos
y te esperan con trabajo.

Luego se cantó algo más, siendo los amigos *Brecha* y *Machado* los que se arrancaron con más arte: se acabó el total del elemento que en la cántara llevaban, y cansados de esperar, viendo que no salía la doncella, lanzáronse á la calle, con gran estrépito del ganado, que silencioso rumiaba en la cuadra, y alborotando á todo el gallinero, que tranquilamente posaba entre grandes montones de jara aromática.

Mientras ocurría todo esto en casa de la *Verónica*, la familia de D. Fortunato, dominada por una de esas penas que en lo íntimo del alma se hacen sensibles, recibía la noticia de que la jóven Alicia, su hija, « no encontrando en este mundo nada más digno de encomio, que la vocación religiosa, había entrado de educanda en la casa-pensión del Corazón de Jesús, de la capital de provincia. »

Digitized by Google

Esta noticia se recibió por correo, y hasta dudó D. Fortunato de la autenticidad del hecho. El único que no lo ignoraba era fray Carmelo, porque le enteró al despedirse la hija del farmacéutico.

– ¡Yo que la mandé á la capital por ver si la idea desaparecía y se alejaba de su imaginación! ¡No se ha conseguido nada!— decía el antiguo boticario, lleno de profunda pena.

—Pues, hijo, paciencia—respondió su esposa.

—¡Esto es una infamia!... ¡Una villanía!... Está visto que perdemos á nuestra hija, la única que hemos tenido. ¡Esto es cruel! ¡Es una gran desgracia! No me extraña que en el mundo haya hombres exaltados, revolucionarios, dispuestos á dar al traste con todos los conventos habidos y por haber!...

—¡Calla, lengua de diablo! No digas nunca eso, porque el día que la niña ingrese en calidad de hermana religiosa, bien querremos que los hombres sean buenos y santos, amantes del verdadero bien, de la verdadera moral.

Aquella misma noche quería D. Fortunato ir á ver al párroco, á fin de anunciarle lo ocurrido con la niña Alicia. Era tarde y lo dejó para el siguiente:

Digitized by Google

Poco después oyeron gran algazara en la calle, gritos, imprecaciones, blasfemias, luego un golpe, un ¡ay!, y al asomarse el farmacéutico por la reja de la oficina, viéronse algunos grupos correr con toda velocidad, y en la rampa que daba subida á la casa Concejo, un hombre tendido que no pudo conocer ni distinguir...

Era el médico Perico Primavera.

Digitized by Google

XIV

La zanja rivera que divide las barriadas antiguas de las modernas, es el sitio más delicioso que en época veraniega puede verse; rara es la vez que en el mes de Julio lleva corriente de agua; pero en esta ocasión es abundante el manantial, por haber sido el invierno muy húmedo y lluvioso, que unido á las copiosísimas nieves y á los arroyos y ventisqueros vecinales afluentes á la misma, hacen que sea el punto de reunión y chismográfico del elemento femenino que acude á lavar sus ropas.

Un ligero declive, resbaladizo por la alfombra de verdura que crece espontáneamente; después un arenal movedizo que

Digitized by Google

lame las orillas de la corriente del Cuzayo, que cuando las narices se le hinchan, no guarda consideración, arrastrando las losas y cabañas de los pastores que á su paso encuentra, y siguiendo su curso natural, va uniéndose hasta constituir una pequeña canal imperceptible; algo como una mofa burlesca de la magnitud de sus caricias.

Algunas mozas enjuagan y refrescan por última vez la ropa blanca, y entre los murmullos y risotadas dicharacheras, pregonan los últimos sucesos del día anterior, y recuerdan lo más culminante de otras épocas ya transcurridas.

El grupo de fregonas, en unión con las hijas de sus amas, decía:

—Te digo, chica, que aunque no lo hayan visto mis ojos, lo creo como esto es sol que seca la ropa que tendemos—y levantando su brial sucio y pringoso de humedad, hasta las mismísimas rodillas, púsose en cuclillas y acto continuo retorció una camisa de mujer.

—Para creerlo hay necesidad de verlo—añadió una segunda, que tenía fama de bachillera.

—Nadie mejor que la Verónica, hija, puede contarlo con pelos y señales. Ella escuchó el *cante* de Perico, y por las rendijas de su ventana los vió alejarse de aquel

Digitized by Google

modo escandaloso: iban todos como barcas rellenas, no podían andar, y hasta por más señas, el *Machado* y *Andrés Fajardo* (uno de los chicos estudiantes de la Perindola) cayéronse como dos cestos, al salir escapados de la cuadra.

Un chillido de burla y admiración se escapó de toda aquella reunión de hembras, que iban al lavadero por noticias que desmenuzaban y ponían en tela de juicio.

—Y continuando lo que me dijeron, puedo añadir. Una vez que salieron de aquella casa, no se sabe lo que ocurriría, pero la función de los ronderos acabó como aquel rosario de la Aurora en Valencia, á testarazos, chica, á testarazos; y hubo una víctima, que á las cuatro de la mañana fué recogida por varios hombres que iban al campo. ¿Sabéis quién era la víctima?... Pues era... D. Perico Primavera, que estaba muerto ó quiso hacerse el muerto, pues de puro *remojao* yacía tendido en la bajada de la rampa concejo!...

—¡Qué vergüenza, estar borracho un hombre, un señorito con título de médico! ¡Es lo que hay que ver!—añadió la bachillera.

—¿Os figuráis que á los médicos no les gusta el vino? Pues estáis muy mal enteradas: cuando yo estuve sirviendo á Don

Digitized by Google

Calixto, el que vino antes de D. Carlos y que murió de viejo, era un buen amigo de tragos de todas clases, y sobre todo del tinto. Bien lo sabe el tío Mesonero.

—Pero todos no son lo mismo, Sinforosa; por eso recordamos más cada día al señorito Carlos, por ser muy bueno y además un gran médico. Cuando se despidió de este pueblo me dió dos duros de propina.

—La Casilda sí lo habrá sentido; le pagaba una gran *soldá*—exclamó la Pastora.

—Ya que hablamos de D. Carlos—añadió Sinforosa—¿es cierto que tuvo relaciones con Flora, la que se casó con Ambrosio?

—No, hija, no; eso hubiera querido la muy gansa; siempre se figuró al señorito dispuesto á decirle por ahí te pudras... Pero él nunca la quiso; no estaba el bocado para cosa de tan poco gusto.

—La gente eso decía, y añadía además, haberle visto en su casa llorando como una criatura, al saber que se casaba con Ambrosio.

—Quita *day;* si hubiera querido cosas buenas, gana tenía la hija de Doña Margarita, aquella mozuela bien sandunguera que *naide* creía que le despampanarían sotanas, hasta meterse en casas de mor

Digitized by Google

—Eso dicen las gentes habladoras, pero á mí no me han entrado esos dichos. Escucha, Casilda. Por esos pueblos dicen que Alicia le quiere, pero el médico se marchó por librarse de sus uñas; porque es el decir: si él está aquí, le atrapan en casa del boticario.

—No estás bien enterada, Sinforosa; mi señor marchóse porque el Alcalde quiso que entrase aquí en el pueblo, Perico el médico; por eso le despacharon, y hubo una de San Quintín en el *mesmo ajuntamiento* y señores del Concejo.

—Vaya una diferencia entre uno que es borracho y otro hombre de bien—respondió con chillido la bachillera que un poco antes habló al empezar este diálogo.

—Lo que es el tío Fabricio, digan lo que quieran, es un mendrugazo, un animal—añadió Casilda;—y día vendrá que le pesará el acto feo y poco decente de dejar á mi amo con un palmo de narices.

—Bien lo conoce el pueblo, y por mucho afrentarle no es mal año. Además, Perico no deja el vino ni por Cristo, ni por las *mesmas* respingas del Alcalde; es muy mala la compaña; « dime con quién andas y te diré quién eres. » Ayer volvió á jugar á la barra y le ganaron una merienda en el pueblecillo cercano, en *Aldeamocha*.

Digitized by Google

—¿Y quiénes eran los jugadores?—preguntó Casilda.

—*Paece* mentira que seas tan mema; todo el lugar lo anda diciendo á voces, y es cosa sabida que mañana irá á disfrutar de la francachela. ¡Ese diablo de médico, cuando deja una, otra le coge! Hoy no ha querido ir porque fray Carmelo le invitó esta mañana á formar parte de la comisión que esperará á los Misioneros, esos santos salvadores y redentores de nuestras almas perdidas.

—¡Vaya una noticia de que estaba una ignorante!—Y como la ex-sirvienta de Carlos Tomassi quedara como pensativa, emprendió el palique Sinforosa dándole mil pormenores de la vida y milagros del sucesor de su señorito; contóle todo cuanto en el lugar ocurría, y aun mucho más que ella inventaba, gracias á ese poder intuitivo de las mozas desocupadas y casi vagabundas de las aldeas; añadióle algunos retoques muy del caso, ora sacando á colada los perifollos de la Flora ó las palizas propinadas por Ambrosio á su costilla, ora poniendo como hoja de perejil á la hija de la tía Verónica por creerse la muy gorrina que el Primavera, todo un señor médico, iba siguiéndole los pasos, ó bien del obj
que la santa Misión se proponía realizar

Digitized by Google

Alcuzaya, hasta que, con todas estas habladurías sorprendió á las dos fregonas, el toque de la parroquia de San Policarpo anunciando el mediodía. ¡Las doce!...

Tan distraídas estaban, que no les llamó su atención el ser ellas, las únicas que estaban en la rivera; por fin izaron velas, recogieron cuanta ropa habían tendido en aquellas cuerdas que se apoyaban en los palos, colocaron en descomunales cestas, la que permanecía húmeda, colgaron sobre sus hombros la seca y tersa (gracias al sol de la mañana), y sin decir Jesús, alejáronse en un santiamén, contentas y satisfechas de haber cumplido con su deber.

Casilda tomó la calleja arriba. Sinforosa iba en dirección opuesta.

La primera no encontró más alma viviente que al sacristán; pero en aquella sazón bien sabe Dios no pensó en otra cosa, que en lo mucho que habló su amiga, y sintió en gran manera, no haberse enterado quiénes eran los vencedores de la partida de barra, perdida por el hijo del tío Primavera.

La segunda, como llevó la dirección al barrio del Cadozo, tropezó con un batallón de muchachos que iban á casa de fray Carmelo á ensayar los cantos religiosos para recibir con toda solemnidad á

Digitized by Google

los representantes de la doctrina de Cristo.

Al pasar por la fábrica-almacén de cacharros de los hermanos Frutos, los más activos y trabajadores del lugar, salían los operarios, que encarándose con la Sinforosa, después del consiguiente requiebro, le dijeron dos de ellos, que eran los más atrevidos:

—¡Adios, pimpollo!

—¡*Paices* la *mesma* flor del Cuzayo!

Hizo una mueca de desdén; levantó el delantal por hacer que limpiaba sus babas, y contoneando las caderas, se alejó á paso muy quedo y parsimónico.

Era una verdadera vagabunda de aldea, sin casa, sin hogar; uno de esos capullos del vicio aldeano, que en las tinieblas de la noche aparecen envueltos y arrebujados con un trapo, en la puerta caritativa que los recoge. Vivía hoy aquí, mañana en la casa inmediata, pero casi siempre admirada y considerada por los mozos, en vista de su desgraciado origen.

. . . . . .

. . . . . .

Aquella misma tarde de Julio, las campanas de San Policarpo, desordenadas como locas, avisaban á todo el pueblo la cercana hora de llegar los Padres misioneros.

Digitized by Google

Reunióse mucha gente en la Plaza Mayor; preparáronse ordenadamente las diferentes cofradías con sus estandartes á la cabeza; el Ayuntamiento avisó por oficio al elemento militar representado por la benemérita guardia; al judicial por el juez municipal y alguacil; á los principales contribuyentes; á todo el pueblo en masa, incluso los niños y niñas de las escuelas, que con sus cánticos alegres y piadosos, darían mayor realce á la fiesta. Todo esto lo tenía preparado con una semana de anticipación, el noble párroco de Alcuzaya, el reverendo fray Carmelo Boliche.

Llegó la hora: después de un discursito del exclaustrado, y con el estrépito retumbar de las campanas todas en vertiginosa alegría, salió la comitiva. En primer lugar los niños, que al arrullo del pasante, moceton de algunas libras (ni tampoco falto de piernas), entonaban alabanzas porque Dios dejase llegar á la tierra de promisión á los arriesgados misioneros, que traían al lugar el pan espiritual; luego las niñas alegres y juguetonas, entonces serias y angelicales con aquellas plegarias, que movían á compasión; cofradías, asociaciones católicas, comisiones de principales contribuyentes, Ayuntamiento, provistos sus concejales ó regidores, de lar-

Digitized by Google

ga capa, sujetando con dos alfileres el escapulario de la Misión; y por último, fray Carmelo de capa pluvial, armado de gran crucifijo.

¡Con cuánto placer recuerda Alcuzaya aquella tarde!

Luego á la vuelta de los Padres, los niños cantaban movidos de entusiasmo y arrepentimiento general aquellas frases tan hermosas:

¡Perdón!... ¡Oh Dios mío!...
¡Perdón y clemencia!...
¡Perdón é indulgencia!...
¡Perdón, Señor, perdón!...
.....

Al penetrar la procesión en el templo, la gente, formando una mesa enorme, se apiñaba hacia el altar mayor. Querían admirar de cerca aquellos seres extraordinarios que nuestra sacrosanta religión los considera como verdaderos héroes, verdaderos mártires.

Uno de los misioneros subió á la tribuna, á la cátedra del Espíritu Santo, y habló: guardó silencio la población, entonces contenida entre cuatro paredes viejas, y se escuchó la voz potente del padre Blanco.

¡Qué figura tan simpática! ¡Qué modo de decir las cosas tan suplicante!

Atraían aquellas luengas barbas, a

Digitized by Google

lla dulzura encantadora, acompañada de fervorosas plegarias al cielo como pidiendo perdón á los pecadores; las enérgicas protestas contra la prensa divulgadora de la impiedad, contra la murmuración del populacho insolente que para distraer su ociosidad, enfanga y amasa honras intachables por naturaleza; y á renglón seguido, vuelve á implorar el perdón agobiado por la pena, entristecido por la silenciosa admiración de los alcuzayeses, agradeciendo el acto realizado por un pueblo, acto que no iba dirigido á ellos, miserables gusanos de la tierra, sino al mismo Dios que desde su trono recibía con agrado aquel arrepentimiento.

Así terminó la primera misión celebrada por los inteligentes Padres de almas aldeanas.

Al día siguiente, reunidas algunas mozas en la rivera, hacían comidilla de todo cuanto dijo el padre Blanco la noche anterior, y se complacían criticando aquel amaneramiento fingido, según sus chismografías.

Tal era la zanja que simbolizaba el trabajo en Alcuzaya, y donde frecuentemente ocurrían escenas como la que dejamos ntada.

Digitized by Google

Digitized by Google

XV

Han transcurrido algunos años.

Alcuzaya continúa en el mismo estado que tenía antes de anotar aquellos últimos sucesos; el tío Fabricio sigue en el cargo de Alcalde Presidente del Ayuntamiento, no obstante cambiar el Gobierno de la Nación y ser de ideas contrarias. Las ciencias médicas están aún representadas por D. Fortunato y Perico Primavera; este último muy á pesar del pueblo, que manifiesta su desagrado y descontento por la mala asistencia facultativa, no consiguiendo que el gran pillastre pueda desechar el feo vicio del alcoholismo.

Todo va viento en popa.

Digitized by Google

El único que ya le pesan los años y se encuentra muy achacoso— pero siempre asistido y cuidado por su cariñosa hermana — es el exclaustrado viejete, el padre fray Carmelo Boliche, que no olvidaba en sus intimidades manifestar el aprecio que profesara á Carlos Tomassi, aquel corazón noble y generoso.

Un acontecimiento súbito, inesperado, vino á variar el estado psicológico del párroco. Había recibido *El Mensajero de la Caridad*, órgano de la comunidad religiosa de la provincia, y en letras gruesas manifestaba la entrada en dicha hermandad, de la joven Srta. Alicia de Viñuela Zurrapique, conocida en la religión por Sor Magdalena de la Concepción: luego añadía: « Cuando termine su noviciado en el Manicomio Astro-Hermoso, tenemos noticias será trasladada al Hospital modelo de la capital. »

—¡Pobrecilla, cuán buena ha sido en este mundo! —decía el anciano cura. —¡Dios quiera concederle todo género de bienestar y salud para cumplir con su sagrado ministerio!

En efecto: Sor Magdalena había ocupado su residencia por mandato de la superioridad en aquel Hospital, de construcción moderna, de grandes y ventila

Digitized by Google

salas, cuyo sol del mediodía proporcionaba alegría sin igual; de ancha escalera central, sólida y de piedra; y al subir, tan pronto como se estaba en la plazoleta acristalada que da entrada á las salas, aquel olor á enfermo, mezcla de sudor y medicamentos, tufillo de transpiración cutánea con algo de antisépticos que revuelve el estómago, y más al campesino que por primera vez penetra en esos establecimientos de caridad.

Desde el primer día se acostumbró y habituó á todo lo que le obligaban los deberes de Hermana durante el día; pero llegada la noche, al desaparecer el alegre sol que penetraba por las vidrieras, renacía el silencio interrumpido por el quejido de los enfermos, por el fatídico toque de la campana llamando á la oración á todas sus compañeras, y entonces, Sor Magdalena, presa de la nostalgia de su lugar, recordaba aquella pureza de aires, aquellos huertos con sus frutales desgajándose de peras, manzanas ó guindas, y se sumía en la más triste de las meditaciones nocturnas. ¿Cómo no acudir en tropel á su imaginación las horas dichosas al lado de Carlos? Y se acordaba de todo el tiempo pasado, del iño de sus padres, de la salida intem- iva del médico, sin despedirse de su

Digitized by Google

Alicia, de aquella Alicia que tanto le amó. No quería ver la noche, no, porque pensaba todo eso, faltando á la palabra empeñada; á los votos de castidad que ante el altar de la Inmaculada Concepción prometió, con toda la resignación de un alma virgen.

¿Qué será de Carlos?—se preguntaba una de esas noches.

Y luego, como meditando en su profesión de hermana religiosa, alejaba el recuerdo y se irritaba ante la pregunta. Buscaba lenitivo á sus penas, y procuró encontrarlo en la sala de San Joaquín.

Esta era espaciosa y regular: dos filas de camas de hierro con sus colgaduras blancas, y una mesa de noche á la derecha; muchas ventanas con sus rejas que daban á un jardín: el del establecimiento.

Algunos enfermos de la sala dormían; sin duda la fiebre les habría dejado libres.

Otros daban voces de angustia, ayes de dolor, quejidos de la enfermedad, acompañando el delirio. Fijóse Sor Magdalena en el núm. 10. Era un mocetón hermoso, de barba cuidada con esmero, porte distinguido. Miró aquellos ojos tristes, y recordó un parecido. ¿Sería Carlos? De ninguna manera; hacía tiempo que est
en Madrid estudiando el doctorado; d

Digitized by Google

pués, lo que dijeron los periódicos que ella misma leyó; aquellas glorias halagüeñas para el médico, llenáronla de satisfecho bienestar. Pasados los primeros bombos de la prensa, ya nadie se acordaría; viviría en el olvido. ¡Nada más pudo saber! Y como inconsciente, fijábase otra vez en el enfermo y complacíase en admirar aquella faz desencajada, algo de rostro cadavérico, que la enfermedad minaba cada día más. Era un tifoideo en el período de convalecencia. Quizá un desgraciado sin familia, sin hogar, desprovisto del regazo de una madre que le enseñara sus brazos abiertos en aquel momento. Se le ocurrió preguntar, interesarse por él, y arrepintióse de aquel arrebato. Pero la idea de Carlos no se alejaba; era algo como un martillo que la acosaba, que le clavaba finas y agudas puntas.

Entonces el enfermo revolvió la pesada manta y desvió la blanca sábana; rogóle á la hermana que arreglase su ropa, y aprovechó la ocasión Sor Magdalena para preguntarle. Díjole que estaba dos semanas y que se llamaba Arturo.

—¡Bueno, hijo mío! Procure no desabrigarse. El practicante de guardia me ha dicho que dentro de algunos días se le podrá dar el alta. Entonces verá usted á

Digitized by Google

su familia. Descanse, que aquí no le faltará asistencia.

Y se alejó: tuvo miedo de hablar más; creyó que su mismo pensamiento le haría conocer al enfermo, lo que la Hermana sentía.

Movida de curiosidad miró el libro de entradas. ¡Se había alegrado por su engaño! Llamábase Arturo Fonseca, profesión médico y natural de Valencia.

¡Bien decía la Hermana que era un desgraciado!

Una mañana, al efectuar Sor Magdalena la última visita en la sala, vió al médico de guardia delante del número 10. ¿Estaría más grave aquel enfermo?... Todo esto, le llamó la atención y avivó su curiosidad... ¡Ella que siempre creyó que el desgraciado médico valenciano habría abandonado la cama! .. Sin duda era todo lo contrario... Además, un sufrimiento en la garganta, hizo que la Hermana estuviera algunos días sin recorrer las salas, y no era extraño encontrarse con esta nueva. Durante los días transcurridos nada supo del enfermo: ahora podía convencerse de que sucedía otra cosa peor. El número 10, estaba gravísimo. Le habían administrado los Santos Oleos. La calentura era extraordinaria y Arturo deliraba pronunciando fr

Digitized by Google

ses inconexas, dispersas, sin ilación. Era imposible comprenderle.

Acercóse la hermana un momento: el delirio no le dejaba libre.

—Sí, vendrá; ¡ya lo creo! Todos nos queríamos... pero no queda sombra... ¡Dios solo sabe!... después, al mismo Carlos...

Un golpe de tos hizo que el enfermo callara: luego continuó.

—Yo le tengo dicho mil veces... serás catedrático... él entonces se reía. ¡Como si yo me burlase!...

Tuvo otra pausa: la hermana escuchaba con atención.

Soltó una carcajada el enfermo, y continuó en su delirio:

—Bien decía el periódico *El Terremoto*. Por fin puedo abrazarte... amigo Carlos... te veo aquí... ¡por Dios, sálvame! quita este peso de mi cabeza... Pero... ¡Aquella mujer!... ¡buenas son las mujeres!... ¡Berta!... ¡Berta!... lo mismo... todas. . son iguales... todas...

Arturo quedó algo tranquilo; pero Sor Magdalena, que le asistía con todo el cuidado de un ángel para que no se desarropara, vió que debajo de la almohada había un periódico. Era *El Terremoto*. Lo cogió, y sin esperar más, huyó precipitadamente á su cuarto.

Digitized by Google

El enfermo, un momento después, libre de calentura, dormía amodorrado; pero en su cuerpo, se notaba el cansancio natural que deja el insomnio.

La religiosa devoró el diario de Madrid y llenóse de espanto; no tuvo fuerzas para terminar; sentía un peso en su garganta; quería llorar y no podía. No había duda: aquella noticia era verdad. Carlos Tomassi ocuparía la vacante que había en la Facultad de Medicina, por ser catedrático solicitante; sus méritos le hacían acreedor á la plaza de profesor de Medicina legal en la Universidad de Z...

¡Aquel enfermo era amigo, le conocería tal vez cuando en su delirio le nombraba; quizá condiscípulos de carrera!

Volvió otra vez á la sala; los enfermos dormían casi todos; únicamente estaban despiertos, dos viejos que habían observado el acto que llevó á cabo la hermana al salir precipitadamente; Sor Magdalena, con gran cuidado y sin hacer ningún pequeño movimiento al enfermo 10, colocó el periódico con mano temblorosa, debajo de la almohada.

Desde aquel día, la hermana atendió con extraordinaria solicitud al enfermo de la sala de San Joaquín, hasta que llegó la hora de que tomase sus raciones duplica-

Digitized by Google

das, y entablara con su cariñosa enfermera conversación. Una vez le preguntó la beata.

—¿Dice usted que es natural de Valencia? Es un país muy hermoso. Allí pasé yo mis primeros años de noviciado en el manicomio Astro-Hermoso, cuatro leguas de la capital. ¡Debe usted tener recuerdos!

—Sí, hermana Magdalena; muchos y muy tristes. Ejercí mi profesión, en un pueblo de la ribera; allí conocí á una joven de rostro agraciado, á quien dos años después hice mi esposa. Vivimos como dos ángeles; los pocos ahorros que hice, los invertí en atender á una enfermedad que aniquiló á la pobrecita; por fin murió, y salí desesperado de aquel país, hermoso, sí, pero de grandes tristezas para mi alma.

—¿Se llamaba Berta?—replicó la hermana—pues recuerdo que en el delirio la nombrabais.

—No: llamábase Leonor.

—¡Como tantas veces sacaba usted á relucir el nombre de Berta y de Carlos!... ¿Serán algunos hermanos que usted conocerá!...

—No recuerdo; será fácil que sacara en mi delirio al amigo Carlos y á Berta. El primero es muy amigo mío, y hace algunos años que no tengo noticias de sus

Digitized by Google

huesos: ¡me sorprendería, sin duda, una idea que adquirí por un periódico de la corte, que no sé por dónde andará! Fuímos condiscípulos de carrera, y cuando menos se piensa uno, sabe lo que desea. Pues como decía, dicho joven viene de catedrático á esta Facultad. ¡Figúrese usted mi sorpresa al leerlo! Berta fué una novia que tuvo cuando estudiante... ¡quién sabe por dónde andará aquella buena pécora!

—Me interesan á mí muy poco esos asuntos. ¡Creí serían parientes de usted!

—Particularmente Carlos Tomassi, fué para mí un buen amigo y un gran compañero; ¡si viera usted cuán cariñoso es! Pero yo he sido un ingrato para con él. Desde nuestra despedida al terminar la licenciatura, que no le dije esta boca es mía: alguna carta me escribió desde un pueblo donde ejerció por primera vez... se llamaba... no puedo en este momento recordarlo. Más que compañeros hemos sido hermanos.

—Bueno; ahora lo que debe hacer es hablar poco, distraerse alguna vez y salir al jardín... Eso siempre le será favorable.

Y se alejó Sor Magdalena; hizo como que le importaba poco cuanto decía el 10, por disimular la impresión que le causar tales noticias, y para olvidarlo recorr

Digitized by Google

otras salas inmediatas, abismada por el baturrillo de tanto recuerdo.

—¡Soy perdida!—decía al verse sola en aquella celda donde descansaba.—Pediré el traslado á otro establecimiento por no tener delante de mí, al hombre que amé; por ser fiel á mi vocación. Ya no me pertenezco, soy de la caridad.—Y de pronto, cambiaba de pensar, se alegraba de verse tan acostumbrada á todas aquellas obligaciones del Hospital.

¡Ahora que ya era fuerte! que había pasado las primeras amarguras; ora atendiendo á los operados, respirando aquella atmósfera fénica que tanto la removía, ora cuidando á las pobres ancianas ó á las jóvenes en los dolores del parto, ora con los virulentos ó con los tifoideos, con todo el dolor de hermana. ¡Pero ese hombre! ¡Ese Carlos!...

—¡Seré fuerte!—se decía.—¡Dios querrá probarme! ¡Tendré valor!

Digitized by Google

Digitized by Google

XVI

VENDRÁS también á la romería?

—No sé lo que pensará mi madre. Procura, sin embargo, esperarnos en la Cruz.

—¿A qué hora de la tarde?

—A las dos: no confíes más de la media; si no cumplo la cita á esa hora, puedes retirarte.

—Quedamos así: hablaremos en Aldeamocha y podré darte más explicaciones.

—¡Hasta luego, Pedro!...

Este diálogo casi imperceptible y á voz muy queda, tenían á las ocho de la mañana de un hermoso día de invierno, Soledad, la hija de la tía Verónica, y Perico Primavera, su prometido.

Digitized by Google

Hacía un año que tenían relaciones y una semana próximamente, que serios disgustillos habían entibiado aquellas confidencias que ordinariamente entablaban.

Soledad amaba al médico, teníale profundo cariño; pero la oposición de la familia de Pedro, evitando á todo trance estas relaciones, hacía que estuvieran en continuas discordias: además, Primavera era uno de esos jóvenes poco impresionables, obediente á la voluntad de sus padres, y más amigo de diversiones entre los mozos, que de amoríos. Sentía atracción y simpatía por la hija de la Verónica; atracción y simpatía que agradeció de buen grado, hasta que por último accedió á unas relaciones que le proporcionarían no pocas desazones. Su madre (la tía Callosa) constantemente le aconsejaba no convenirle aquella amistad, y que siempre se opondría á la boda: no lo decía por la chica, ésta podía ser muy buena, más que el mismísimo Job..., pero, como *de tal palo tal astilla*, de tal madre tales hijos...

—Bien sabes tú, Perico—le decía uno de tantos días,—que la Verónica está tildada de mala; todo el lugar la mira entre cejas y cuentan historias que dan miedo;—y Pedro contestaba:—que todo aquello eran malas voluntades, envidias de pueblo y que

Digitized by Google

no era tanto como se decía.—Y en aquellos días el médico dejaba de ir, frecuentaba poco á su prometida.

Dicha ausencia duraba, alargábase un tiempo algo triste para Soledad que amaba á Perico, y nacía en la familia de la Verónica cierta desconfianza al ver alejarse un porvenir seguro. La circunstancia de poseer algunos bienes de fortuna, y ser de familia acomodada, animaban al médico volver á las andadas.

Realmente, lo que decía la Callosa al aconsejar á su hijo desistiera de aquella mujer, era una verdad. En el pueblo se habló mucho, y era cosa sabida que nadie más que ella (la madre de la chica) había envenenado á su marido, siendo Soledad una niña apenas salida del cascarón. En aquél entonces, quedaron en el mundo tres hijos: dos varones mayores, y Soledad, que era la más pequeña.

Dedicábase el marido de la Verónica al oficio de carromatero, y en aquella época de discordias y guerras civiles ganó muy buenos cuartos. Cada tres días, regresaba de sus viajes, llegaba ébrio á casa, y era cosa de ver el barullo y el alboroto de riñas que se armaba entre el matrimonio.

nelón (que tal era el nombre del padre Soledad), terminaba siempre propinan-

Digitized by Google

do sendos garrotazos á las costillas de su consorte, ó bien, á falta de palo, una lluvia de bofetones que la desfiguraban durante algunos días. La Verónica lo aguantaba resignada, porque á pesar de su genio bebedor, veía aumentar la hacienda extraordinariamente. Pero cesó aquel período de grandes ganancias, y viendo Juanelón no satisfechos los gastos en sus viajes, dejó aquella vida tan ambulante, por otra tranquila, aunque no rindiese tantas utilidades.

Entonces la Verónica, aquélla mujer tan sufrida, mientras su esposo le llevara grandes cantidades ganadas en sus ordinarios viajes, se transformó en arisca é insufrible. Mucha culpa existía por parte de Juanelón, pues todas las noches iba á su casa, pesado como un barco lleno de lastre del tinto.

Una noche de aquéllas, después de haber estado en la taberna hasta las diez (hora muy avanzada en un pueblo), llegó á casa con la barriga embotada de tanto aguardiente, pero más que el malestar del alcohol, sentía unos terribles dolores de muelas, con gran inflamación en las encías. Juanelón daba grandes quejidos, y por muchos enjuagues que tomó no consiguió calmar su malestar. No sé qué diabólica idea tuvo esposa acordándose de una droga que le

Digitized by Google

guardada en una botella; líquido que á ciencia cierta sabía su origen y su toxicidad; díjole tenía un licor que le calmaría los dolores, y Juanelón, con el ansia natural de su dolor, pidió aquel calmante-enjuagatorio, que aliviara la sed abrasadora que sentía.

Se conoció la mala intención, el fin criminal de la Verónica, por cuanto, una vez tomó el líquido, soltó la siguiente maldición:

—¡Tengo ganas de que revientes de una vez!

Cerró la puerta y se alejó á casa de sus parientes.

Lo que ocurrió en el interior de la casa fué indescriptible; Juanelón se tomó por indicación de sú mujer 200 gramos de ácido sulfúrico; en la soledad, buscaba el infeliz, dando alaridos de dolor, mucha agua; tenía las entrañas abrasadas; vió el barreño que contenía la de fregar, y se sumergió, animado por la inconsciencia de su estúpida borrachera.

La Verónica, al reflexionar la criminal idea llevada á cabo, se dirigió á casa de D. Fortunato, diciéndole:

—¡Por Dios, señor boticario! ¡Venga usted corriendo, que mi esposo se muere de puro borracho.

Digitized by Google

Fué D. Fortunato, y ella le abrió la puerta.

Tendido en el suelo, desesperado por insufribles dolores, se arrastraba el pobre Juanelón, lleno de angustias mortales; mientras que la Verónica, con aparente desconsuelo, exclamaba:

—¡Sálvelo usted!... ¡Sálvelo usted!... ¡Es un hartazo de vino y aguardiente!...

No hubo salvación. Juanelón espiró al día siguiente, presa de horribles torturas.

El médico extendió la papeleta de defunción, atribuyendo su muerte á una *peritonitis*.

Los tribunales no tuvieron noticias del hecho.

Así era aquella madre, que privó á sus hijos del cariñoso amor de padre.

Soledad, era el vivo retrato de la tía Verónica en cuanto á lo físico; moralmente considerada un ángel, pues la misma madre desde su viudez, trabajó con tal ahinco su hacienda, educó con tal religiosidad á sus hijos, que bien podíamos decir, estaba arrepentida del acto que le remordía la conciencia.

Era Soledad una de esas flores silvestres, de cutis fino, de un moreno agraciado, y vestía con la sencillez de las hijas pueblo.

Digitized by Google

Amaba á su madre, y á fuerza de ruegos pudo conseguir el que fueran á la romería, donde tenía que hablar con su amante Perico Primavera.

A las dos y media estaban en la Cruz de los dos caminos.

En Aldeamocha se bailó de lo lindo, y lo mismo se comió y bebió.

Después de despedirse los dos enamorados y jurarse venturas mil y felicidades sin cuento, montó Perico en una briosa cabalgadura, dirigiéndose al pueblo inmediato, distante de la romería media legua, y de Alcuzaya una. Iba á visitar un enfermo.

Soledad y su madre llegaron al anochecer al pueblo, cuando toda la gente había regresado; las mozas comentaban á la llegada, haber visto á Perico hablando con Soledad, hasta la misma hora en que salieron de Aldeamocha.

La Callosa, rabiaba por la desvergüenza de aquellas pelagatos de mujeres.

Prometióle á su hijo, cuando llegara á casa, un buen respingo por ir de escondite en busca de tales mujeres, en vez de dirigirse á otras más empingorotadas de los pueblos inmediatos, que á ciencia cierta, no faltarían á la romería de la Virgen.

—¡Quiera Dios que mi hijo salga en bien, con la amistad de estos demonios!...

Digitized by Google

¡La culpa de estos disgustos, la tiene fray Carmelo!... ¿Quién le manda meter en monjíos, á la hija de mi comadre?... Claro está; mi chico, de algún modo tiene que olvidar aquellas calabazas!...

Digitized by Google

XVII

A las diez de la noche de aquel mismo día, la familia de Perico Primavera esperaba con intranquilidad su venida. Desde las nueve de la mañana, hora que salió de Alcuzaya, no habían sabido nada; únicamente los dimes y diretes del lugar, esas chismografías salpicadas de cosas picarescas que el oleaje popular lleva de boca en boca, y que se desprenden de las tabernas y bailes caseros.

El tío Blas había adquirido la costumbre de pasar las primeras horas de la velada hablando con su hijo. Gran aficionado á lecturas novelescas, gustábale la controversia sobre lo que leía, teniendo siempre

Digitized by Google

por consejero y polemista á su hijo Perico; pero aquella tardanza le impacientaba...

—¿Sabes, mujer, que esto ya pasa de castaño obscuro?—Nuestro hijo tarda mucho, y creo no voy á tener fuerzas para esperarle.

Como su esposa guardara silencio, añadió el tío Blas algo nervioso:

—¡Hoy que deseaba consultarle un párrafo del *Quijote!*...—Y como meditando, empezó á leer, cual si rezara, aquel capítulo XIX, cuyo contenido es el siguiente: « *De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.* » En esta lectura les sorprendió un estrepitoso golpe dado en la puerta del corral, y ambos esposos creyeron la llegada del hijo; salieron á recibirle, y sólo el caballo con su montura fué lo que encontraron.

Imposible sería dar una idea aproximada de todo cuanto pasó por el cerebro de aquellos padres. Un momento de congoja, de algo que se desconocía y podía ocurrir; luego gritos de dolor. La Callosa corriendo por el lugar, avisando á los vecinos y parientes... Después... alarma general, movimiento del personal de Alcuza

La tristeza no existía sólo en la fam

Digitized by Google

de Primavera; el Mesonero no podía explicarse lo ocurrido. Su hijo había salido á cobrar unas cuentas á Pradoverde, una hora de Alcuzaya, y al mismo tiempo que el de Primavera; llegó también su cabalgadura, pero sin su hijo. Lo extraño del caso era que ambos rocinantes habían llegado sin ninguna señal que hiciera notar la más mínima desgracia.

Ordenóse que una comitiva saliera en busca de los ginetes, comitiva en la que iría al frente, D. Policarpo Jaramilla, Juez municipal en aquella sazón, y fray Carmelo, acompañados de varios amigos y parientes de aquéllos.

La noche era tenebrosa; un frío seco dejábase sentir que penetraba en los huesos. Salieron al campo y nada se veía, ni canto extraño, ni luz que pudiera guiar aquellos senderos en declive y hondonadas difíciles de pasar por la corriente de la rivera.

Había necesidad de volver á casa por hachas de viento, linternas de aceite que pudieran orientar el camino. Así anduvieron un cuarto de hora; nada veían, ningún transeunte encontraron... La noche tenía un aspecto fantástico; los árboles parecían seres dislocados que se movían en todas direcciones por aquel viento norte que rei-

Digitized by Google

naba; los enormes peñascos que interceptan el paso en aquellos caminos vecinales, semejaban inmensas montañas de hierro imposibles de atravesar.

Efectuábanse registros, y á medida que avanzaban explorando el terreno, el miedo era mayor, y los llantos del pariente más agudos.

—Iremos al pueblo cercano; á Pradoverde—dijo fray Carmelo;—quizás se quedaran allí por no exponerse al frío de la noche, y mandaran los caballos á la yeguada...

—Pero lo más razonable y lo que lógicamente se comprende, es que en tales casos, dejaran los aparejos, la silla, bridas y demás arreos de las monturas, en el pueblo—añadió Cantorrodado.

Y así transcurría el tiempo y no encontraban nada. De pronto un quejido lastimero, medroso en aquella soledad de la noche, se escuchó á lo lejos; no sabían dónde era, y al acercarse más, oyeron las siguientes voces de auxilio:

—¡Hermanos! ¡Socorro! ¡Socorro!...

— No hay duda, ¡aquí! Síganme todos; alguna desgracia ocurre.

Encontraron un cuerpo á unos seis metros del camino; estaba frío, casi inerte; sus ropas en desorden, así como desencajadas

Digitized by Google

todas sus facciones.—Era el hijo del Mesonero.

Preguntárole por Pedro Primavera, y no contestó; es más, entonces se sobrecogió, y como quien no guarda memoria ni puede coordinar ideas, dijo:

—¿Por qué Pedro preguntan?...

No podía existir duda. Alguna refriega tendrían en el camino. Pero, ¿cómo, si eran tan amigos? Sin embargo, bien podía ser un juicio temerario. Perico no había salido aquella tarde con ningún hijo del tío Mesonero.

Por último, después de tanto buscar, encontróse en el camino una manta, la de Machado; y como á cuatro pasos de la misma, enmedio de la zanja paralela al camino, el cuerpo de Primavera, sentado, embozado en su capa, y con sombrero puesto.

Se acercó el farol, se le llamó varias veces, y en el mismo terror miedoso de la noche, se aproximó D. Policarpo preguntándole lo que le había ocurrido; entonces... cayó desplomado en la zanja, cual si fuera una materia inerte.

Una bocanada de líquido verdoso-blanquecino se escapó, acompañando una ligera contorsión de boca. Los ojos, que estaban abiertos, fueron cerrados por fray Carmelo.

Digitized by Google

Entonces perdió el calor natural, y se manifestaron los tintes violáceos y amoratados del cadáver.

Fray Carmelo rezó, y todos contestaron al recuerdo-plegaria dirigido á Dios.

La tristeza era general y el silencio imponente.

Una pareja de la Guardia civil, varios amigos y parientes velaron el cadáver. Y para que el frío de la noche no helara la sangre de las caritativas personas, se encendieron algunas hogueras, quemando trozos de encina y de robles añosos, rebuscados en el monte.

El cuadro era triste, muy triste. Una hora más en llegar las caballerías, y se habrían encontrado dos cadáveres; y si en vez de ir las bestias al pueblo acosadas por el hambre, cambian de rumbo y se dirigen á la yeguada, entonces los cuerpos tendidos en el rastrojo del campo, hubieran sido pasto de los cuervos y demás carniceros que, avaros de presa, pululan por aquellos contornos.

Alcuzaya no durmió aquella noche y el alguacil salió á dar parte al Juez de Berruguillo, para que procediesen al levantamiento del cadáver, y á instruirse las primeras diligencias en el sumario.

Al hijo del tío Mesonero se le col(

Digitized by Google

en una burra que á paso seguro le trasladó al pueblo, donde se hicieron esfuerzos sobrehumanos para conseguir entrara en reacción. Preguntado el mozo por los amigos y por sus padres, dijo no sabía nada, y que no comprendía cuál era el médico á que se referían...

El Juzgado no quiso, ó no pudo venir á levantar el cadáver con todos los rituales propios del caso, y encomendó dicha tarea al Juez municipal y Secretario para que lo efectuaran cuanto antes. Como se esperó la llegada de los curiales y ésta fracasó, á las dos de la tarde del siguiente día, se llevó á cabo escena tan triste para el pueblo.

Fué una segunda romería.

Inmenso gentío presenció el acto de levantar el cuerpo del desgraciado profesor de Alcuzaya, al cual podía decirse, lo que el poeta riojano en su hermosa comedia:

> Esos que ahora le alaban
> le quitaban la pelleja
> cuando vivo: yo lo sé.

A las tres y media, bien cerca de las cuatro, un carro de mulas trajo al lugar el áver del médico titular D. Pedro Callo- a gente se avalanzaba gritando á más

Digitized by Google

no poder, prorrumpiendo en alaridos, y contando mil bondades de aquel infeliz que tan misteriosamente había muerto.

Como no hay más depósito judicial de cadáveres que la casa Concejo, allí le colocaron en aquella losa de piedra de cantería, que es la mesa presidencial de sesiones.

. . . . . .

El día mismo de la romería de Aldeamocha, cuando salía el médico, encontró en el camino una de esas casas ambulantes, sostenida por cuatro ruedas, y arrastrada por una mala jaca, que además de vieja, estaba falta de cebada; así se marcaban en sus formas, todo un esqueleto. La vió de lejos, y al acercarse, asomáronse dos cabecitas de niños, un pelafustán de hombre, de edad madura sin ser viejo, espigado, y seco como un espárrago; y una mujer harapienta, de buenas carnes y regular palmito.

Aquel armatoste, era una familia de saltimbanquis; titiriteros lugareños que con más hambre que vergüenza, distraen al labriego con sus simplezas, y desternillan de risa á los mozalvetes mocosos, con sus payasadas pantomímicas.

Al ver Primavera aquellos infeli quizá faltos de alimento, sintió vergü

Digitized by Google

de sí mismo, por el dinero que derrochaba lastimosamente en la taberna; por el hambre que experimentarían las dos desventuradas criaturas...; y un impulso inconsciente, hízole sacar del bolsillo una moneda de plata para aliviar tanto mal.

¡Aquella fué la primera y la última obra de caridad!

Bien dijo Alarcón, «que la única *verdadera* dicha de los ricos, es póder dar limosna á los pobres.»

El médico siguió su camino, y la caravana ambulante, el contrario.

Una vez en Alcuzaya pidieron permiso los titiriteros, para efectuar sus arriesgados ejercicios en el local de la casa Concejo; y media hora después de dar descanso á sus quebrantados huesos, empezaron á vaciar el contenido de su casa, para colocarlo en el circo que iban á improvisar.

Los pocos chiquillos que dejaron de ir á la fiesta de la Virgen, admiraban en el jefe de la compañía, aquella ligereza de su cuerpo para descargar todos cuantos chirimbolos contenía el carro.

Cuando se hizo de noche, quedaba colocado el trapecio, el alambre de equilibrios, las anillas y demás artefactos mecánicos del gimnástico.

No era el día más á propósito para dar

Digitized by Google

la primera función, por ser noche de bailes caseros y jolgorio de taberna. Pero á la compañía urgía cuanto antes recaudar lo que se pudiera, y *Trampolín* el payaso, jefe de la misma, se decidió anunciarla en debida forma.

A las seis, bien entrada la noche en aquel día de Noviembre, un ruido infernal hizo salir á las puertas á todos los honrados vecinos, ruido producido por un descomunal tambor que la harapienta manejaba con singular donaire; dos trompetas de feria que el débil soplo de las criaturas hacía vibrar, y un gran instrumento de metal, que más bien era bajo que barítono y que soplaba estrepitosamente *Trampolín;* el cual tan pronto llegaba á una esquina daba la señal de silencio á la plebe y al desconcierto musical, y á grandes voces cantaba lo siguiente:

Gran función para esta noche por la notable compañía que acaba de llegar procedente de la capital, llenando de admiración á los muertos y vivos que lo han visto. Entrada general, 10 céntimos. A las ocho y media: dará principio cuando la casa Concejo esté llena. El que no quiera venir, que mande el dinero ó una gallina.

Y al terminar la peroración del paso, una lluvia de aplausos populares

Digitized by Google

volvía á los volatineros, que al estruendo repicar del tambor alejábanse en busca de otra esquina, para repetir el anuncio.

Faltaba poco para llenarse el local del Ayuntamiento. Dió comienzo la función á las ocho; la gente se divirtió en gran manera, y á las diez menos cuarto abandonó la diversión, dirigiéndose á sus casas unos, para emprender el baile; y á la taberna, los más desocupados holgazanes.

Al desfilar la juventud de aquella función gimnástica, nadie pensó en el triste drama que ocurría en el camino de Prado-verde, á la noble Alcuzaya.

Trampolín, á pesar de la molienda de su cuerpo, aquella noche estuvo velando el cadáver del médico.

Digitized by Google

Digitized by Google

XVIII

Numerosos corrillos se habían formado en la plaza Consistorial, esperando la llegada de los empingorotados curiales, que de un momento á otro se dejarían caer en el pueblo. La triste desgracia ocurrida al que en vida fué Perico Primavera, se comentaba de mil maneras diferentes; pero en todas ellas, dejábase ver un espíritu de investigación poco satisfactorio, que se traslucía en dudosa desconfianza por unos, y en maliciosa ignorancia por los más. Lo cierto es que á ningún ser humano se le puede privar del mal llamado *parecer*, aunque sea perjudicando á un segundo, ó tercero en discordia; y en el caso presente, algunas de

Digitized by Google

las versiones que dominaban en la mayoría de los grupos indicados, herían dignidades sin tacha, colocaban en tela de juicio la tranquilidad de alguna familia, que hacían intervenir mal de su grado como factor principal en el suceso, casi siempre en perjuicio de la noble y exploradora acción de la justicia.

En estos casos, y en otros parecidos, siempre ocurre lo mismo; el público de las aldeas es idéntico al de las capitales. Desencadenado el huracán de las pasiones, destroza cuanto á su paso encuentra, quiere luchar, averiguar la explicación racional, verídica, de un hecho desconocido, ignorado, y acaba por violentar los ánimos; entonces el desbarajuste social se hace imponente, y en vez de dar en el clavo, da en la herradura.

Mientras el cadáver del médico estaba tendido en la piedra de aquel anfiteatro que era á la vez local gimnástico y casa Concejo, los grupos hacíanse mayores en la plaza, la discusión tomaba aspecto de algarabía callejera, y las versiones que andaban de boca en boca, eran tan variadas y diferentes como la diversidad creadora de tanta gente reunida. La única idea verdad era; que en Pradoverde encontraron *Primavera* y *Machado*, el hi

Digitized by Google

mayor del mesonero, conocido mejor en Alcuzaya por *Gorgojín*; allí frecuentaron la taberna, acompañados de varios amigos que bebieron mucho, pero no tanto para alborotar y sacar de quicio sus cerebros. Como el médico tenía que ver á un enfermo de bastante gravedad, se separó media hora, y cumplido aquel deber á que obligaba la profesión, se reunieron en la casa parroquial para visitar á un condiscípulo suyo, párroco en aquel entonces de Pradoverde.

Después... salieron juntos los dos, tomaron el camino directo que les conducía á sus casas, galoparon los caballos, que con desesperada furia rompieron una virtiginosa carrera; viéronles dos acartonadas viejas que hilaban en las últimas casas del lugar, y desaparecieron por aquel camino alegres y satisfechos...

No pudo saberse más; sólo el misterio, lo desconocido, lo ignorado.

Las primeras declaraciones recibidas por D. Policarpo en casa del *Machado*, la tarde misma en que se trasladó el cadáver del sitio de la catástrofe, dieron poca luz á las diligencias sumariales. Machado habló poco, y cuando lo hacía, soltaba frases incoherentes, sin trabazón; parecía un pido atacado de una gran contractifi- muscular que se transformara en ver-

Digitized by Google

dadera parálisis. Su mirada incierta, confusa, extraviada, daba á conocer una fase particular en que suele presentarse el idiotismo. En la calle, no podían conciliar el sueño los vecinos, por el inmenso ruido de voces, por el tratamiento que daba á sus padres, no separados un momento de la cabecera de su lecho. Atacado de un fuerte delirio, llamó al médico; y aprovechando este intervalo, se acercó fray Carmelo, á fin de interrogarle «¿dónde podría encontrarse á Primavera?» Pero Machado no contestó nada; después de guardar silencio, volvió á indicar la misma idea; que salieran en busca de médico porque se creía morir por momentos.

Así anduvo toda aquella santa tarde el Juez municipal en busca de un dato seguro, un pequeño indicio donde poder agarrarse para averigüar la verdadera causa, origen de la desgracia.

No tardó en llegar la comitiva judicial constituída por el juez de primera instancia, el escribano y el médico forense, todos ellos grandes ginetes, pues llegaron á Alcuzaya caballeros borricalmente, á pesar de su tratamiento.

Efectuado el primer reconocimiento del cadáver por el forense, previa la consiguiente explicación de un cirujano antigu

Digitized by Google

del lugar que presenció el acto del levantamiento en el sitio de la catástrofe, se acordó inmediatamente proceder á la autopsia.

El Sr. Comino, cirujano de Alcuzaya, hombre seco y avellanado, de quijotesca figura, ojos s: ltones, nariz excesivamente voluminosa y muy caída á la barbilla, bigote canoso cual si fuera la crin de un caballo, estatura más bien baja que alta, y habla campanuda, con algo de viejo marrullero, fué el elegido por el forense para ayudarle en aquella tarea; asociáronse dos mozalvetes, estudiantes de medicina de la Universidad Valisoletana (que por casualidad se encontraban en uno de aquellos pueblos limítrofes, en busca de la salud quebrantada por el estudio), los cuales fueron acogidos benévolamente por el forense y el Sr. Comino, como auxiliares del acto de descuartizar al compañero y colega, D. Pedro Calloso.

Mientras uno de los estudiantes estuvo en casa del boticario por agua fenicada y otros antisépticos, y los profesores se disponían á descoser sus ropas, desalojar la faja y demás indumentaria usada por el cadáver, el juez, escribano y escribiente rasladaron al mesón, juntamente con el de la Guardia civil, para tomar decla-

Digitized by Google

ración del hecho al hijo del tío Gorgojo, el cual, algo más tranquilo, merced á los remedios de la farmacia, había entrado en reacción, y con todas sus facultades intelectuales enteras y cabales.

Al ser preguntado por el juez para que detallara todo cuanto ocurrió en el camino, contestó Machado:

—Recuerdo fácilmente todo lo que hicimos en Pradoverde, hasta ya entrada la noche; el señor juez podrá comprender cómo estaría mi cuerpo después de llenarle de vino y mezclar aguardiente.— Hubo una pausa, y continuó:—Me sientan muy mal las mezclas, y basta que tenga la cabeza un poco cargada para sentirme enfermo; no sé lo que ocurriría á Primavera, pero sé que bebía más que yo, y nunca le hacía daño. Una vez en las caballerías, á la salida del pueblo, no recuerdo si hablamos con alguien; creo que no; apostamos á ver quién corría más, y tal como lo pensamos, lo pusimos en práctica. Salieron á galope nuestros caballos... no sé qué extraña cosa subió por mi cabeza, que no me di cuenta de nada.

—¿Hablaron con unas mujeres á la salida del pueblo?

—No lo sé; mejor dicho, no recuerdo; mi cabeza andaba ya muy pesada.

Digitized by Google

—¿Comieron ustedes alguna cosa en Pradoverde?— interrogó el representante de la ley.

Machado guardó silencio un momento; trató de recordar lo pasado, á fin de dar contestación á la pregunta; pero en vista de su tardanza, volvió á ser preguntado por el Juez.

—Además de todo cuanto bebieron... ¿les convidaron á comer en alguna casa?

—¡Ah... sí, señor!...—respondió el interpelado.—El cura de Pradoverde nos hizo tomar unas copitas de un licor café ó anís que había preparado: yo no quise probar nada, pero en cambio, acepté unas pastas ó mantecadas que nos ofreció. ¡Cierto, que estaban muy buenas!...

—Y luego, cuando salieron de casa del señor párroco, ¿adónde se dirigieron?

—Entramos en la taberna á buscar las caballerías, pero un amigo de D. Pedro Calloso nos invitó á comer algo más, para hacer boca. Entonces sacaron un buen cacho de carne en cecina, unos cuantos chorizos (que no quise probar, porque olían, como si estuvieran podridos), algunas sardinas escabechadas y otras chucherías de comer... Lo único que hice, fué catar media sardina, por echar un trago más, que acabó de matarme...

Digitized by Google

—Y su compañero Perico, ¿comió algo?

—El es muy tragón y tiene buen diente; el mismo dueño del establecimiento no me negará que lo hizo muy bien. Concluyó con tres chorizos, y para no notar el olor que tenían, los mezclaba con sendos pedazos de pimiento en vinagre, que sacaron para abrir el apetito. Luego, bebió soberanamente.

—¿De la taberna..., se dirigieron á casa?

—Salimos inmediatamente, porque era bien entrada la noche y nos esperarían las familias. Una vez en la caballería, yo no dije absolutamente nada... Pero al llegar al camino, me desafió á correr el caballo... Después, lo hicimos á todo galope... y es, cuando yo sentí un no se qué en mi cabeza... No me pude dar cuenta de más.

Tal era la declaración, que Machado hizo ante el Juez de primera instancia.

. . . . . .

Penetremos en la casa Concejo. El cuadro que á nuestros ojos se presenta es doloroso.

Tendido en la losa de piedra de aquel banco, está el cuerpo de Primavera, con la cabeza inclinada débilmente, sus ojos entreabiertos (que enseñan, por un ligero levantamiento de párpados, el blanco ar

Digitized by Google

rillento de su globo) parecen fijarse en todo aquel baturrillo de cuerdas, que á manera de red sostienen anillas, trapecios y demás artefactos de gimnasia; ¡como si se mofaran de su hercúleo brazo!... El cabello pegado á las sienes, cubierto de una película de arena, la boca medio contraída, aunque el labio inferior dejábase caer sobre la barbilla. Por sus fosas nasales aparecía un reguerito de serosidad amarilla.

Las extremidades superiores é inferiores no demuestran señal ninguna de caída; tampoco de magullamiento; únicamente en la mejilla y sien derecha se observa una franja amoratada, que se transforma, á medida que el tiempo transcurre, en negruzca; la extremidad inferior derecha, doblada y formando un ángulo en la articulación del fémur y la tibia, que no desaparece por la rigidez cadavérica.

Reconocido ese músculo hueco llamado corazón, así como los espacios intercostales, se observó no existían señales de vida, y acto seguido se procedió á la autopsia judicial, hecho que llevaron á cabo á presencia del Juez los señores forense y D. Comino, ayudados por los bachilleres y jóvenes estudiantes que allí se encontraron.

—Varios presenciamos la autopsia—

a D. Policarpo á algunos de sus ami-

Digitized by Google

gos,—pero me parece que será la primera y la última que yo vea (tal impresión experimenté en mi sistema nervioso). Después que dejaron á Primavera desnudo de medio cuerpo arriba valiéndose de unas tijeras para inutilizar sus ropas, lo primero que se les ocurrió fué escudriñar lo que contiene este pícaro magín; en efecto, con un martillo de hierro, y de filos muy pronunciados, hicieron todo un casquete señalando desde la mitad de la frente, hasta la mitad del occipucio... después... un esfuerzo y ¡¡paff!! saltó por el borde que el martillo marcó, apareciendo entre los repliegues de las circunvoluciones cerebrales, un líquido rojo obscuro; á mí me pareció sangre. Creo que fueron más allá en el estudio de la masa cerebral, pero yo no pude verlo con cachaza y frialdad. Sentía frío por todo el cuerpo.

Tras de esto, vinieron dos grandes cuchilladas en cruz á partir del hueso éste, que tenemos en donde está el cimiento del cuello, hasta que levantando el colgajo que partía del sitio vértice de la cortadura, separaron el esternón... ¿y qué dirá usted que sacaron aquellos demonios de hombres? Pues, el corazón entero y cabal de aquel hombre. Verdaderamente que estaba muy grueso; decían ellos, que tenía mucho

Digitized by Google

tejido adiposo y celular y no sé qué más monsergas de nombres enjaretaban, que le atontaban á uno y acababan por dejarme en ayunas. Dos ó tres incisiones sirvieron de preliminar para el estudio de los intestinos; pero al reconocer aquel olor tan poco bueno, se asustaron y lo dejaron para otro día, que nunca llegaría. Así y todo, después de terminar cuchichearon una buena pieza, quedaron los pareceres conformes, y finalizó el acto.

—Creo que para ese viaje no necesitamos alforjas—respondió á Cantorrodado uno de sus amigos.

—Pues claro, señor mío. Eso en mi tierra, es una majadería. Al cabo y á la postre, no se sacará nada en limpio; al contrario, es un crimen el martirizar á los cadáveres humanos, para después extender á capricho el certificado de defunción, dejar á pedazos al pariente, y manando sangre, meterlo en una caja para llevarlo al cementerio.

—¿Pero cuál ha sido el resultado definitivo de la autopsia?—preguntó D. Jeremías que se hallaba en el grupo de curiosos.

—Eso *mesmo* decimos las personas de bien—añadió el pastor Terruño, movido por la curiosidad de saber lo que ignora-

Digitized by Google

ba.—¡Buenos entripados habrá pasado la familia del médico!

—¡Calculen ustedes, amigos míos!—dijo con arranque doctoral y sabiondo el Sr. D. Policarpo, que gustábale ser el primero en saber las cosas.—El padre de Primavera está inconsolable, no puede comprender el motivo ni la causa de la desgracia... en cambio la tía Callosa está desesperada; ¡siempre malician más las mujeres! Aquí, para entre nosotros, ¿á que no saben la versión que anda corriendo por el pueblo? Pues yo tampoco. No quiero soltarla por no aumentar la maledicencia de las gentes... (*el anticuario reventaba por decirla*). A pesar del fénico que continuamente regaba al cuerpo destrozado del médico... hacía un olor insoportable cuando reconocieron los intestinos. Entonces salíme del local porque no podía resistirlo mi nariz. Creo que la papeleta certificado, me la enviarán luego. Primavera ha muerto de una *congestión cerebral y pulmonar*. Para mi sayo, todo eso es pamema... debe haber algo más que no quieren averiguar el forense y D. Comino el cirujano, ese cascarrabias y rapavelas de la medicina. (*Estaban á matar y nunca pudieron hacer buenas migas.*) ¿Por qué no se trata de averiguar si habrá envenenamiento? ¡Cu

Digitized by Google

dado que es mucha casualidad, que los dos cayeran del caballo! Se necesita tener buenas tragaderas para creerlo.

Así continuaron hablando en el corrillo varios Sénecas de aldea, incluso el anticuario (Juez municipal), hasta que salieron los del Juzgado juntamente con los médicos y auxiliares: se agregó á la comitiva Don Policarpo, y se dirigieron á casa de la familia de Primavera á participar la desgracia; así como á cumplimentar una de esas fórmulas judiciales que en estos casos se requieren.

No hubo necesidad de que la familia reconociera el cadáver; y después de dar las últimas determinaciones, ordenó el Juez se procediera al sepelio.

A las tres y media se anunció el entierro.

Fué una manifestación de duelo. Como transcurrió poco tiempo, desde la hora de la autopsia, no dió lugar á encender cirios.

La gente se avalanzaba en grupos apiñados, subiendo por la rampa de la casa Concejo. Allí veíanse varias viejas comentando el suceso; á la derecha del cadáver, sentado en uno de los palos de pequeña escalera de madera, estaba Trampolín el payaso que abandonó el féretro, pocos momentos. Allí estaba silencioso, entris-

Digitized by Google

tecido, recordando aquella fortaleza de roble reducida á la nada.

Las campanas de San Policarpo anunciaron con su triste tañido, la salida de un cuerpo que emprendía el viaje de la otra vida.

A los cantos del párroco fray Carmelo, y la llegada de la cruz á la rampa, apareció una caja negra sencilla, atada con dos cuerdas, y goteando sangre por entre las grietas.

Llevaban el cadáver cuatro amigos del finado; el Maestro, D. Jeremías, el Secretorio y Trampolín, el amigo de la Caridad.

Una exclamación de dolor notóse por el tránsito desde la casa Concejo al cementerio.

Cuando se alejaron los entristecidos alcuzayeses del Campo Santo, quedaban sobre la fosa tres personas.

Trampolín y sus pequeñuelos hijos, que lloraban.

Aquella sepultura guardaba un misterioso proceso.

Digitized by Google

XIX

Sor Magdalena estaba desconocida. Quien hubiera tratado aquella niña mimada cuando Tomassi ejercía en Alcuzaya el cargo de médico, notaría la gran diferencia entre una niña y una mujer. No era la joven voluble, vanidosa, con un si es ó no pusilánime, de nariz correcta y delicada, de ojos lánguidos, morenos y rasgados, boca pequeña, á imitación de una figura de barro, sin manifestación de vida, sin la inspiración del artista, de tez blanca y sonrosada. No; era el tipo de la mujer en todo su esplendor y grandeza, de formas redondeadas, de mirada triste, pero arrogante; de abultado seno, de cutis pálido, cuello torneado y

Digitized by Google

boca enseñando finísima dentadura, que la sonrisa manifestaba á cada momento.

Había sufrido mucho. Entablada la lucha entre la religión y el amor que profesó en silencio á Carlos, desesperábase, retorcían su cuerpo los recuerdos del pasado, lleno de juventud y de ventura; aquel pasado feliz al lado del ser que adoraba, pero que no le pertenecía. Ella tenía quince años entonces, un pensamiento de niña revoltosa amiga de impresiones, casi de juegos infantiles; Carlos era el hombre, la entereza de carácter, la madurez de la idea; tenía diez años más. Amaba de corazón. Sentía inclinaciones la hermosa joven que estremecían su cuerpo; soñaba en mundos ignorados, en regiones desconocidas que animaban su espíritu decaído, en algo que ella misma no podía descifrar, pero que la sola idea de verlo realizado, la sumergía en un profundo éxtasis.

¡Pobre Alicia! ¡Flor desgraciada de una ambición juvenil! Era feliz en su martirio. Los sueños delirantes en busca de un alma llena de amor, las desventuras del cariño no correspondido, los consejos constantes del religioso párroco de la aldea donde nació, la falta de una educación enseñada por los padres (que son siempre verdaderos maestros), ejerció tal influencia en su manera

Digitized by Google

pensar y de sentir, que le hizo concebir la idea del sacrificio.

¿Cómo cumplirlo al pie de la letra?

La ocasión fué propicia; quizá se presentara sólo una vez en la vida, y quiso aprovecharse. Fué á la capital en busca de un remedio para fortalecer su enfermizo cuerpo, y encontró algo de lo que había soñado.

Imaginábase amorosas escenas al lado de Carlos, siendo ella la esclava y compañera de aquel corazón que simpatizó el primer día con el suyo; y aunque la idea se trocaba y era diferente, el sueño se realizaba: no era Carlos, pero ganaba en el cambio.—Valía mucho más Jesús, nuestro Salvador; no aquella miseria mundana que el corazón de los hombres proporciona.

Jesús de Nazareno era su ídolo, ella sería su Magdalena arrepentida. Por lo mismo concibió la idea de ser religiosa y llamarse en la comunidad Sor Magdalena.

¡Cuántas penalidades tuvo que arrostrar para cumplir los deberes de su santo ministerio!

Los primeros meses de noviciado los pasó en el Manicomio construído á expensas del Marqués de Astro-Hermoso, aquel aristócrata que dejó la mayor parte de sus fincas á una sociedad de sabios alienistas,

Digitized by Google

para que levantaran en la falda del valle de Girona, la mejor obra, en su género, para amparar al loco. Aquel *templo de la razón humana*, como ha llamado un distinguido frenópata español á estas mansiones de la locura, no presentaba en su soberbia entrada, estilo renacimiento, ninguna inscripción en letras de oro, como aquella tan renombrada del sabio Letamendi, escrita en la portada del álbum de un Manicomio:

« *Servate l' esperanza, voi qu' entrate.* »

Nada de esto; sólo una gran piedra de mármol de Italia y en letras relieve «Manicomio Astro-Hermoso ».

La grandiosidad del edificio; el tratamiento interior que al enfermo se le hacía; el personal médico, inteligente y considerado, respetando siempre, con verdadero interés, á todos aquellos seres de razón extraviada; el buen trato de la dependencia, no faltando nunca al reglamento de la casa; la pureza del sitio donde se levanta orgullosa la inmensa mole de piedra con todos sus jardines y recreos; todo esto encantaba á la novicia, haciéndola olvidar los múltiples recuerdos que en tiempo no lejano había sentido por Carlos, el exmédico de su aldea. Lo único que en aquella casa le disgustaba, er las luchas que la mayor parte de los días e

Digitized by Google

tablaban unos enfermos con otros, luchas de la sinrazón difíciles de cortar, altercados que la vigilancia ponía remedio; no por el castigo y el mal tratamiento, sino por los buenos consejos, la cuerda reflexión y, en último resultado, por los remedios hidroterápicos que la ciencia médica aconseja. En alguno de éstos, oíanse con frecuencia palabras groseras, algo que olía á inmundicia canallesca que salpicaba al rostro de la Hermana religiosa, pero que bien á las claras se notaba en aquellos escandalosos labios, la inconsciencia de la frase por faltar el principal factor intelectual. Cuando ocurrían estas escenas que la descomponían toda la máquina de su cuerpo, debilitándola en extremo, aprovechaba la ocasión para iniciar á la Superiora alguna angustia ó desfallecimiento, y se retiraba á su cuarto sonrojada; ó bien salía al jardín á respirar el ambiente puro y tranquilo, de aquella atmósfera que la fortalecía y vivificaba.

Todo esto ocurría en los primeros días de noviciado, hasta que pudo acostumbrarse al trato de aquellos desgraciados enfermos: llegó, por fin, el día, en que todas las algarabías le fueron familiares, y el miedo que en sus comienzos tanto le molestó, llegó á convertirse en la más grande de las tristezas, compadeciendo al loco,

Digitized by Google

cuidándole, y hasta buscando los medios para facilitar su curación radical, poniendo en práctica todo cuanto el profesor y director del establecimiento aconsejaba. Es más; llegó la familiaridad de la Hermana á tal extremo, que distinguía, con conocimiento de causa, la diferencia entre la *imbecilidad* y la *demencia*, considerando la primera, como una deficiencia del desarrollo mental; y la segunda, como la disminución ó pérdida de aptitudes mentales.

Así transcurría el tiempo, viviendo feliz en aquel establecimiento; contenta, porque su fortaleza y vocación consiguieron la verdadera dicha para su alma, la cual consistía en la práctica de la caridad y la constante adoración á su esposo Jesús.

Aquellas dudas sostenidas al principio de ingresar en la comunidad, recordando al hombre que amó en silencio, se las representaba á cada momento, cobijándose al amparo del Nazareno, verdadera tutela de las almas religiosas: cuando esto ocurría, imponíase extraordinarias penitencias, á más de las correspondientes á su obligación; martirizaba su cuerpo con el ayuno, y hasta se castigaba con sendos disciplinazos que le daba la hermana secretaria en la soledad de su celda. Lo que influyó más hacer desechar de su pensamiento la im

Digitized by Google

gen de aquel hombre, era la lectura de obras piadosas que le facilitaba el capellán del «Manicomio Astro-Hermoso»: así llegó á poder olvidar aquellos recuerdos embriagadores, ocupando su alma sólo la verdadera Santa Teresa que tenía en su aposento, un hermoso cuadro al óleo, y la del divino Redentor crucificado.

Sor Magdalena, obedeciendo órdenes de la superioridad, después de permanecer en aquel establecimiento, se trasladó al «Hospital Nuevo de la Caridad» en la capital de provincia. Un año próximamente hacía que se había inaugurado, y entonces fué cuando cambió de residencia: por ser más penosas las luchas que la Hermana tiene que afrontar en un Manicomio, es por lo que la mandaron por vía de prueba en sus primeros meses de noviciado; pero llegó á sobreponerse á todas aquellas fatigas, y consiguió realizar la parte más penosa de la vida religiosa, esto es, el año de noviciado. Por eso, en este y en otro anterior capítulo, hemos visto á la hermana Sor Magdalena encargada de varias salas, pero con más constancia, en la de hombres tifoideos, llamada de San Joaquín, donde encontró al amigo de Carlos, al condiscípulo lvidable Arturo Fonseca, ya casi reslecido.

Digitized by Google

El cambio de género de vida, de ur Manicomio á un Hospital, varía extraordinariamente. El tifoideo ó el lepreso, el loco ó el demente, son enfermos todos que necesitan de esmerados cuidados. Pero aunque todas sean enfermedades, con respecto al sufrimiento y trabajo que la Hermana puede realizar, variaban en gran manera.—El Hospital es triste y hasta lóbrego; el Manicomio proporciona alegría por la amenidad de sus diálogos entre los mismos enfermos, por la alegría de sus diversiones y jardines.

La entrada de la Hermana en el Hospital hizo renacer la idea de su antiguo y olvidado amor, antes desaparecido, aunque con algún sacrificio. Faltábale aquella celda estrecha y larga con la blancura de sus paredes, la altura de su techo, el cuadro de Santa Teresa y la imagen de Jesús crucificado. Además, en el Hospital la tristeza era mayor, porque continuamente moría algún enfermo sin respetar la diferencia de edades, escenas éstas, que no pudo ver en todo el tiempo que permaneció en el Manicomio. En el Hospital de la Caridad, en tiempo breve, se inició y germinó una epidemia variolosa, y sólo de esa enfermedad bajaron al sepulcro cuarenta y dos en las diferentes salas, lo mismo hombres que mujeres. Por lo mismo, se sentía continua-

Digitized by Google

mente enferma; y aquella tristeza, que no era más que la nostalgia de su tierra, se agravaba y transformaba haciendo mayores los cimientos. Volvió á recordar á Carlos, y aunque aparentaba frío desdén, por todo aquello que al joven médico se refería, sin embargo, hubo necesidad de acudir á los ayunos, á los rezos y á otras nuevas lecturas piadosas.

Por estar incorporado en aquel Hospital, casi todo el profesorado de la Facultad de Medicina de Z..., era cosa segura, verse algún día con el profesor Tomassi; además, sabía que el catedrático nuevo, estaría encargado de las *Clínicas*, y obligado á explicar un curso de *Medicina legal* en las clases libres de aquel establecimiento. Todo esto no lo ignoraba: varias Hermanas se lo habían anunciado.

¡Era llegada la hora de ser fuerte, y la esperaba resignada!

Vacilaba Sor Magdalena; ignoraba la determinación que podía tomar... pero luego pensaba...—El, es fácil que no recuerde; me conoció siendo una niña, y hoy he cambiado mucho; no parezco la misma muñequita de antes, endeble y raquítica, de pálido color, con aquellas ojeras que me daban aspecto de cadáver!... ¡y es natural!... como que estaba enamorada, y esa

Digitized by Google

enfermedad, al penetrar en el corazón de una joven, la transforma por completo; á semejanza de aquel cantar que dice:

La mujer peinadita,
amarilla y con ojeras,
no le preguntes qué tiene,
que está queriendo de veras.

Y reía la Hermana como no podía menos, al pasar por su imaginación aquel arranque profano. Ella, toda una Madre religiosa, con aquel amor que profesaba á su Divino esposo Jesucristo, afianzado este delirio con la lectura que tantas veces consagró al *Libro de las fundaciones*; la *Introducción á la vida devota*, por San Francisco de Sales, y una serie de libros místicos que el capellán del Manicomio del Valle de Girona la proporcionó espulgando su librería, la cual no dejaba de tener entre otros, *La vida de Santa Teresa*, y la escrita por San Alfonso de Ligorio, intitulada, *La verdadera esposa de Jesucristo.*

Todas aquellas lecturas piadosas le cautivaban, atrayéndola al seno de la religión, ¡y ahora que se consideraba fuerte para hacer frente á las peligrosas influencias de Satanás, que trataba de inculcarle dudas y vacilaciones en su ministerio!... ¿Iba á s una cobarde?

Digitized by Google

--Si Dios lo ha dispuesto así, lucharé; tendré resignación, guardaré el incógnito... Además, Carlos es noble, nunca dudé que pudiera realizar una acción en desdoro de mis votos y promesas ofrecidas á la Inmaculada Virgen, que con toda la voluntad de mi alma ofrecí cumplir.

. . . . . .

Aquel mismo día se recibió un aviso en la Facultad de Medicina (Rectoral), participando Carlos Tomassi su llegada seis días más tarde, por atender á su salud algo quebrantada.

Extraoficialmente supo la noticia la Hermana, y escribió á fray Carmelo, pidiéndole consejo sobre lo que debía hacer, caso de que D. Carlos Tomassi la reconociera. Y terminaba la epístola:

. . . . . .

«Usted, cariñoso y querido padre espiritual, que sabe fortalecer con su recto y religioso criterio, las luchas que sostiene el alma cuando amó; que ignora si de lo pasado queda algún rescoldo, decidme lo que la Santa Madre Iglesia me puede aconsejar, ante la circunstancia de un recuerdo vivo que en un principio creí extinguido. No sabe cuánto lo agradecerá su Hermana Nuestro Señor Jesucristo. —*Sor Magna.*»

Digitized by Google

La contestación del anciano exclaustrado no se hizo esperar, diciéndole, entre otras cosas, lo siguiente. . . . . .

« Debes comprender, hija mía, que aunque tu religión no te obliga como á las de clausura, cumplirás interiormente (en lo íntimo de tu conciencia), lo que se lee en los primeros capítulos de la Regla de San Agustín, que dice:

I

« Ante todas cosas, carísimas hermanas mías, sea Dios amado, y después el prójimo, porque estos mandamientos se nos han dado en primer lugar. »

II

« Observad aquello á que os habéis juntado y congregado, que es á morar unánimes en una misma casa y á no tener sino un alma y un corazón en Dios.»

III

« Ninguna diga: *esto ó aquello es mío propio*, sino sean comunes todas las cosas. »

« En cuanto á los rezos, efectuarás aquellos que buenamente puedas. Aunque

Digitized by Google

creo no tengo que decirte nada, respecto á lo dicho por San Agustín, porque eres tú sumamente buena, y al entrar en la Comunidad sabías á lo que te obligaría la santidad de tu voto.

» Yo puedo aconsejarte respecto al objeto de tu amor y tus vacilaciones, que si Carlos te reconoce (como así creo), sus nobles sentimientos no alterarán el orden de cosas, y el pobre tendrá que sufrir tanto como tú padeces y padecerás. Debes saber que la *felicidad que tanto ansiamos en esta vida, no es más que imperfecta, y aun ésta, consiste en practicar la virtud y unirse á Dios.* Te daré un ejemplo que en un libro religioso he leído:

» *Discutían acaloradamente tres niños que se educaban en un Seminario sobre este brevísimo tema: ¿Cuál es el día más hermoso de la vida?—Esta mañana, dice uno de ellos, nos han dicho que el día de la primera comunión era el más hermoso. ¡Oh, qué verdad es! Jamás seré yo tan dichoso como lo fuí el día en que por primera vez vino Dios á reposar en mi corazón. ¡Oh, qué día aquél!—El niño se detuvo conmovido, y los amigos pudieron ver sus ojos llenos de lágrimas.*

—» *Hay un día más hermoso que aquél, dijo el segundo.*

Digitized by Google

—» *Más hermoso no,—replicó vivamente el primero.—Entonces... ¿cuál puede ser?...*

—» *Aquel en que, siendo sacerdote, celebrase yo mi primera misa, y antes de recibir á Jesucristo, le tuviese por primera vez en mis manos; le ofreciese en sacrificio, y pudiese decirle con una emoción que siento ya: ¡Dios mío!*

—» *Hay un día más hermoso que esos—dijo sencillamente el tercer niño. Un grito de sorpresa se escapó á los dos primeros.*

—» *No, no puede ser;—dijeron á la vez. Y el que acababa de hablar, repitió mirando al cielo: Sí; hay un día más hermoso, que esos dos tan grandiosos.*

—» *¿Cuál es, pues, ese día? ¿Es el de la muerte que permite al alma ir á unirse á su Dios, por toda la eternidad?*

—» *No. ¿Es aquel en que se hacen siempre esos votos solemnes que impiden ya volver al mundo?*

—» *No, no. ¿Y qué, pobres amigos, no lo adivinais?... Es el día del martirio.* »

» Pues el ejemplo éste, cumplirás al pié de la letra: puedes considerarte por muy feliz, puesto que Dios mismo *te envía* el martirio en esta vida, para poder alcanzar la bienaventuranza eterna.

» No tengo más que encarecerte·

Digitized by Google

cho ánimo y gran fe en el cielo para que á todos nos ampare en la otra vida; y manda cuanto gustes al párroco viejete de San Policarpo, que te da la enhorabuena y su bendición cariñosa.=*Fray Carmelo.*»

La lectura de la carta del cura de Alcuzaya, fué para Sor Magdalena una verdadera arma de combate y resistencia. ¡Dice bien el pobrecito fraile!—exclamó la Hermana.—El martirio en este mundo será para mí lo mejor; yo me consideraré feliz y dichosa al sobrellevarlo, con toda la resignación de un alma cristiana.

Algunos días después, la rectora de la Caridad participó á todas las Hermanas que por la tarde pasaría á reconocer la clínica del Hospital, el nuevo catedrático de la Facultad, doctor Tomassi.

Aquel mismo día de llegar al Hospital, y dar principio al curso de Medicina legal en uno de los elegantes locales de conferencias, fué cuando encontraron el cadáver de Perico Primavera en el camino de Pradoverde, que ya conocen nuestros lectores.

Sor Magdalena sintióse indispuesta y tuvo que guardar cama.

Cuando llegó Carlos, por indicación de la superiora, visitó á la Hermana.

No la reconoció.

Digitized by Google

Digitized by Google

XX

Pasados que fueron los primeros momentos, después del triste suceso de que fué teatro la noble Alcuzaya, tranquilizáronse los ánimos, antes exaltados, y se pensó en que la población costearía las exequias para bien del alma del desgraciado Primavera.—«Era necesaria la Iglesia en aquellas circunstancias, facilitando plegarias, rezos y demás oraciones; efectuar unos funerales que formaran época; y antes de todo esto, á imitación de los padres misioneros, convocar á todo el vecindario á una comunión general, proporcionando descanso á las almas buenas que tenían la conciencia tranquila de aquellos hechos; algo

Digitized by Google

como una gran piscina, donde todos los pecadores fueran á recibir agua salutífera limpiándose de toda mancha.»—Esto dijo fray Carmelo desde la cátedra del Espíritu Santo; y además aconsejaba, que hicieran los vecinos un detenido examen de conciencia, pero con verdadera contrición; y el que contribuyera á tan laudable idea, con sus caritativas fuerzas, fuera á casa del Secretario para depositar las cantidades que su voluntad pudiese desprender; «así es como daremos una prueba á la familia de D. Pedro Calloso—que Dios le tenga en gloria;—prueba, hermanos míos, que si en este mundo no encontramos la recompensa, se nos reservará en el otro, participando de la gracia y gloria divina, que será por todos los siglos de los siglos...»

La gente reunida en el templo contestó á este final del padre cura con el consabido Ameeen... pronunciado por todos aquellos feligreses, cual si fueran un enjambre de colmenas en desorden.

Así terminó el primer rosario, tres días después del entierro del médico.

La gente desalojó el templo con el propósito de llevar á cabo lo dicho por el fraile, comprendiendo todos, que era un beneficio para la familia de Primavera. Y como la desgracia había sido tan sen-

Digitized by Google

por todos, y la Callosa decía continuamente «que la muerte de su hijo era una mala voluntad del pueblo, que lo mismo podía ser autor el Machado que la Verónica, aunque atribuía más culpa á la última,» no era cosa de callarse á todas las habladurías de algún chapucero pelagatos que, por darse tono, ponía en tela de juicio aquellas almas honradas.

Así discurría la gente aldeana, predominando el elemento mujeril, que daba pábulo á las mil versiones que circulaban por el lugar; versiones fáciles de explicar, atendiendo á la polvareda levantada por la familia de la Callosa, la más numerosa de aquellos contornos, y hasta la más pudiente del pueblo.

La noticia de la desgraciada muerte del médico—que bien pronto se supo en la capital, así como en los pueblos circunvecinos, — contribuyó á que, todas aquellas familias diseminadas, ocupadas en sus cotidianas faenas, las abandonaran al saberlo, dirigiéndose sin pérdida de tiempo á presenciar ellos mismos cuanto ocurría en Alcuzaya. Entonces era de ver á la desconsolada madre llorar amargamente, recordar los hechos á la hermana ó á la prima, con desconsuelo natural de toda madre, sin ntos para llorar. Los parientes se irrita-

Digitized by Google

ban en gran manera, pero á la vez animaban al matrimonio; se hacían partícipes del dolor, y exclamaban enfurecidos... *Esto se arreglará como yo sé... Acudiremos á los tribunales... Aquí hay algún misterio difícil de encontrar solución en el pueblo.* Y la consolaban; pero que esto fuera pronto, que no lo dejaran de la mano, y al efecto se encargó de tal comisión á un hermano del tío Blas, persona bastante instruída, y muy á propósito para andar todos los pasos.

Mientras tanto, el hijo del tío Gorgojo el mesonero, se restablecía por momentos, adquiría nueva vida, y los padres preparaban una francachela para celebrar, aquel milagro que la Virgen de la Cruz había realizado.

Cuando la familia le preguntaba algún detalle al hijo, éste contestaba con las mismas frases de siempre; que no sabía nada... que ignoraba la causa... había perdido el conocimiento, le faltaron fuerzas para sostenerse en el caballo, y muy fácilmente le despediría.

Lo cierto es, que el misterio era cada vez mayor y difícil de explicación: la justicia, que debe ser la indagadora de los hechos, sabía menos, y una vez dado el dictamen facultativo después de la autopsia, estaba cumplido todo.

Aquel mismo día el hermano del tío

Digitized by Google

(que era inspector de Aduanas en Piñoneda), después de conferenciar cerca de dos horas con la familia, respecto al plan y proyecto que debería seguirse en la investigación del autor de aquel crimen—pues siempre creyeron que era eso,—montó en la misma cabalgadura de su difunto sobrino y se dirigió á buen paso al Juzgado de primera instancia de Berruguillo.

Mateo Calloso (que así se llamaba el consabido personaje) era un solterón que frisaría en los cuarenta y cinco años, el menor de todos los Callosos; alto como un gastador, de temperamento sanguíneo, delgado y seco, nariz gruesa y fusiforme, bigote rubio y esmeradamente cuidado, ojos azules, acompañados de unas pestañas tan cortas y repelonas que parecía un verdadero miope sin serlo, las cejas pobladas y dentadura cual si fuese un pudridero. No tenía nada de guapo: en cambio era un ser tan amable y dadivoso, que difícilmente podría encontrarse otro parecido. Capaz era el Benjamín de los Callosos, de quedarse en cueros por remediar la necesidad de algún amigo.

En el colegio de segunda enseñanza de Z... cursó las asignaturas del bachillerato con bastante aprovechamiento; después, como su inclinación á las ciencias

Digitized by Google

naturales era tan grande, decidió la familia el que se trasladara á Madrid, donde fué bien poco lo que adelantó. Gran batallador y polemista, dió pruebas entre sus estudiosos compañeros, de poseer una observación é intuición extraordinaria: dejábase el conocimiento de las asignaturas de la Facultad, y se dedicaba á las grandes ideas positivistas y evolucionistas, entonces tan en boga por la novedad. Las lecturas de Haeckel y Darwin le devanaron los sesos, llegando á ser el prototipo del descreimiento y de la carencia de idea religiosa.

Así perdió mucho tiempo en Madrid sin terminar la carrera, hasta que extraordinarios sucesos hiciéronle variar de rumbo. Formáronle Consejo de disciplina por haberle encontrado perorando en el café con un grupo de estudiantes revoltosos, instigándoles al desorden y á la oposición de la idea política... Por eso Mateo recordaba con rabia, indignado, aquel político furibundo que tanto daño causó al verdadero progreso de la nación, dejándonos en la ruindad y apatía de la idea..

La célebre noche de San Daniel, tuvo que pasarla en el Saladero, en un cuartucho sucio, obscuro é insano, donde colocaron á otros amigos suyos, detenidos r igual delito.

Digitized by Google

Cuando le recordaban aquella época, se sulfuraba extraordinariamente; los tendones de sus manos, parecían las cuerdas de un contrabajo, excitábase su sistema nervioso, contraía las facciones y hasta rugía dando bufidos, soltando espumarajos por entre los labios.

—¡Aquel hombre! ¡Aquel Narváez! ¡Valiente ganso de la política!—decíale una vez al párroco fray Carmelo.—¡Era el hombre más reaccionario que he conocido en mi vida! ¡El perseguidor de la lealtad en sus diversas manifestaciones!... Téngalo usted por sabido: ¡y sin pasión ninguna, usted mismo me dará la razón! Nada tiene que ver el que uno comprenda la verdad; pero entienda usted que el Narváez que tanto adora, ha sido el más aguerrido soldado de la impiedad cuando se trataba de cerrar la marcha al progreso; el dictador militar por excelencia; el calabocero sin entrañas de la opinión, el doctrinario satisfecho de sí mismo... el...

—¡Basta, amigo Mateo! Creo que con lo dicho hay bastante—dijo, cortándole su empezado discurso, el campechano fray Carmelo.

Unicamente se exasperaba en esos ca-
; le tenía un odio mortal; y cuando le
ordaban aquel hombre, encajaba dis-

Digitized by Google

cursos de este tamaño, que sin duda había leído en los periódicos de oposición de aquella época.

Ocho años después de estos sucesos ingresó en el cuerpo de Aduanas.

A las diez de la mañana llegó á Berruguillo.

Largo rato habló con el juez de instrucción, y al despedirse le dió palabra «de que trabajaría todo cuanto estuviese de su parte para la averiguación del criminal (si es que lo había); y puesto que la familia, manifestaba interés en que se llevase á cabo otro reconocimiento del cadáver por nuevos profesores médicos, advertía, que era necesaria la exhumación, y que nombraran al que creyesen conveniente para el caso, puesto que eran gastos, que solo ellos tenían que sufragar.»

El representante de la ley era persona de recta conciencia, pero le faltaba la experiencia y la práctica que en estos casos se requieren; sin embargo, procuró animarle y darle esperanza al manifestar «que todo se llevaría al pie de la letra, y que si había criminalidad, se encontraría á su autor.»

Marchóse Mateo Calloso, con la seguridad de que algo podría sacarse de estas pesquisas y averiguaciones; cuando estuvo

Digitized by Google

hablando con su hermano, le aseguró, que ahora se sabría la verdad y se investigaría el criminal.

—¿Crees, Mateo, que se podrá sacar algo en limpio?—díjole su hermano aquella noche al llegar, no bien hubo descansado.

—¡Sí, hombre, sí!... Me lo aseguró el Sr. Juez, que habló conmigo.

—Yo creo—añadió el tío Blas—que la cosa es más grave que creemos; y no sólo grave, además difícil. El pobrecillo Pedro y Machado, debieron tener alguna cuestión, y es muy posible que ambos bajaran de los caballos y se fueran á las manos. Entonces, es fácil le diera algún golpe en la sien, ó bien, aprovechando la circunstancia de estar algo beodos, le inclinase en el suelo y le ahogara. Luego, lo más fácil era el hacer las pamplinas que hizo; dejarse caer en tierra, soltar los caballos, y éstos que se dirigieran á casa.

—Eso no es posible; no hay razón de ser, hermano. Demasiado comprendes que Perico era muy fuerte y necesitaba tres Machados para la lucha: el otro es muy débil y además cobarde.

—Hijos, hay que desengañarse... Para mí, nadie ha sido más que la hija de la tía Verónica, la Soledad (dijo la Callosa que rabiaba por decir lo que sentía).—Esa chi-

Digitized by Google

quilla que sabe mucho, y como la madre que tiene es lo que es, por eso hay que pensar mal!...

—Vamos, no disparates, mujer— contestó el tío Blas.

—Hombre, vamos con calma; en el mundo todo puede ser; á veces donde menos se piensa el galgo, salta la liebre— interpeló Mateo con el tono doctrinal que en él era frecuente.

El tío Blas quedó como pensativo; la Callosa púsose á recordar todo lo que sabía de aquella familia, que era la causa de su perdición, mientras que Mateo la escuchaba, como convencido de que no iba tan por las ramas como creía su hermano.

Después, dijo el inspector de Piñoneda á su hermano:

—Lo que me extraña es que no guardaran las vísceras del sobrino para proceder á su análisis. ¡Tal vez la química, esa ciencia que vosotros no conocéis, encontrara la verdadera incógnita!

—Eso ya procurarás hacerlo presente al Juez para que no se dejen nada por hacer—objetó el tío Blas.

Todos quedaron en que la cosa se llevaría lo más á conciencia posible, añadiendo la Callosa, que no dejaran de señalar sospecha que se tenía en todo el pueblo y

Digitized by Google

la Verónica; además, ese tragapanes del mesón, debe decir todo cuanto sepa, y que no se calle como un tonto, pues todos nos conocemos.

Aquí interrumpió su catilinaria aquella mujer, al ver entrar en casa á Doña Margarita y D. Fortunato que iban á darles el pésame; todos se levantaron de los escaños que estaban sentados, y después de insinuar el boticario que no se molestaran, la Callosa y su esposo empezaron á soltar una serie de pucheros, al recordar que la hija de sus compadres, había sido la elegida para esposa de su Pedro.

D. Fortunato, viendo al hermano del tío Blas, le saludó cariñosamente.

—Siento que para acto tan triste haya venido usted á esta porquería de pueblo.

— Verdaderamente, señor boticario, que es una tristeza; y lo siente uno más, al ver que no se sabe el motivo de su muerte; mejor dicho, la causa que la haya ocasionado.

Las dos mujeres hablaban aparte; sólo se escuchaban las amenazas que soltaba la Callosa, acompañando alguna congoja de la pesadumbre que le dominaba y no podía reprimir; Doña Margarita escuchaba á su comadre, con marcada pena y exclamando de vez en cuando.—¡Ay Jesús-Dios!... ¡Ay

Digitized by Google

Jesús, Jesús!...—frases claras, entrecortadas por el suspirar fatigoso y triste que tan bien estudiado tenía.

—A mí me pasaría lo mismo—añadió D. Fortunato.—¡Cuidado con la cosa! Salirse un hombre robusto y hecho una gloria, de este lugarón, tal como á las ocho de la mañana ó las diez, ¡y no llegar á casa como Dios da á entender! ¡Esto clama sangre!

—¡Ahí está el busilis!—dijo en el paroxismo de su nerviosidad el liberalote de D. Matèo—Lo más grave del caso es, que siendo día de romería, no encontraran alma viviente por aquel camino para que les auxiliaran; que el tragaldabas de Machado no sepa una coma del misterio en que esto va envuelto, y á mayor abundamiento, que las dos caídas fueran á la vez. ¡Sin duda los dos pencos, se vieron acometidos de flojedad en las traseras!

—¡Quién sabe si alguno les sorprendería en el camino creyendo que llevaban dinero!—añadió el tío Blas.

—Eso de ninguna manera se puede creer, amigo compadre; el que lleva un fin de esa naturaleza, no deja las monedas envueltas en el rastrojo, ni tampoco deja escapar las caballerías. Además, su hijo de usted no tenía enemigos por estos pueblo Yo no diré que haya sido el Macha(

Digitized by Google

pero es lo cierto, que el cuerpo de éste, daba señales evidentes de lucha; y al lado del cadáver de D. Pedro, se encontraron algunas prendas del hijo del mesonero... ¡Eso algo indica para que la justicia trate de averiguar!...

—Verdaderamente que el asunto es misterioso. Aquí hay materia para volver á uno loco—dijo el hermano del tío Blas—pero yo aseguro á ustedes, que no se reirán, los culpables ó el culpable. Vamos á pedir la exhumación del cadáver, y á que se proceda á otro reconocimiento pericial; eso nadie lo puede negar á la familia del finado.

—Antes al contrario, está en pleno derecho: si supiéramos dónde está D. Carlos, nadie mejor para que nos ilustrara y aconsejara.

—Pues yo lo sé; al menos recuerdo haber leído algo en los periódicos de Madrid, respecto de su traslado á la Universidad de Z...—añadió el inspector de Aduanas como haciendo memoria.—Poco es lo que cuesta el viaje; tan pronto se celebren los funerales, iremos á visitarle D. Jeremías Cubilete y yo.

—Nadie mejor que el padre cura, persona que D. Carlos aprecia en extremo—objetó D. Fortunato,—pero al pobre le

Digitized by Google

pesan los huesos, y quizá no se atreva á tal caminata.

Mucho hablaron las dos familias, particularmente las mujeres, que sacaron á relucir á todo el pueblo y removieron las cenizas de Juanelón, el difunto esposo de la Verónica; después, un poco más consolados los padres de Primavera, se despidió el matrimonio visitante, deseando un buen acierto en la averiguación del criminal.

. . . . . .

Eran las cuatro de la tarde de un día lluvioso. La iglesia de San Policarpo estaba casi á obscuras; sólo dos grandes lámparas de metal dorado, alimentadas por aceite, daban luz tristísima al monótono siseo que existía en los confesonarios. Para ayudar al párroco fray Carmelo, habían venido dos sacerdotes más; el cura de Aldeamocha y un capellán de Berruguillo: aquella tarde correspondía confesar á los hombres, que eran los únicos que faltaban. La familia Primavera, después de grandes esfuerzos, pudo conseguir el que Mateo, aquel hereje que hacía bastantes años no había confesado, fuera como un chiquillo á lavar sus pecados.

Alrededor de las jaulas—que tal parecían los confesonarios,—había un gran número de viejos y jóvenes. Mientras todos

Digitized by Google

se presentaban arrepentidos al tribunal de la penitencia, el alguacil (que en esta sazón era sacristán), entreteníase arreglando el altar mayor, limpiando la martirizada musculatura á un San Francisco de Asís, lleno de polvo y telarañas, que desde tiempo inmemorial estuvo guardado en un calabozo que había en la sacristía, donde se colocaban todos los monumentos de los altares de Semana Santa: no bien hubo terminado con el fundador de la orden, la emprendió con un San Pedro, imagen de talla de gran coste, y su ocupación fué más seria y delicada. Era cosa de ver al Chuleta con aquellos dedazos hinchados como morcillas, coger su pincel pringado de un líquido blanco que guardaba en una cazuela, y sin encomendarse á Dios ni á los Santos, embadurnar la barba descascarillada de aquel bendito apóstol, hasta que la dejó blanquísima como á su fisonomía corresponde. Terminada la faena, restregóse las manos con alegría, al recordar la ganancia extraoficial que le valían aquellas composturas.

Poco después, entraron en el templo Manolín y Culilla, que se adelantaron á los demás compañeros que salían de la escuela; y atravesando la iglesia, pasaron por el mismo lado de la pila bautismal,

Digitized by Google

aprovechando la ocasión de creer que estaba la otra puerta abierta, para dar una rápida mirada de curiosidad á lo que allí se mangoneaba; pero la sorpresa fué grande, al ver que la puerta estaba cerrada.

Como quiera que oyeron á otros muchachos que estaban entretenidos, jugando á las chapas en el atrio, pensaron asustarles metiendo una de sus manos, por el orificio que tiene la puerta para salir los gatos. Dicho y hecho.

Verlo la comitiva de los revoltosos chiquillos y echar á correr, todo fué cosa del momento.

—Huy... ¡qué miedo, recontro!—y pies para qué os quiero.

No pararon hasta llegar á sus casas, asustados y como movidos de un pasmo.

Digitized by Google

XXI

. . . . . .

. . . . . .

por varias razones, Sor Magdalena.

Mi vida ha sido una serie no interrumpida de desgracias. Es usted muy joven y conoce poco el corazón humano. Muchas veces sirve para engañarnos unos á otros; con todo y con eso, comprendo que existen y existirán siempre almas honradas, que no despreciarán á esas criaturas abandonadas, restos inocentes del vicio, que ignoran quiénes fueron sus padres. Yo, por mi parte, los perdono. Lo dicho, le hará reflexionar á usted, y á la vez formará una idea de la carencia de sosiego, la falta de tranquilidad experimentada

Digitized by Google

por mí... Sin embargo, en un tiempo creí tendría valor para soportar este torbellino vital de la humanidad. Cuando fuí estudiante, me encontré más fuerte, más enérgico. Todo eran satisfacciones para mí. Los amigos cariñosos de aquella época, desaparecieron; aliviaron en un principio mi desventura. El recuerdo del compañero Fonseca, triste y abatido en este Hospital, de que usted me habló, me acobarda, porque veo en aquella pobre criatura, deshojadas las gratas ilusiones de su pasado... Le digo, francamente, que esta vida es una farsa, una mentira, un engaño... Los que por desgracia nos engolfamos en este flújo y reflujo del pensamiento (comparado á un inmenso océano), somos unos locos rematados...

—¡Por Dios, amigo doctor! Nunca le vi tan desesperado del mundo. Si usted fuera como Dios manda, sería feliz, y ¡quién sabe si encontraría la tranquilidad que desea! La vida religiosa es más pesada, preñada de sinsabores; se necesita verdadera vocación para cumplir con este sagrado ministerio. Aunque usted no me autorice que le aconseje, le digo con toda sinceridad mi opinión. ¡Usted debía casarse!

Carlos miró fijamente á la Hermana; servó al detalle aquella arrogante figu

Digitized by Google

que con tono imperativo le aconsejaba el casamiento. Todo esto, no lo podía comprender. Después de guardar un momento de pausa, añadió la religiosa:

—Parece que lo medita usted mucho. Lo principal es tener voluntad y cariño. Este último, creo no falta nunca á los del *sexo fuerte*...

—¡Ahí está el problema! Generalmente creen los hombres que lo más fácil de todo, es encontrar esposa: para mí, es lo más difícil. Sólo se ama una vez, hermana. Yo también amé cuando joven: sentí verdadera pasión por un ángel; pero las miserias de la vida me alejaron de su lado. Era dichoso en la aldea donde ejercí por primera vez mi profesión. Ella, una niña delicada y tierna, mimada excesivamente por sus padres, cariñosa y amante. Comprendí que era muy joven, y decidí esperar algún tiempo más, para realizar la idea: que viniese el cambio natural y crítico de su naturaleza algo tardía. Me disgustó la influencia religiosa del párroco, induciéndola en las prácticas litúrgicas. Siempre entendí yo que la educación religiosa en la mujer no debe consentirse en absoluto. Estas costumbres en los pueblos, son bastante judiciales. Por eso estoy conforme con sabio Fenelón, cuando dice: «Aprecio

Digitized by Google

en mucho la educación de los buenos conventos, pero prefiero más la de una buena madre, cuando ésta puede dedicarse á ello con toda libertad. »

La Hermana escuchó esto último con tristeza. Desde que llegó Carlos al establecimiento y recorrió con los alumnos la *clínica* (empezando el curso de conferencias médico-legales en aquel hospital), sufría violentamente. Su naturaleza robusta y pletórica por temperamento, se resintió bastante, desde el día que le sorprendió el primer ataque. Entonces Carlos, apreció la importancia de su malestar, al mucho trabajo, á las vigilias y rezos diarios que tenían que cumplir, al frecuente y penoso trato de los enfermos que las pobres atendían esmeradamente; pero estaba lejos de imaginarse el profesor, que únicamente *él*, era el promotor, y causante de la indisposición.

Hacía poco que la Hermana abandonó el lecho; las visitas eran dos veces al día; no presentaba gravedad; lo único que recomendaban los profesores, era mucho reposo, que cuidaran de evitarle las noticias tristes; sobre todo, alimento bien nutritivo y excelente vino. Como tenía por las noches algo de delirio, alucinaciones frenéticas y desesperadas que la enloquecían, el catedrático indicó una mixtura antiespas-

Digitized by Google

módica, para que la tomara á cucharadas.

A los pocos días, las visitas del doctor eran más largas; gustábale conferenciar algunos minutos con su enferma ya restablecida, pero pálida, con cierta melancolía y tristeza que no podía desechar. La Rectora, había notado un gran desmejoramiento en la hermana Magdalena; esperaba con ansia la llegada del médico para consultarle, y además hiciera cuantos medios fueran posibles, por aquella alma que tanta falta les hacía para cumplimentar las guardias. Aunque los cuidados eran grandes, la religiosa perdía carnes. Carlos sentía un bienestar al conferenciar con la monja, al contarle las desventuras de estudiante; luego, las que tuvo en la aldea, el trabajo ímprobo realizado en Madrid para obtener la cátedra de Medicina legal; en una palabra, todo cuanto luchó por olvidar á su Alicia, ¡aquella niña que tanto adoraba!...

¡Cuánto no padeció Sor Magdalena, al oir aquella historia de su vida! Lo recordaba más cada día; dábanla tentaciones de abrazarle, estrecharle fuertemente contra su seno; anunciarle que ella, la religiosa Sor Magdalena, era la verdadera Alicia: la que en un tiempo apasionada, escuchó aquellas tiernas y dulces palabras de Carlos, el médico de su lugar. ¡Pobre Carlos!

Digitized by Google

¡Y luego duda la gente de que puedan existir verdades en las novelas!... ¡Qué más novela que la del Dr. Tomassi!...

Lo había escuchado todo, la verdad entera de su vida. Por eso no le extrañaba que sus quejas se dirigiesen al mundo entero; ese mundo perverso, sin caridad, sin fe, sin misericordia.

Tenía cuatro años, una criatura, un niño que necesitaba el calor y regazo de una madre; y la suya, desnaturalizada, cruel, le abandona en las calles de Madrid... y desaparece.

Luego, la compasión que inspiró á una pobre viuda, sin más amparo que los brazos de un hijo suyo, trabajador. ¡Qué buena sería aquella pobre gente! ¡Cuánta gratitud les conserva el corazón de Carlos!

Pero las almas buenas, dotadas de sentimientos nobles, amando entrañablemente al desamparado niño, quisieron legarle una carrera. Estudió en San Isidro el bachillerato, ganó dos pensiones, y el chicuelo era tan aprovechado y laborioso, que acudía á abrazar á su anciana madre adoptiva, cargado de premios, y hasta con la módica cantidad de sus pensiones. Por fin terminó el bachillerato y decidieron por la profesión médica; era la que rendía n utilidades; máxime cuando Carlitos era u

Digitized by Google

inteligencia privilegiada. Aquel mismo verano de vacaciones, Faustino, que trabajaba en la construcción del alcantarillado de la villa y Corte, murió víctima del desplome de una bóveda que le aplastó el cráneo: al saber la noticia la viejecita viuda, cayó tan larga como era en el pavimento de la casa cochera donde vivían, presa de un violento ataque cerebral.

Carlos, que era un mocetón hermoso de diez y seis años, alto y delgado, de nariz aguileña acentuada, ojos vivarachos y alegres, transformóse en taciturno y sombrío en el pensar: aquel golpe tremendo en el camino de su carrera le acobardó. No estudió el año primero de facultad: algunas buenas familias le ayudaron en la caritativa misión de enterrar á los muertos; á los únicos seres que amó y conoció de su familia; para realizar esto, tuvo que vender los cuatro muebles que tenía en casa, y reuniendo una cantidad módica, á la que asoció el caudal recogido por la última pensión que alcanzó, dió cristiana sepultura á los dos seres queridos de su familia. Durante mucho tiempo visitó las dos sepulturas. ¡¡Eran la Madre, y el obrero Faustino!!

Una mañana encontró al amigo Rodríez, que fué condiscípulo en el bachille-

Digitized by Google

rato; y como le animara éste, á continuar sus estudios, aceptó la idea. El preparatorio de facultad fué un vía-crucis que nunca olvidaría; las notas que como premio á sus fatigas, pudo obtener, fueron altamente satisfactorias: luego hizo oposiciones á una plaza de interno, y como la ganara, su carácter fué más expansivo y alegre. Reuníanse los compañeros; hablaban de política y discutían cuantos discursos se pronunciaban en el Ateneo de Madrid; en aquellos salones instalados en la calle de la Montera, donde tantas veces escucharon, las elocuentes frases de Moreno Nieto, Cánovas, Castelar y otros muchos florones de la juventud que empezaba á brillar en la política, en el foro y en las letras españolas.

Devoró los clásicos; después, engolfóse en todo el baturrillo ideológico de Sanz del Río y de Spencer; estudió á los modernos positivistas que sacaban á colación las ideas del sabio Lamarck, como son los Darwin y Haeckel; y por último, realizado el sueño último de sus ilusiones, al poseer el diploma de profesor médico, le atrajeron y subyugaron las ideas del sabio Orfila y Mata, que no le dejaron un momento de reposo intelectual.

Vivamente impresionó á la Hermana aquella historia que le relató el mismo Car-

Digitized by Google

los, con toda la ingenuidad de su nobleza; ignorando que al contársela á la religiosa, hacía más honda la herida de un corazón apasionado.

—Si supiera Tomassi el daño que me hace, quizá guardara silencio; ¡despreciaría á esta pobre criatura, y no le haría pasar un tormento tan grande como el de Tántalo!—decía Sor Magdalena tan luego el doctor abandonaba á la enferma, y se despedía hasta el día siguiente.

Pero el profesor de la Universidad de Z... ignoraba todo esto; no podía figurarse lo que representaba aquella mujer que sintió el ataque el día de su llegada al Hospital; ¡¡las circunstancias en que se hallaba su naturaleza, entonces en el período menstrual!!

La impresión alegre y satisfactoria que le causó Tomassi, únicamente ella misma lo sabía, que devoraba en silencio su pasión, y se mortificaba por el cariño que le profesó, y que aún minaba su alma. No bastaba la lectura de los libros piadosos de todos los escritores místicos, que le aconsejaban los confesores espirituales; ella, los sabía todos de memoria: comprendía que era una obligación el cumplir cuantos preceptos mandaban, tanto Santa Teresa como San Francisco de Sales; y por

Digitized by Google

si no fuera bastante aquella jaqueca que le atontaba, los martillazos de dolor que tanto el malestar como la excitación nerviosa le causaban: en una palabra, aquel todo producido por su temperamento nervioso-sanguíneo, en vías de una transformación patológica.

Habíase marchado Carlos á su casa, y ella, aun reflexionaba sobre la sentencia de Fenelón, que no pudo leer en ninguno de los místicos que le aconsejaban; y aquello... era tan natural y tan lógico, como que lo escribía un hombre, un sabio.—«Yo, sin ser Fenelón ni nadie que pertenece al infierno de las letras, lo veo razonable. También aprecio en mucho la educación de los conventos buenos, pero es mucho más preferible la de una buena madre, cuando puede dedicarse á ello, con toda libertad. »

Así discurría la religiosa. Por la noche asaltábanle mil ideas, acompañadas de pensamientos criminales, que la disgustaban y enloquecían; revolvíase en su lecho, con la faz desencajada, los ojos inyectados en sangre; excitábase contra el párroco de su lugar. Las amistades y tratos que durante el día tenía con Carlos, le eran insoportables, llenándola de cólera: en su delirio, perdía todo sentimiento moral pronunciando frases de calumnia, de desagrado cc

Digitized by Google

tra la religión. Daba verdadera pena observar á Sor Magdalena en aquel estado que presentaba cuatro ó cinco días todos los meses, y en la misma fecha.

Generalmente, veíase en la necesidad de guardar cama, cuando esto ocurría.

La Superiora y las demás compañeras sufrían mucho cuando llegaban aquellos días.

Una noche despertóse sobresaltada, nerviosa. Hacía una semana que el doctor no iba á la clínica, y las conferencias se interrumpieron. Sor Magdalena estaba libre de la crisis que la atormentaba todos los meses. Entonces era risueña, dicharachera; volvíase expansiva y habladora, cariñosa con las compañeras de Hospital, tratando á los enfermos con esmerado cuidado. No parecía la enferma de antes. Las frases proferidas en contra de la religión no existían; guardaba poca memoria de aquellos ataques que continuaron desde que vió por primera vez á Carlos: los sentimientos antes perdidos, se recobraban. Existía en su organismo una diferencia grande; la que hay del estado fisiológico al patológico. Con todo, aquella noche levantóse excitada, atravesó los anchos corredores del establecimiento, pasó por el cuarde guardia de los practicantes, bajó la

Digitized by Google

escalera ancha de piedra, y salió á la calle.

Encaminóse á la plaza del Gran Capitán, la más céntrica de la histórica ciudad, y al llegar al núm. 6, cuarto principal, llamó dando un fuerte campanillazo.

Una mujer anciana preguntó. La religiosa dijo que deseaba hablar con urgencia á D. Carlos Tomassi; había en el Hospital un enfermo de gravedad, y el médico de guardia no estaba, por haber salido un momento.

La criada de Tomassi reconoció á la hermana Sor Magdalena; la vió varias veces en la Caridad, y le era sumamente simpática.

—Ha salido fuera—le dijo; y á continuación.—Es probable venga mañana ó pasado. Anda el señorito muy ocupado estos días...

Sentía verdaderamente el percance. Hubiera querido encontrarle, y en su misma biblioteca, allí donde tantos librotes tenía; delante de los cuadros anatómicos que adornaban aquella estancia, sin más testigos de vista que un esqueleto y dos ó tres cabezas humanas modeladas en cera, y guardadas en una campana de cristal: allí se lo hubiera dicho todo, sin dejar nada para su martirio. Era preferible la muerte á vivir tan disgustada del mundo.

Digitized by Google

La anciana criada invitó á la religiosa á que entrara; sor Magdalena no quiso de ninguna manera, pues era bastante tarde y la noche estaba lluviosa.

Media hora después penetraba en la sala de San Joaquín, llamando la curiosidad de la hermana de guardia, que se despertó haciendo un movimiento de miedo y de sorpresa. ¡Sin duda creyó que Sor Magdalena dormiría en su cuarto!.....

.....

La veterana sirvienta del doctor Tomassi dijo la verdad á la religiosa. Era un hecho, que el profesor de Medicina legal de aquella Universidad estaba ocupadísimo hacía unos días, y no se encontraba en la capital.

Dos días después de tener la entrevista con la Hermana, cuando concluyó la conferencia con los alumnos, se dirigió á su domicilio. Buen rato estaban esperando D. Jeremías Cubilete, D. Policarpo Jaramilla y D. Mateo Calloso.

Solamente conoció al amigo Cubilete, que al ver á Carlos le abrazó, y volvió á recordarle aquella deuda del codillo que nunca olvidaría.

—Pero ¿quien había de creer que andarían ustedes por aquí?

—¡Ah, Sr. D. Carlos!—añadió el bachi-

Digitized by Google

ller Cantorrodado.—Por aquel poblucho han ocurrido grandes y desgraciados acontecimientos: no voy á tratar de mis estudios prehistóricos ni anticuarios, que tantas veces he discutido con usted: se trata de un asunto grave, gravísimo, que tendrá noticias por los periódicos de Madrid...

—Ignoro lo que pueda ser, amigo Don Policarpo—añadió el profesor al reconocerle;—hace mucho tiempo no leo nada que huela á política; ahora sí le puedo decir, como en otro tiempo, que soy un ignorantón.

—Creo, señores, que debemos ir al grano, pues nuestra idea es el poder salir esta noche caminito de Berruguillo, y de allí al pueblo de Alcuzaya, en donde seremos todos recibidos con entusiasmo—exclamó el hermano del tío Blas.

—Dejaremos discusiones—replicó el Juez municipal—relacionadas con la autenticidad histórica de la pila bautismal y reliquias de la parroquia: y si vamos al grano como debemos, voy á decirle á Don Carlos, que se venga con nosotros al lugar, pues nos hace mucha falta.

Carlos quedóse como quien ve visiones; aquellos hombres, sin duda estarían locos; ¿cómo se atrevían á rogarle fuera al pueblo, siendo así que entre todos se compaginaron

Digitized by Google

y le despacharon de aquella noble aldea? ¡No hay duda, son locos rematados! Pero ellos, no tendrían noticias del cargo que ocupaba en Z... y por lo mismo, estaban diciendo tal serie de disparates.

¿Cómo tenía que ir él? ¿A qué y para qué negocio?

—Como no se expliquen ustedes, creo no vamos á podernos entender—exclamó Carlos.

Entonces D. Jeremías Cubilete tomó la palabra y le contó todo cuanto ocurrió en Alcuzaya en aquella memorable y triste noche de romería en Aldeamocha: la salida de Primavera por la mañana... después la compañía de aquellas mujerzuelas que él conocía por sus antecedentes poco satisfactorios... el minucioso detalle de la autopsia que pudo presenciar el amigo Jaramilla, además del certificado facultativo de los tres pelagatos de la medicina. Todo lo explicó, sin perder ni omitir detalle alguno.

—Es verdaderamente misterioso—añadió el profesor de la Universidad—y digno de que se tome en cuenta, si se quiere ampliar y ver claro el proceso.

—Por lo mismo hemos realizado el viaje, y deseamos venga usted con nosotros.

Digitized by Google

—Gracias á fray Carmelo y á D. Mateo Calloso, tío del desgraciado Pedro, ha podido enterarse el Sr. Blas de que usted se encontraba aquí de catedrático; deseamos, como he dicho antes, se entere de los documentos que el juez de Berruguillo nos hace portadores, y además atienda á los ruegos del padre de la víctima, aceptando el cargo de médico-legista en este proceso.

—Acepto con gusto—dijo Carlos Tomassi—y me alegraré doblemente, porque al hacer un bien á la humanidad, no hago más que cumplir un deber de mi cargo. Soy profesor de Medicina legal, y de no ser yo el nombrado, tendría que asistir como individuo pericial que soy de esta Audiencia de lo Criminal.

Todos se alegraron de aquella resolución del doctor; después cenaron en su compañía, y al día siguiente salieron en el correo á las seis de la mañana.

Largo rato hablaron en el camino de todos los sucesos del país. Carlos preguntó á D. Policarpo por la hija de D. Fortunato, el cual le dijo todo cuanto sufrió aquella criatura desde que salió de Alcuzaya, un pretendiente que tenía. Lo cierto es, que la chica no ha tenido un día bueno: el boticario la mandó á la capital porque la

Digitized by Google

veía desmerecer por momentos. Sin duda las ideas que le metió en su cabeza el padre cura, la indujeron á entrar en una comunidad religiosa.

—Esos frailes son el mismo diablo. ¡Cuánto daño hacen á la juventud ignorante!—exclamó Cantorrodado.

De repente la monstruosa locomotora dió un bufido; seguidamente un pitazo ronco, cual si fuera un enfermo constipado; y con pausada majestuosidad, haciendo retemblar levemente el piso de la estación, chocaron bruscamente unos coches con otros, y pararon su movimiento de avance.

—*¡Berruguillooo...* dos minutos!...

Digitized by Google

Digitized by Google

XXII

REGRESÓ el doctor Tomassi de aquella expedición científica algunos días más tarde que los señalados por el Decano en la licencia que le facilitó. Las clínicas estaban atendidas por los supernumerarios; y uno de éstos, el doctor Castro Hueso, joven inteligente, de voz atiplada, seco y delgado como una cigüeña, bigote ralo y entrecano por herencia, fué el que le sustituyó mientras estuvo ausente. Era enemigo declarado de todos los olores monásticos, razón por la cual, nunca tuvo grandes influencias entre las Hermanas religiosas, y rara vez eran atendidas sus indicaciones facultativas. Frecuentemente, al observar algún enfermo en

Digitized by Google

las salas, mandaba desalojar terminantemente, á todas cuantas beatas revoloteaban cuchicheando por las cabeceras de las camas, ó bien á los alrededores de la estufa central. A pesar de sus pocas deferencias con las benditas, era bueno en el fondo, astuto en su cargo, y siempre dispuesto á favorecer á los pobres enfermos, señalando dobles raciones al convaleciente.

Nunca pudo saberse el motivo de esta antipatía.

Un día, como Sor Magdalena le preguntara por Carlos, armó tal algarabía nuestro buen Castro, fueron tantos los improperios y ofensas inferidas á la citada Hermana, que sin escucharle se alejó á buen paso á la sala de la Superiora; entonces era de ver al auxiliar exclamando enfadado, reventando como una bomba de dinamita, llamando holgazanas y candongas á las religiosas, porque no cumplían como buenas.

Desde aquella fecha, Sor Magdalena le tomó tal miedo, que evitaba el verle *(cuánto más el saludarle)*, á su llegada á las salas de visita.

Este Nerón médico para la comunidad del Hospital-Caridad, era una malva en cuanto se le hablara de miserias humanas, de desgracias familiares. Tenía el cora: tierno como un niño; no podía presen-

Digitized by Google

lástimas, y hasta cuando alguna pequeña dolencia le aquejaba, faltábale tiempo para llamar al confesor á fin de dejar arreglada su alma. Estando bueno, gozando de salud, consideraba á Dios como un títere sin corazón, cruel para con el pobre desvalido, pues lo mismo le hubiera costado dejar bien acomodados á todos los seres del universo.

Nunca leyó un libro contrario á la Religión; todo ésto le importaba un bledo; al cabo y al fin, *ellos*, los curas aristócratas ó los de aldea, cumplían con un deber; á la manera que el abogado ó el médico cumplían el suyo: el primero engañando con sus litigios á la humanidad, pero sacando el usufructo de sus consejos; y el segundo visitando á los enfermos, desconociendo en la mayoría de los casos la dolencia que padecía el cliente confiado en su ciencia. ¿Por qué motivo el sacerdote no tenía que sacar utilidad de su profesión? ¿Cómo no valerse de la ignorancia de sus feligreses?

Todo esto lo repetía una y mil veces en el casino, cuando el público que le escuchaba era numeroso, marcando con su atiplada voz los tonos más culminantes de sus peroraciones. Pero el colmo de la rareza en aquel carácter, notábase en las discusiones políticas. Lo mismo leía un periódico socialista que un carlista; la democracia y

Digitized by Google

la monarquía eran pura pamema; todos los políticos unos farsantes embaucadores y embusteros... España, un país miserable, cobarde, por mucho que nos vociferen sacando á colación nuestras gloriosas epopeyas. Avergonzábase ser español, y esperaba llegaría un día en que los ingleses harían añicos nuestro territorio, apoderándose de todo, con sus manos lavadas.—Entonces decía:—«Vendrá el adelantamiento en esta miserable tierra; seremos una colonia inglesa, y se pagará el talento de los hombres, desapareciendo toda influencia humana. No ocurrirá como hoy, en que todo cambio de política aporta consigo mayoría en las Cámaras. Tendremos verdadera idea política.»

Los únicos seres detestables y aborrecibles eran las monjas, y las calificaba de gente holgazana y viciosa sin poderlo remediar.—¡Mejor estarían en sus casas trabajando como Dios manda, ora cumpliendo con los deberes de una buena esposa, ora ayudando á los padres en sus quehaceres domésticos! ¡Cuántas familias son desgraciadas por las brujerías de estas malas pécoras!

Este era el doctor D. Felipe Castro Hueso, uno de los auxiliares del Claustro universitario de la Facultad de Medicina

Digitized by Google

de Z... y el encargado de cubrir las faltas del doctor Carlos Tomassi.

Aquel día, el supernumerario encontrábase pasando la visita á la sala de San Joaquín.

La Hermana Sor Magdalena, acurrucada en uno de los rincones, escuchaba á D. Felipe todo cuanto vociferaba con su voz falsete y gutural, á los diversos enfermos que reconocía:

—Al número 2... carne asada y vino Jerez.

—Dieta rigurosa y revulsivos... al 7.

—¡Bien podía esta holgazana haber tomado las de Villadiego—dijo señalando al practicante, una cama que guardaba debajo de las mantas un cuerpo de mujer, mofletuda de cara, y ojos alegres vivarachos.

El practicante y enfermero iban á su lado. Concluída la visita, salía al corredor en busca de alguno de los alumnos para enseñarle lo más importante que podía ocurrir en la sala. El practicante guardaba nota de las fórmulas, y se retiraba á la oficina desempeñada por una de las Hermanas. Luego, quedábase todo tranquilo. Dejábase percibir el leve ruido de todas aquellas camas, cuando se anuncia la llegada del profesor, y únicamente el respirar fatigoso de algunos enfermos, era lo

Digitized by Google

que se notaba, después de un cuarto de hora...

Al salir el doctor Castro, encontró á la Hermana Sor Magdalena, pálida como una muerta en aquella sala: tan pronto como la vió, le dijo:

—En vez de estar en la cama aquella tragapanes del núm. 10, mejor cumpliría usted con Dios ocupando su sitio.

—Yo no tengo nada, doctor,—añadió la religiosa.

—Usted está enferma: no necesito que nadie me lo diga. ¡Y ahora que recuerdo!,—el doctor Carlos llegó ayer; probablemente continuará esta noche las conferencias...

—Gracias, D. Felipe—repuso la Hermana.—No tengo interés ninguno.

Carlos fué al Hospital, figurándose que el supernumerario no iría por la mañana á cumplir el servicio; máxime, teniendo noticia de su llegada por medio de aviso: al verle el conserje bajar del carruaje, acercóse al profesor y le manifestó hacía media hora entró en el establecimiento el doctor Castro. Pero no atendió la indicación. Tenía verdadero deseo de admirar de cerca á la religiosa Sor Magdalena. Habíanle contado en Alcuzaya, el mismo día que se hizo la exhumación del cadáver de Primavera, una historia de la niña Alicia: d

Digitized by Google

pués, la escuchó por su mismo padre Don Fortunato, y por el viejete fraile; sabía únicamente la noticia á medias, pero él tenía un presentimiento que bien podía ser cierto. La Hermana Sor Magdalena, aquella hermosa beata que la criada suya le había dicho estuvo á buscarle en su misma casa algunos días después de salir para Berruguillo, podía ser la hija de Doña Margarita; la ilusión constante de su vida. Ardía en deseos de hablarla, de recordar aquella fisonomía triste de religiosa que tantas conferencias había tenido desde su enfermedad; deleitarse en la mirada de sus ojos, la dulzura de su boca adornada por unos labios pálidos y húmedos, como pidiendo besos de amor.—¡No quisiera engañarme!—decía, mientras subía la elegante escalera del Hospital.—Hablaré á la Superiora en calidad de visita, y quizá pueda preguntar por la enferma, ó la casualidad haga que la pueda ver. ¡Por algo sentía en mi vida una especie de malestar que me atraía hacia esa mujer! Ella era la única que borró de mi ser todo aquel cariño que profesé á mi Alicia; ¡aquella criatura tan querida para mí! .....

Al pasar por uno de los corredores que se dirigían á la gran plazoleta acristalada, vió á uno de los practicantes, el cual

Digitized by Google

le anunció que el auxiliar estaba pasando visita á la sala de San Joaquín. Sintió una especie de escalofrío por todo su cuerpo, meditó un momento, y luego varió de idea.

Era mucho mejor verla aquella misma noche. Buscar una ocasión propicia, afortunada; encontrarla sola, y contarle todo cuanto en Alcuzaya ocurría: entonces podría observar en su ánimo todo el interés producido por la explicación. Volvería á recordar la conferencia que tuvo en otra ocasión cuando él le detalló toda la historia de sus desgracias; del primer amor sentido á una aldeana de aquella tierra donde tan mal se portaron con él. De todo cuanto pudiera impresionarla vivamente, hasta que confesara su misma historia...

Bajó precipitadamente la escalera, avisó al conserje anunciara á los alumnos la continuación de las conferencias, y una vez en la calle, dijo al cochero:

—Al Ateneo: Paseo del Príncipe.

El carruaje, en vez de correr, volaba; atendía perfectamente el brioso corcel á los tremendos golpes de tralla que le prodigaba su guía. Saltaban chispas por el empedrado como si llevara el vehículo pegado á las ruedas y los ejes, un depósito de materias productivas de luz eléctrica.

Digitized by Google

No tardó en llegar al sitio indicado.

¡Allí reflexionaría todo lo que tenía que decirle! Aquella mujer era una desgracia que se le aparecía en mitad de su gloriosa carrera. Quería complacerse recordando de nuevo todos los recuerdos; las piernas le temblaban, y hasta se creyó pálido y más delgado que otras veces. Sufría mucho.

Sor Magdalena no lo pasaba mejor en aquel momento.

La noticia que le facilitó el auxiliar, era como un golpe terrible en su naturaleza débil y decaída por la enfermedad que sufría en silencio. Venía Carlos por la noche; en su gabinete, delante del crucifijo que guardaba la mesa, experimentaba dolores intensos por todo su cuerpo. No era el miedo lo que le apocaba, ni la debilidad lo que trastornaba su espíritu; era la idea de faltar á su religiosa misión, á dejar de cumplir la vocación jurada y prometida. A medida que se acercaba la hora, sentía un desfallecimiento interior que la inducía á buscar amparo en las lecturas piadosas. Creyóse insuficiente para el caso; quiso hablar á la Superiora, pero las piernas le flaquearon. Recordó la carta del padre cura de su aldea, aquel corazón de viejo bondadoso. ¡Le daba buenos conse-

Digitized by Google

jos, creyendo sin duda que ella sería fuerte! ¡Bien se conoce que no amó el pobre fray Carmelo! El consejero hablaba bien; pero no podía salir todo, á medida de su deseo: no tenía fuerza de voluntad para poder arrostrar la pena terrible que la martirizaba. Guardaba su carta; pero, para nada servía.

Quiso rezar y se dirigió á la capilla; arrodillóse delante de una imagen con verdadera fe, con estremada religiosidad. Era la Virgen del Perpetuo Socorro la que tenía á su vista. Aquella imagen le recordó las misiones de su pueblo, los cantos dulces y fervorosos de todas las almas; pensó como si fuera una exhalación, en el padre Blanco, un arriesgado y católico jesuíta de enérgica voz y de temperamento brusco. El recuerdo de Carlos no desaparecía, cada vez era más terco, más constante, no le dejaba un momento de reposo. Así pasó largo rato. De repente despertó de su letargo, irritada contra sí misma. El sonoro y vibrante reloj de la torre del Hospital había dejado oir las ocho. Era la hora en que Carlos llegaría. La vacilación y la duda volvió á reinar en su cerebro. ¿Qué hacer? ¿Saldría de la capilla á esa hora para ser vista de todo aquel inmenso oleaje hombres, que se agolpaban al salón de

Digitized by Google

ferencias?... Permanecería allí más tiempo; dejaría que la gran avalancha de público, ansiosa de escuchar al profesor ausente, tomara asiento en el local, ocupara los largos y elegantes divanes; y después, cuando Carlos terminara aquella hora de explicación, ella saldría al mismo tiempo. Entonces en la crítica hora, podían verse, y hasta cambiar sus impresiones.

Desde el silencioso retiro de la capilla escuchábase perfectamente la voz del doctor Tomassi; parecía ahuecada, retumbaba en la ancha nave del pequeño templo, y hasta parecía, más armoniosa que otras veces. Nunca pudo haber oído al profesor en su cátedra, y esta vez se imaginaba á Carlos más elocuente que otras veces en la visita, recorriendo la sala de San Joaquín. Difícilmente podía entender lo que decía. Después de una lluvia de estrepitosos aplausos de entusiasmo, terminó el exordio. El público, había guardado silencio: Sor Magdalena puso atención y escuchó:

—« El estudio de un hombre físico, según Cabanis, es tan interesante al médico como al mentalista; es casi igualmente necesario á los dos. Esta verdad resalta, sobre todo, para el estudio de la parte débil [illegible] género humano, para el estudio de la [illegible]jer, que según la expresión de Hipócra-

Digitized by Google

tes, es un foco de enfermedades y de dolores. »

—¡Cuánta razón tiene Carlos! —decía Sor Magdalena que absorbía con ansia aquellas frases pronunciadas por el orador. Tomassi seguía su discurso.

—«A través de miles de tormentos del cuerpo y del espíritu es como la niña llega á la pubertad; después, casada, apenas entrevé la dulce esperanza de ser madre, vese este placer turbado por las incomodidades del embarazo, reemplazado bien pronto por los dolores del parto, del puerperio y de las fatigas de la lactancia.» (El público aplaudía movido de entusiasmo.)

Sor Magdalena, escuchando al profesor, sentía impulsos de llorar. Aquellas frases que desde la soledad de la capilla se oían, eran otros tantos recuerdos de su juventud que renacían y germinaban de nuevo. Eran las espinas de la corona de su martirio, pero crueles y punzantes, que le llegaban hasta el alma. ¡Ella también podía haber conocido, tocado de cerca los efectos de la maternidad! ¡Cómo abrazaría á los hijos que el ingrato Carlos le hubiera proporcionado!...

—«La mujer es una enferma (decía el conferenciante). Pero lo es, sobre todo, ciertas épocas que, doce ó trece veces

Digitized by Google

año, le recuerdan dolorosamente su sexo y el papel que tiene que desempeñar.»

La religiosa dió un grito de terrible angustia; su cara tenía todo el aspecto de una muerta... Faltáronle las fuerzas, y no pudiendo guardar el equilibrio, cayó desplomada sobre el pavimento, presa de un violento síncope. La mortecina luz que alumbraba la capilla, daba un aspecto triste al cuerpo de la Hermana. La Virgen del Perpetuo Socorro, era el único testigo de aquel doloroso cuadro.

El profesor de Medicina legal continuaba con voz más potente:

«Se ha estudiado la influencia del embarazo, del parto y de la lactancia sobre la moral de la mujer, y es un hecho positivo, admitido hoy día por la ciencia, que estos diferentes estados fisiológicos pueden sustraer momentáneamente á la mujer, al imperio de su voluntad.»

«Señores: ¿Existirá una relación entre la función menstrual y las funciones *psíquicas*?... Durante mucho tiempo se ha estudiado el asunto...» (En este momento no se podía percibir la voz del profesor. La anterior pregunta fué tal el delirio que produjo en el auditorio, que aplaudió deses-

adamente. En todo el salón se comen-

ı aquel atrevido concepto del doctor

Digitized by Google

Tomassi; y en la explosión del entusiasmo público, como movidos los oyentes por resorte, hacían retemblar el piso del edificio.)

. . . . . .

Al extraordinario ruido producido en el local de conferencias, despertó la religiosa de su letargo; pero debilitada, sin fuerzas para sostener su desfallecido cuerpo; trató de levantarse, pero el vértigo obscurecía las imágenes y emborronaba las paredes; por fin, arrastrándose por el suelo y haciendo esfuerzos sobrehumanos, pudo conseguirlo agarrándose á la verja de uno de los altares.

. . . . . .

« La estadística nos demuestra que la gradación y frecuencia del crimen, siguen exactamente á las de la locura: el mes que hay más criminales, es también aquel en que se presenta mayor número de casos de enajenación mental. La coincidencia de estos hechos. . . . . .

. . . . . »

«Apenas ha un siglo que aquel francés de la revolución citado por mí al empezar la conferencia, hizo pedazos la antigua escuela, y con sus inmortales trabajos sobre la *Importancia recíproca de lo físico y lo moral*, sentaba las verdaderas bases de *Antropología criminal;* y desde entor.

Digitized by Google

esta ciencia se propagó por todo el mundo, hallando defensores entre los más ilustres jurisconsultos y médicos filósofos. Sin embargo, no todas las naciones se pusieron por igual al servicio de esta idea eminentemente filantrópica; entre las razas latinas, generalmente más sensibles, más entusiastas y más apasionadas por el bien, en Francia y en Italia sobre todo, es donde encontró sus más ardientes partidarios. »

»¡Esta idea completamente nueva, desconocida en los pasados siglos, que no veían en todas partes más que á Dios y al diablo, llamada á operar toda una revolución en el mundo moral, y que sin destruir el libre albedrío, transformará la penalidad futura y pesará en muchas circunstancias en la decisión de los jueces del porvenir.» He dicho.

Terminó el orador, y el público, en su mayor parte de periodistas, médicos y alumnos de la facultad, le felicitaron por la grandiosidad de sus ideas modernas.

Sor Magdalena notaba el murmullo que la gente ocasionaba á la salida del salón de conferencias. Media hora después, Carlos quiso dar una mirada por las salas. Tenía cuatro enfermos de gravedad. La gente había abandonado el establecimiento. Vol-

Digitized by Google

vía á permanecer en silencio aquella mansión de la caridad.

Al pasar el Dr. Tomassi por delante de la capilla, vió salir un bulto negro que se arrojó de improviso en sus brazos, y con voz débil, pero arrancada del alma, pronunció:

—¡¡Carlos! ¡Cuán desgraciada soy!!...

Tomassi estrechó fuertemente á Sor Magdalena y la besó en la frente...

Digitized by Google

XXIII

Un frío seco y penetrante dejábase sentir aquel día.

Las calles de árboles que adornaban los jardines y paseos, antes cubiertos por las hojas de variados tonos verdosos, habíanse transformado en verdaderas hileras de esqueletos, dando un aspecto triste á la capital, y más aún al elegante Paseo del Príncipe. Las ramas centrales, así como sus ramificaciones bifurcándose en el espacio, estaban cubiertas de una blancura nacarada, presentando el sol, al herir con sus rayos los puntos diáfanos y cristalinos, un aspecto singular, brillante y diamantino.

Media hora más tarde, la nieve cubría

Digitized by Google

las calles de Z... Los coches, cual si fueran exhalaciones, pasaban á toda velocidad, llevando en su interior bien alguna cara flacucha, estenuada por la vigilia de toda una noche sobre el verde tapete del *club;* ora la faz rechoncha de un comerciante de estirado bigote, que transportaban á la estación portuguesa; ya el pequeñuelo y tembloroso cuerpo de algún niño, en busca de las tareas escolares del colegio-pensión *Luis Vives*.

El mes de Febrero, con sus continuas heladas que pulimentaban el piso, transcurría de una manera pasmosa. La temporada artística daba su último estertor, cumpliendo las promesas anunciadas.

El más elegante de los teatros, el de la Ópera, había sido un fracaso: no llegó la hora de que sus abonados pudieran aplaudir el *Guillermo Tell*, cantado por Tamagno; tampoco el *Roberto il diavolo*, por Stagno. Aquello había sido una solemne porquería; una informalidad llevada al último límite. En cuanto al teatro Arjona, de esta insigne capital, construído con arreglo á los últimos planos que se presentaron en el concurso, era un retrato en miniatura, un bosquejo del que tiene Madrid en la calle del Príncipe. En éste, es donde se reunía toda la goma de Z..., que tenía orgullo en hac

Digitized by Google

ver al mundo entero, que las tijeras de la capital sacaban la última moda en el corte de señoras; pero sobre todo en las prendas de caballero.

Nadie más que los de Z... fueron los importadores en la corte de aquella tan vulgarizada y elegante, de llevar los guantes desabrochados dejando un dedo al aire libre, así como el gastar bastón y capa en medio de riguroso invierno.

En el *Círculo de la Industria*, en el *Ateneo de las Artes*, en la *Sociedad de Minas*, así como en las diversas tertulias de los cafés más céntricos, los situados en el corazón de la trabajadora capital, no se comentaba otra cosa que la muerte de Sor Magdalena, una hermosa religiosa que prestaba sus servicios en el Hospital-Caridad, del filantrópico Marqués de Astro-Hermoso.

Lo raro de todos estos comentarios, era uno que circulaba, el nombre de un doctor inteligente; un joven de gran porvenir, profesor de la Facultad de Medicina, del cual estaba la citada Hermana enamorada, cual Julieta lo estuvo de Romeo.

Donde la discusión tomaba más vivos colores era en el *Círculo de la Industria*. Un edificio antiguo cual si fuera una casa solariega, con su gran escudo, dos escale-

Digitized by Google

ras en dirección contraria y en la entrada (que era espaciosa), un grupo bronceado, representando dos vestales animando el fuego de una gran ánfora del mismo metal, de la cual salían dos rayos extravagantes: el de la derecha tomaba la forma de un buque, y el de la izquierda una rueda dentada abrazada á un yunque. Ninguno de los socios, pudo darse cuenta de la trascendencia simbólica de aquellos monigotes.

Fué aquello rareza de unos viejos verdes, banqueros acaudalados que pagaron el gasto de aquel engendro artístico, mitad bíblico, la otra mitad industrial.

En el salón recreo donde se fumaba, encontrábase el administrador del Hospital Astro-Hermoso; un setentón macizo, de ojos hundidos llenos de picardía; un tipo vulgarote, cuya indumentaria tan rara, le hacía repugnante, á más de que su larga perilla blanca como la nieve rozaba el cuello de la camisa, causándole una mancha terrosa el grasiento mugre de sus cerdas. A su lado, sentado en una butaca, un coronel retirado del arma de caballería, azuzaba al de la perilla, por gusto de soltar grandes risotadas y celebrar las gracias de aquella sardina adornada con levita á la inglesa. A unos cuatro pasos, un empleado de la administración pública (jefe de ne-

Digitized by Google

gociado), que se vanagloriaba de saberlo todo mejor que nadie, y hasta ser el más enterado de las vidas y milagros de todos los curas y monjas de Europa. Por lo mismo, mantenía de su peculio, cuatro revistas de instituciones religiosas, y tan pronto salía á volar en los periódicos políticos alguna nueva idea, como fugas, asesinatos, y envenenamientos en la mismísima China, escribía al Superior ó Superiora de la aludida, para que le diera detalles respecto la veracidad del hecho. Quería saberlo todo de buena tinta.

—Señores—decía el administrador,—son ustedes muy maliciosos; pero la culpa la tiene el público que acepta los mil embustes de esos majaderos periodistas. Muchas veces hablan sin saber jota, y antes que nada, hay necesidad de aclarar los hechos.

—Bien sabidos y aclarados están, amigo—repuso el retirado militar.—D. Facundo, el jefe de primera, le dará detalles, y hasta le convencerá á usted que los periódicos han dicho verdad. Por mi parte respondo de cuanto dice el mío.

D. Facundo callaba; no le gustaban las discusiones, y hasta le parecía que en último resultado, transigiría el ignorante, con el que sabía la noticia de buena tinta.

Digitized by Google

Cuando había absorbido todas las opiniones, hacía un resumen de lo dicho; presentaba el original de su periódico (que lo llevaba encima y no se apartaba de él) y con frases persuasivas convencía á los incrédulos en estas materias. Hombres sabios de esta catadura hacían falta en reuniones aristocráticas como la que dejamos apuntada.

—Apruebo cuanto acaba de decir mi amigo el coronel. El señor administrador conoce la verdad de lo ocurrido, y no me dejará embustero si afirmo lo siguiente... (Y sacando D. Facundo Colmenares un pitillo de á treinta y cinco, lo deslió con gran prosopopeya, volvió á liarle, aplicó una cerilla, y repartió á sus amigos una bocanada de humo). Aquí, en la capital, nadie sabe... Yo soy el único que he adquirido la noticia de buena fuente. Don Carlos Tomassi, el catedrático de Medicina legal de esta Universidad, tenía relaciones con la monja Sor Mag...

—¡Falso! ¡Absolutamente falso!—interrumpió el administrador.—Usted se mete en la vida íntima de dos personas que desconoce por completo.

—Cuando hablo de este modo es porque tengo datos para afirmarlo. ¿Quie usted decirme, por qué motivo Sor Magd

Digitized by Google

lena estuvo una noche en casa del doctor, siendo así que él se encontraba en Berruguillo? Pues cosa natural; porque iría á llevar á la criada alguna epistolita para su cariñoso galán.

—Bien podía ser, amigo mio, que fuera por algún asunto del servicio—dijo el coronel.

—Eso no, señor coronel, porque el profesor no atiende al servicio de guardias; para eso están los médicos agregados que cobran su sueldo—añadió el administrador del Hospital.—Es que D. Facundo habla por referencias y cuentos que han circulado por las calles, y que yo no doy fe.

—¡No, señor mío! Hablo porque estos ojos lo han visto.—Y con sus dedos, señaló los que poseía, que eran saltones y desmesuradamente grandes. — Sí, señor, repito que «*Ego vide.*»

—Pero aunque usted lo haya visto, nada puede afirmar; ignora por completo la razón y el motivo de aquel viaje de la hermana.

—Pero da mucho que sospechar; siempre piensa uno en lo malo—repuso el coronel, que ya le cansaba la discusión.

—Dejemos esta cuestión que sea amorosa ó que no; el resultado es que la brecilla lo ha pagado con su pellejo—o el administrador.

Digitized by Google

—Bien mirada la cosa, no estaría demás que la familia de la religiosa, llevase el asunto á los tribunales. Creo que algo se verá claro en cuanto intervengan los demás profesores del Claustro de Medicina... Figúrense, señores míos...

Mientras D. Facundo estaba en el uso de la palabra, y todos los amigos le escuchaban en aquel discurso que empezaba á tomar carácter de conferencia académica, entró en el salón D. Felipe Castro Hueso, antiguo interno de la facultad y auxiliar de las clínicas del Hospital. Iba en busca del campanudo y estirado administrador; por D. Ildefonso Boceras del Moral, licenciado en filosofía y letras, persona influyente en la política de Z... De este señor se contaban varias anécdotas muy chuscas, capaces de desternillar de risa al mismo Czar de Rusia, á pesar de su seriedad. Entre las notas que guardo en la cartera facilitadas por Jaramilla, existe una que es suficiente para conocer á este solterón administrador.

Siendo estudiante en la Universidad de Valladolid, trastornó su cerebro una chicuela que trabajaba en el circo: D. Ildefonso le manifestó aquel incendiario volcán que guardaba, y la artista lo creyó tan de veras, hasta que accediendo á las

Digitized by Google

mil súplicas del adorador, burlaron la vigilancia del empresario y desaparecieron los dos. Por mucho que la policía trató de indagar su paradero, no llegó á poderlo averiguar. A los dos años se encontraba la pareja enamorada, trabajando en un circo de Nápoles. El estudiante Boceras estaba transformado en el prestidigitador *Signor Bocciorini;* y la joven bailarina andaluza en una hermosa gimnasta norteamericana que respondía por otro nombre raro. Un día desnucóse su compañera al efectuar un ejercicio difícil el día de su beneficio; y como el empresario contratara á los dos, creyéndoles unidos en legítimo matrimonio, creyó natural preguntarle al *Bocciorini* algún dato de su consorte; pero éste, con toda la serenidad de prestidigitador trasnochado le contestó.—Aquí no guardo los documentos; entrégueme lo que me adeuda por los trabajos realizados por mi compañera, y haré un viaje á España exprofeso á sacar la fe de bautismo. Pasados algunos días *Bocciorini* desapareció de Nápoles, llegó á la frontera, se afeitó las patillas y empezó á dejarse perilla. Trajo diez y ocho mil realetes agenciados en aquella campaña artística, y por muchos esfuerzos la policía realizó de nuevo, no dió con *Signor Bocciorini*, reducido de pronto

Digitized by Google

al estudiante Boceras del Moral. Tuvo la excentricidad de llevar un año luto á la bailarina andaluza. Las perrerías de estudiante se habían transformado en verdadera seriedad en todos sus actos, y en la capital se le tenía (como así era) por una persona formal y decente á carta cabal.

Al llegar D. Felipe, uno de los diarios contertulios del círculo, no les extrañó en manera alguna; todos guardaron la misma posición en sus respectivos asientos.

—Gracias á Dios que le vemos, amigo Castro—dijo D. Ildefonso.—¡Se vende usted muy caro, amigo doctor!...

—La cosa no es para menos, señores... ¿Conocerán lo ocurrido?... Ahora mismo vengo del Hospital, y en verdad que la desgracia de la religiosa da mucho que discurrir á todo el profesorado. Yo que soy el más inútil de todos los de este claustro universitario, me atrevo á protestar contra la prensa de la capital que habla sin conciencia, sin conocimiento de causa... Figúrense, amigos míos, por un momento, al doctor Tomassi enamorado de una monja... ¿Hay algo de particular en un hombre que se enamora de la belleza? Creo que no es cosa del otro jueves. Pero lo gracioso es lo siguiente: el mismo D. Carlos se exp sionó ayer conmigo; estaba poseído

Digitized by Google

verdadera pena. Decíame: «Se trata de un verdadero caso de medicina legal. El célebre Hipócrates hace bastantes siglos nos hizo mención al hablar de la mujer, en estos términos: *Es conveniente que los flujos sanguíneos no se supriman.* (¿Comprenden ustedes?) Y si en vez de buscar al Padre de la medicina, pasamos revista á los escritos contemporáneos, lea usted la obra de Marc, publicada en París en 1840, y verá la siguiente exclamación: *¡Cuántas veces la desaparición brusca de los menstruos no ha sido seguida de manía, de melancolía ó también de un verdadero acceso de demencia!...*»

Al llegar aquí, D. Felipe Castro hizo una pausa. Los contertulios le escuchaban con impaciencia, porque iban á salir de la duda en que estaban todos los de la capital; instigáronle á que tomara asiento, todo lo cual se hizo en un momento, volviendo á ser todo oídos, no sin que hiciera una mueca el empleado D. Facundo.

El doctor Hueso añadió:

—Tenga paciencia el Sr. Colmenares, que todo se andará.

—Pues, como iba diciendo... advierto que son palabras textuales de mi colega; añado ni quito puntos y comas... « Si biera cometido un acto indigno de mis

Digitized by Google

sentimientos (díjome el profesor), ¡quién sabe si habría arrebatado un alma de las garras de la muerte!... ¡Bien sabe Dios que Carlos Tomassi ha obrado como caballero!... He querido respetar aquel ser tan querido para mí, y lo he conseguido... Unicamente siento, las mil palabrerías que la prensa vocifera, sin motivo, sin verdadera razón. Sor Magdalena amó en su juventud á un hombre, y éste, como dicen los periódicos, fué el causante de sus inclinaciones religiosas, al ver sin realizar las ilusiones que soñó. Mi afecto á la Hermana era natural, puramente de atención. Yo ignoraba que su corazón guardara cariño al médico de su tierra... Después... una noche nos conocimos, aquella en que tuvo uno de sus más graves ataques, y que usted, amigo Castro, puso remedio obligándola á que guardara cama... Al mes justo, tuvo dos conatos de monomanía suicida, y uno de éstos le ocasionó la muerte. ¿Hay motivo para que digan que yo soy responsable de la desgracia?... Moralmente sí la tengo. Desde el día que llegué á encargarme de las clínicas en este Hospital, cuando visité á la religiosa debí esclarecer é indagar más, las causas del malestar. ¡Torpe de mí que no lo hice! Le aseguro que hubiera puesto remedio al mal, aconsejando como Hipócrates y en

Digitized by Google

esta forma: «*Hermana; para poner remedio á su enfermedad, le aconsejo desista de sus votos religiosos y le recomiendo se case lo más pronto posible: si queda embarazada su curación será radical.*» El caso de Sor Magdalena merece que se estudie. Su muerte la causó una monomanía suicida motivada por la supresión de sus reglas. Pues como dice el mismo sabio de la antigüedad, *las mujeres en estos casos experimentan cierto placer en buscar la muerte como una cosa buena.* Además, la opinión de Krugelstein, médico de Ohrdruff, en su memoria acerca del suicidio, dice: *Estos períodos de la vida producen con frecuencia una especie de enajenación mental...* Por último—me dijo—«No tiene nada de particular que la presencia de esta misma función menstrual, en Sor Magdalena, después de algunos meses de supresión, haya contribuído á sus ideas suicidas.»

Esto es, todo cuanto me manifestó Don Carlos Tomassi.

D. Facundo quedóse como pensativo; veía racional aquella explicación del doctor Hueso, y hasta le remordía la conciencia de haber tenido aquellos malos pensamientos con motivo de la primera discusión con el administrador. Algo ponía en duda el Sr. Boceras del Moral, en atención á

Digitized by Google

que toda la comunidad del Hospital estaba disgustada, pero le parecía un hecho, el que Tomassi no fuera responsable del triste suceso. En medio de todas las versiones esparcidas y divulgadas por los periódicos, creía más lógica, la de un diario carlista, *El Patriota regional*, considerando la muerte de Sor Magdalena, como una imprudencia temeraria del médico catedrático, pero sin añadir más detalles y pormenores del suceso; terminando con esta llamada á los poderes públicos: «Dios quiera que se desvanezcan las dudas del mundo católico, que se vean los hechos esclarecidos para que la dignidad de una institución religiosa no desmerezca ante la conciencia pública, buscando al autor origen de esta muerte, ó bien averiguando la enfermedad que la ocasionara.»

Disolvióse la tertulia después de terminar Castro sus impresiones relatadas por Carlos Tomassi, y al separarse éste, acompañado de D. Ildefonso Boceras, preguntóle D. Facundo, incitado por el retirado militar:

—¿Sabe usted, doctor, si hay algo resuelto, sobre el dictamen-informe del suceso misterioso de Alcuzaya?

—No puedo asegurarle nada sobre particular. Por referencias (aunque no re

Digitized by Google

pondo de su certeza), sé que el juicio oral será pronto, y que el procesado Machado lo pasará poco bien.

—¿Pero está probada su culpabilidad? añadió el bachiller empleado.

—Creo que sí. Son varios los testigos que afirman existían enemistades entre el procesado y el médico Calloso. Luego, ¡como es evidente y palpable la existencia de venenos, por haberse encontrado en el análisis de las vísceras!... ¡Calcule usted, cómo estarán los ánimos en aquella aldea!...

—Por mi parte—repuso D. Facundo, no pudiendo oir Castro todo cuanto dijo—no faltaré aquel día en la Audiencia de lo Criminal. Y como el coronel le preguntara sobre aquel proceso, aún permaneció en pie un buen rato, contándolo con pelos y pormenores, al amigo hambriento de noticias criminales.

Cuando llegaron D. Ildefonso y D. Felipe al Hospital, Carlos Tomassi y el Decano acababan de reconocer el cadáver de Sor Magdalena, y extender el certificado de defunción.

A la mañana siguiente se dió sepultura sagrada. Tres carruajes acompañaban al
etro; en uno de ellos iban la Superiora
l Hospital y el administrador; en otro

Digitized by Google

fray Carmelo y D. Fortunato el farmacéutico, y como á unos cuarenta metros del triste cortejo, el doctor Tomassi.

Al verse en el cementerio, el farmacéutico, fray Carmelo y el doctor, exmédico de aldea, abrazáronse y lloraron largo rato.

El cura de Alcuzaya exclamó, mirando la fosa que recibía el cuerpo de Alicia de Viñuela Zurrapique en el mundo; Sor Magdalena en religión:

—¡Al fin encontraste el martirio! ¡*Requiescat in pace!*

Digitized by Google

XXIV

Tomassi pasaba los días en el laboratorio de la plaza de Cervantes, del cual era director el doctor Bacterio, persona de gran instrucción en todas las ciencias, pero especialmente en las investigaciones químico-legales que llevaba á cabo con gran contento de los tribunales de justicia. Era uno de los sabios más originales que España conoció como tales; su idea política le hizo alcanzar los puestos más honrosos de la Nación. Viajó por Italia, Francia, Alemania y Grecia, sin olvidar las islas Británicas; y después de todas aquellas relaciones
ntíficas, adquiridas en extranjera fuente,
o á la madre patria, considerado por

Digitized by Google

propios y extraños como un astro de primera magnitud en la ciencia del análisis. Registrada su historia, se supo que en el golpe revolucionario, cuando Madrid pisoteaba por las calles los retratos de Isabel II, fué uno de los que vociferaban en contra de los Borbones, llamándolos raza esp.....

Hoy, el doctor Celso Bacterio es un viejete octogenario, romo de inteligencia como siempre—(aunque admirado por el país)—y ocupando por Real orden un alto cargo científico en plena dominación Borbónica. ¡Miserable condición la de ciertos hombres!...—exclamaba Carlos al verle operar.

En este laboratorio, ayudado por el director y por su amigo Castro Hueso, es donde se efectuaron los primeros análisis y comprobaciones de los restos líquidos y sólidos—*(debidamente precintados y sellados)*—del cadáver de D. Pedro Calloso. Se trataba de un envenenamiento. Habíase encontrado la nicotina, la cicutina y un alcaloide de la belladona.

Algunos días tardaron en ultimar el citado reconocimiento analítico, pero al cabo salieron de dudas. La presencia de la *atropina* era evidente; se emplearon los procedimientos más razonables que la química aconseja, hasta que el doctor Te

Digitized by Google

massi se posesionó de aquella verdad que existía en él, como un convencimiento científico comprobado por el análisis.

Tenía preparado el informe pericial para ser presentado el día mismo del juicio oral; pero como su conciencia creyese más perentorio el abrir campo en la investigación judicial, lo manifestó anticipadamente al juez instructor, para que lo antes posible fuese capturado el autor, ó presuntos autores de crimen tan premeditado y alevoso.

Algunos días después, el Machado fué puesto incomunicado en el *cuarto de las ratas* (nombre que recibía el calabozo en Alcuzaya); y para mayor seguridad, atado de pies y manos, como en las aldeas se acostumbra, ínterin se espera con impaciencia la llegada de la curia. Cuando llegó el representante de la ley, empezaron de nuevo las declaraciones, citas, providencias é indagatorias; pero el hijo del mesonero siempre repitió lo mismo: que *era inocente*, que lo *juraba por la Virgen*, etc... La criminalidad quiso ser mayor, y las enemistades más imperdonables: salieron varios testigos comprados por los enemigos de la familia del Machado, incluso los *Callosos*, *Terruños* y *Chuletas*, y envolvie-
ı al infeliz en un mar de confusiones,
sta llegar á considerarle como verda-

Digitized by Google

dero responsable del crimen. Es más; la gran audacia de los alcuzayeses llegó hasta asegurar, dando pelos y señales, el modo y manera, que los amores y las envidias pudieron obligarle á efectuar aquel envenenamiento.

Machado amaba á Soledad, y miraba con malos ojos las relaciones de la mozuela con el médico Primavera; pero esas enemistades interiores, en medio de aquella manifestación sincera de amigos, no dieron nunca que sospechar, y mucho menos inducir á la realización del crimen. Con todo; el infeliz aldeano fué acusado como único autor. En cambio, la Soledad desde las primeras declaraciones fué puesta en libertad.

Ambos eran inocentes.

. . . . . .

Profundamente impresionados, regresaron á la noble Alcuzaya el padre de Sor Magdalena y el anciano fraile, párroco de San Policarpo. Aquella desgracia les trastornó en extremo, por las circunstancias que la rodeaban. La casa del boticario, antes frecuentada por todo lo selecto del lugar, que acudía á tratar de lo relacionado con la muerte de Primavera, pronto cambió de aspecto. La emoción de Doña Margarita, el desconsuelo y la pena de una

Digitized by Google

hija tan querida, acudiendo al remedio de su desventura por medio del suicidio, la presencia de Carlos en aquel Hospital y la idea de unos amores profanos que desprestigiaban aquel santuario de la Religión, no manchada por el escándalo, todo esto, llenaba de dolor á la familia de D. Fortunato y aun al mismo fray Carmelo, que por sus años pertenecía al otro mundo. Sin embargo, el viejete pusilánime escuchó una explicación del amigo Carlos Tomassi. ¡No la olvidaría!...

Aquella explicación helaba la sangre de sus venas y adormecía sus miembros, por recordarle páginas de cariño que sintió en otro tiempo el desgraciado Carlos; explicación de una noche en claro, pero aterradora por los recuerdos. Aterradora por el beso y el abrazo de un doctor á una religiosa, por las conferencias frecuentes de estas almas que la pasión cegaba; aterradora cual aquella adoración israelita al becerro de oro que Moisés hizo pulverizar y beber al pueblo idólatra, en justo castigo de la ofensa inferida á su Dios; aterradora por la ciencia, apadrinando las ofensas, sazonando hechos que la conciencia rechaza por execrables y bajos, pero atribuyéndolos á la organización inevitable, á un estado patológico, como encubridor de sacrile-

Digitized by Google

gios; aterradora, finalmente, por aquel suicidio de Sor Magdalena, que nunca se vió claro, á pesar de todas las fraseologías médicas habidas y por haber.

—¡Buena está la ciencia del siglo XIX!—decía algunos días después de llegar á su aldea.—No trato de quitar importancia al vapor y la electricidad, aunque ésta sea relativa; pero eso de que existan embusteros de bufete dispuestos siempre á divinizar, encomiando los hechos científicos, dándoles más importancia de la que realmente tienen, es en extremo cruel y deplorable. Si Carlos Tomassi, me cita como autor verdadero y exacto á Celio Aureliano, cuando dice: *Abstinentia in fœminis solitæ purgationis*, por colocar éste, entre las causas de la manía la falta del flujo menstrual, yo puedo presentarle al legislador hebreo, á Moisés cuando ordena á todas las que tengan reglas muy abundantes vayan al templo á purificarse á los ojos del Señor: *Pro peccato... et pro fluxu inmunditiæ*; luego la desgraciada religiosa no podía ser mala; antes al contrario, era una representación de la pureza, en la moral de la mujer... —guardó silencio el exclaustrado; después exclamó:

—Hoy las ciencias son las atacadas locura.

Digitized by Google

—Los hombres científicos debían estar en un manicomio.

Fray Carmelo empezaba á chochear: estas rarezas hacía poco tiempo que las tenía, irritándole frecuentemente aquellos asuntos que no estaban dentro de su sagrado ministerio.

Doña Angustias esperaba de un momento á otro el fallecimiento de su hermano, inútil casi para atender la parroquia, aunque le ayudaba un coadjutor de espíritu religioso, de ideas parecidas á las suyas, y por añadidura sobrino de D. Policarpo Jaramilla.

Así iban pasando los días, esperando el exclaustrado el aviso de su Dios para finalizar esta vida.

Un día, D. Jeremías Cubilete y Don Anacleto se presentaron en casa del padre Carmelo (que entonces guardaba cama), y le facilitaron noticias de la prensa de la capital. El artículo de fondo del periódico *La Justicia* decía, entre otras cosas, lo siguiente:

« El doctor D. Carlos Tomassi presentó un informe brillante, que llenó de admiración á los señores magistrados y al numeroso público que presenció el juicio
ıl, en la sala de lo criminal del Palacio
Justicia de Z... Después de ser escu-

Digitized by Google

chados todos los testigos, tocó en turno, el dictamen de los peritos. El profesor de Medicina legal probó con razones contundentes el resultado final de sus investigaciones analíticas; indicando como causa del crimen, *la absorción de ciertos venenos, la nicotina, cicutina y atropina; los tres mortales:* reseñó toda la marcha del análisis y las mil peripecias ocurridas en las operaciones químicas, hasta poder encontrar y aislar aquellos violentos tóxicos, terminando con una serie de frases y recuerdos al desgraciado médico que, esclavo de su deber, en vez de encontrar su justa recompensa, halló una mano criminal que á mansalva, con premeditación y sin poder defenderse, le ocasionara la muerte en pocos momentos.»

« Machado estaba convulso, débil por su encarcelamiento, daba gritos angustiosos, pidiendo misericordia; gritos que en la sala causaban espanto al público, que comprendía todo el intento criminal del hipócrita aldeano, hábil para conmover los corazones del tribunal, pero insuficiente para impresionar al acusador privado, aquellas mil mojigaterías. Después caía desfallecido, al ver que el llanto no podía remediar la situación, exclamando con toda la fuerza de sus debilitados pulmones

Digitized by Google

tas frases que aterran y desconciertan á un auditorio... ¡*Soy inocente!*»

« Al discurso del acusador privado (que fué enérgico en extremo), siguió el de su abogado defensor, un viejo carcomido, pero distinguido en el foro, que hizo una brillante defensa por todos conceptos. Pero acudió al recurso de todos los letrados cuando ven la cosa mal parada; es decir, á la locura. »

Aquí interrumpió á los próceres, el párroco de Alcuzaya.

—¡Bravo! ¡Cuidado con los sabiondos de hoy en día! De modo y manera que esta gente, nos quiere decir en pleno siglo de la luz, que somos unos locos, que no tenemos conciencia de nuestros actos.

—Las razones convencen á cualquiera, señor cura—añadió D. Anacleto, que era amante por este progreso que empezó á iniciarse en España.

—No sea usted majadero. Aquí tenemos el caso de la muerte de Sor Magdalena (que en paz descanse)... ¿Hay algo más absurdo que la medicina, al atribuir como causa primordial de un descuadernado ó desorganizado cuerpo, la falta ó sobra de flujo menstrual? Si me dijeran que la mujer muere loca, porque Dios así lo dispuesto, lo creería... que Josué de-

Digitized by Google

tuvo al sol en su carrera porque así lo decretó Jehová también; pero porque á Perengano se le antoje volver loco y suicida á un ser tan débil como la mujer... ¡vamos!... eso no puedo creerlo, porque no me da mi frailuca gana.

Como Cubilete viese un comienzo de discusión, trató de acallar los ánimos en esta ocasión, á fin de que el relato del periódico continuase.

« No hubo medio de probar que el hijo del mesonero era inocente. Los testigos eran todos contrarios y enemigos. El que más llamó la atención de los señores magistrados, fué una joven de singular donaire; hermosa á pesar de su rusticidad, que después de concluída su declaración acusando terriblemente al Machado, se retiró con una fuerte congoja, al mirar el banquillo donde permanecía el acusado. Era Sinforosa, la que tuvo relaciones con Machado, y en esta ocasión enemiga de su libertad, por temor de que pudiera casarse con Soledad. »

« Algunas personas nos han asegurado que esta criatura, como no tenía nada que perder... mentía como una bellaca. »

Después leyó en voz alta D. Anacleto el fallo del tribunal, condenando á l berto Cazurro, (a) *Machado*, natur

Digitized by Google

Alcuzaya, partido de Berruguillo y provincia de Z..., de veintiocho años de edad, estado soltero, etc., etc., á treinta y cuatro años, tres meses y un día de prisión correccional, é indemnización de 4.000 pesetas, por el delito de homicidio y envenenamiento premeditado con circunstancias agravantes, etc., etc.

A los cuatro días llegaron los testigos que habían sido llamados al juico oral, acompañándoles Mateo Calloso, alegre y satisfecho de aquel triunfo, porque vió cumplidas todas sus aspiraciones en este proceso. Pero le alegraba más que nada, la idea premeditada que en un tiempo concibió, al suponerse sobrado talento para remover lo imposible, con tal de encontrar al criminal.

Aunque era ya maduro, le pudo agradar el carácter de la Sinforosa, por el gran desparpajo desplegado en la Audiencia, y por las declaraciones tan exactas y tan precisas que señaló al tribunal. En el coche, regresando á Berruguillo (donde les aguardarían las familias), promovió con la vagabunda una conversación animadísima, que duró hasta muy entrada la madrugada. Mateo, rogaba cariñosamente á la moza guardara los pies bajo su manta; pero ésta hacía mil guiños, mil desdenes, desapro-

Digitized by Google

bando aquella nobleza del galán adorador. Por fin accedió Sinforosa por quitarse al polilla que tanto la mareaba; y aprovechando el momento de apagarse el farol que alumbraba el coche, pidióla un beso el solterón inspector; entonces, la doncella de Alcuzaya exclamó no poder acceder á su petición, y que únicamente le complacería si fuese su esposa.

Cuatro días después de la escena del coche, habló Mateo Calloso al Sr. Cubilete (donde servía Sinforosa en aquella sazón); y un mes más tarde, salía de Alcuzaya la citada pareja dirigiéndose á Piñoneda, después de recibir la bendición nupcial por el Coadjutor.

Piñoneda, era una villa de cuatro mil almas; floreciente por su riqueza en ganado lanar, y por el contrabando que se transporta de Portugal, burlando los derechos aduaneros.

En el coche no hubo resistencia ninguna por parte de la Sinforosa; y refregando su cuerpo con el de Calloso, quedaron dormidos después de un cariñoso abrazo.

Jeremías Cubilete, en cambio, celebró extraordinariamente aquella boda de Sinforosa, á quien amaba como hija. Aprovechó la ocasión para invitar á sus amigo en particular al nuevo médico (ayudant

Digitized by Google

Comino), un joven de Berruguillo, recientemente graduado en la Universidad de Salamanca.

Casiano Pardalo leyó unos versos, con motivo de haberse inaugurado la fábrica de chocolates del Sr. Cubilete; entonces, fueron obsequiados con dulces y aceite de anís riquísimo, sin olvidar los consiguientes cigarros puros...

Alcuzaya, con tener la fábrica de objetos sagrados, de abrazar el ramo de cera y cacharros la de los hermanos Frutos, y últimamente la instalada por D. Jeremías, fué adquiriendo una importancia merecida, que pudo obscurecer la de Berruguillo, con todas aquellas numerosas familias de curiales y señoritas trasnochadas. Pero con todo y con eso; la costumbre de tener los estercoleros en la vía pública, de poseer una casa concejo destartalada, una chismografía canallesca, un cementerio sin higiene, faltando á las ordenanzas habidas y por haber, desenterrando cadáveres en el primer período de la putrefacción, emanando pestilentes é insanos olores en perjuicio de su pacífico vecindario, eso no podrán evitar los gobernadores de la capital, ni los Tomassis, Callosos y Pardales, que han formado parte integrante de aquella Junta de Sanidad.

Digitized by Google

Entretanto, los alamillos de añoso tronco que hacen la guardia de honor delante de los soportales de San Policarpo, cúbrense de verdes hojas; y al verse azotados por el furioso vendaval del mes de Marzo, dando quejidos lastimeros, señalarán con su lenguaje incomprensible, alguna página terrorífica que se añadirá al pasado, ó bien al porvenir de aquella aldea. Ellos, presenciarán las picardías de los mozos y mozas bailando los domingos al desconcierto de la flauta y el tamboril; facilitarán al ingrato labriego hermosura y alegría en las fiestas de San Juan; hasta que, dándose á la fuga y desbandada los numerosos nidos que se cobijan entre la enredada trama, las manos del alcuzayés los destrozará al tremendo golpe del hacha, sirviendo entonces para engalanar imágenes, adornar el paredón de alguna corralada, construir vistosas coronas de martirio, y hasta de pasto para el ganado cuando la *pación* escasee... Y pasarán los años, unos tras otros; y la Alcuzaya de ayer será la misma de hoy, y ésta la de mañana, que continuará por una eternidad siendo la misma de siempre.

Digitized by Google

XXV

Según dictamen facultativo, la muerte de Sor Magdalena era debida á un *aneurisma* del corazón. Hay que hacer constar la variedad y diversidad de opiniones. Las capitales, como las aldeas, tienen sus misterios; y así como Alcuzaya no se conformó con la opinión de sus médicos y acudió á la de otros profesores, también la gran ciudad opulenta é industriosa, veía alguna deficiencia en aquel diagnóstico; máxime, cuando era del dominio público la silenciosa amistad que el doctor Tomassi y la religiosa se profesaban.

En una aldea, la voz de sus moradores es respetada y atendida: en caso contrario, cuando no hay conformidad, cuando pre-

Digitized by Google

sienten que la ley pisotea algún derecho, álzase rugiente un clamoreo popular, pidiendo justicia á sus representantes. No ocurre lo propio en los grandes centros de población. La injusticia se codea con el populacho; éste grita, vocifera, ve la inmoralidad, quiere poner dique haciendo que la prensa divulgue el hecho... pero al fin, rendido y estenuado por la fatiga—cual molusco que guarda su cuerpo en la concha—retírase á la suya, pronunciando estas palabras frías y crueles: *¡¡A mí qué!!...*

La Superiora del Hospital tenía conocimiento del hecho, y se calló. No quiso poner en tela de juicio la dignidad de una institución religiosa. Conocía perfectamente el cariñoso y frecuente trato que existió entre el profesor y la Hermana; trato que llegó últimamente á ser insoportable por la duración de sus confidencias amistosas: sin embargo, un día, como Sor Magdalena y Tomassi estuvieran cerca de dos horas con aquel tejemaneje; recordando historietas pasadas de una juventud triste y apocada; recordando horas de venturosa dicha por aquella huerta, donde al lado del verde intenso del laurel, con sus hojas coriáceas y lustrosas, se distingu las rugosas de un parral trepando por

Digitized by Google

paredes hasta aprisionarse sus zarcillos al tosco barrote del balcón; recordando las tardes que salían de merienda, cuando Alicia admiraba la belleza de la *Digitalis purpúrea*, una escrofulariácea de hojas blandas, elípticas, limbo escurrido á los lados del peciolo, festonadas y cubiertas de un vello suave; y de aquella flor purpúrea ó blanca según la variedad, pero siempre hermosa por el parecido á un cáliz... llegaron aquel día á cansar de tal modo á la Superiora, todos los recuerdos que escuchaba á la enamorada pareja, que decidió dar la voz de alerta al doctor y á Sor Magdalena.

Las confidencias se repetían á pesar de la prohibición. Ambos comprendían la situación angustiosa de sus corazones; por lo mismo, poniendo dificultad á dicha pasión, dejando sólo expansionar aquel pasado, quedaban tranquilos y satisfechos... El médico no amando á una religiosa: y ésta, siendo la esposa de Jesús, y viviendo siempre con Él y para Él.

La misma prohibición excitaba más los ánimos de la Hermana, atormentando cruelmente al doctor Tomassi. Pero con todo, no existía esa falta que los siglos pueden anatematizar. Sor Magdalena amaba á Carlos, pero no con pasión sensual, ese cariño de la carne. Ni como *Eloísa* amó al desgra-

Digitized by Google

ciado *Abelardo*, *Julieta* á *Romeo*, *Pablo* á *Virginia*, *Isabel* á *Marsilla*... Ninguno de aquellos amores pudo existir. Era este uno de esos espasmos delirantes, esas sacudidas nerviosas que la mujer siente al verse desprovista de la maternidad.

Sabía, que Carlos no conoció á su madre; aquella madre desnaturalizada que le abandonó en las calles de Madrid siendo un niño; y como si estuviera en el mismo pensamiento de Mme. Michelet cuando dijo,—*que los niños á quienes faltan las caricias de una madre no sonríen*,—acordóse de su actitud severa mientras permaneció en Alcuzaya; de la seriedad que le dominaba al recorrer la sala de San Joaquín en aquel Hospital; de la falta de calor que el regazo de una madre proporciona; de todo aquello simbolizado por su calenturienta imaginación, entonces febril, ansiosa de abrazos cariñosos, figurándose al doctor Tomassi (á pesar de tener algunos años más de edad), como un hijo suyo, arrancado de sus entrañas.

¡Singular estado patológico el de aquella criatura!...

Tan pronto se exacerbaba y salía como disparada por las galerías, aprovechaba un descuido del médico, cuando de nadie podía ser vista... le apretaba con su con-

Digitized by Google

vulsa mano, la boca contraída, los ojos como si saltaran de sus órbitas, y aplastaba contra su boca la de Tomassi... Luego, satisfecha, pronunciando el nombre de ¡Carlos! dirigíase á su gabinete, donde permanecía largas horas encerrada.

Carlos estudiaba en Sor Magdalena un verdadero caso de Medicina legal; comprendía todos los actos realizados por la religiosa, como grados diversos de locura, esas monomanías delirantes que en algunos libros leyó, pero que en manera alguna podían igualarse á ésta.

Otras veces guardaba la Hermana la sesuda apariencia de una antigua religiosa, facilitando útiles consejos á los enfermos indolentes; observando cual maestra previsora en el interés de aquel establecimiento, todas las cuestiones económicas con una certeza sin igual. Entonces... es cuando sentía cierta aversión antipática á Carlos, y hasta su misma presencia le era odiosa. Generalmente, en estos casos, no hablaba una palabra con el profesor.

La enferma fué agravándose, hasta que un día desde el cuarto de guardia (después de haber presenciado inmóvil cual una estatua, la extirpación de un tumor uterino), quiso arrojarse al jardín; pero gracias á la ligereza de un interno de Medi-

Digitized by Google

cina, pudo evitarse una desgracia funesta.

Estos actos se repitieron dos veces desde aquella fecha. Pasó otro período de tiempo tranquilizada; y un día en que el doctor Tomassi estaba ausente (por atender al análisis de las vísceras de Calloso); en ocasión de ir Sor Magdalena á la oficina, por una solución de sublimado corrosivo al dos por mil, introdujo en su cuerpo parte de aquella cantidad, en vez de llevar el desinfectante á la sala de operaciones... Cuatro horas después era cadáver.

Reunidos todos los profesores del Claustro, acordaron extender la papeleta de defunción, no como realmente había ocurrido, sino como un *aneurisma*, debido á la dilatación de la base del ventrículo izquierdo del corazón.

. . . . . .

. . . . . .

La desgracia de Sor Magdalena impresionó al doctor Carlos Tomassi extraordinariamente, y durante mucho tiempo fué comidilla y pasto de todas las conversaciones, en tertulias, cafés, y hasta en el seno de las familias. Los periódicos tomaron parte activa discutiendo el problema; no faltando algún principiante abogadillo que encajara sendos artículos criminalistas, y sobre todo médico-legales, con gran

Digitized by Google

desconocimiento de los hechos. El periódico más apasionado era *El Noticiero de Z...*, impreso en papel amarillento, pero de malas condiciones tipográficas. Como órgano ministerial daba poco alcance á la literatura, siendo punto fuerte en las discusiones políticas.

Sus redactores no sabían dónde tenían la mano derecha; por eso cuando soltaba á volar cualquier asunto que llamara algo la atención, salían los colegas de oposición, y le propinaban algún varapalo desde las columnas de sus diarios; firmando algún Juan Lanas desconocido, pero siempre mordaz é intencionado, á manera de una crítica del autor de *Su único hijo*.

Con todas estas habladurías periodísticas, el profesor del curso de Medicina legal fué adquiriendo gran renombre científico, y toda la aristocracia de Z... tenía como extraordinario orgullo llamarle á las consultas, y aun á las visitas profesionales que frecuentemente ocurrían. Llegó á ser el médico de moda, no sólo en la capital, sino considerado en toda España, como un operador hábil é inteligente, á más de químico ilustre.

En aquellos días, cuando el renombre del doctor Tomassi había cundido como por encanto, en todos los países adelanta-

Digitized by Google

dos, fué cuando presentó en la causa instruída á Machado, un informe brillante que dió indagadora luz al proceso. En casa del Marqués de Canícula, entonces administrador de los establecimientos de Caridad de su primo Astro-Hermoso, se comentaba aquel talento sin límites, considerándole como la piedra angular que ayudaba al doctor Bacterio; sabio, por su extraordinaria petulancia, aunque pobretón de inteligencia...

La señora y amigos del aristócrata Marqués trataban á Carlos Tomassi como persona de la misma familia, haciéndole ver en las conversaciones familiares ó en las diferentes reuniones, cierto cambio brusco en su carácter (antes cariñoso); y ahora melancólico, poco hablador, y dispuesto á irritarse por la más insignificante bagatela. Esta diferencia de genio, partía desde la muerte de la religiosa, y no era sólo advertida por la familia de Canícula, sino por los alumnos de su cátedra, pues en el curso que había finalizado, de cuarenta y cuatro matriculados, sólo se presentaron á exámenes treinta y uno; y aun de éstos, únicamente once consiguieron aprobar el curso.

En realidad, algo ocurría en el sist nervioso del doctor. Estudió deter

Digitized by Google

mente el caso de Sor Magdalena, y creyóse responsable de su muerte: hacía ver á cuantos trataban y conocían á la Hermana, todo un estudio detallado de la enfermedad, «desde que empezó á iniciarse el primer día que se hizo cargo de la Clínica, hasta el tristemente célebre, cuando le abrazó en el corredor á la salida del salón de conferencias... Después... cayó enferma, debilitada, con tendencias maternales unas veces; arrebatos instigados al crimen en otras; y en las más, verdaderos actos cariñosos, que el solo recuerdo de lo pasado, cuando le abrazó fuertemente (un momento al verse sola con Carlos), le indujeron á considerar á Sor Magdalena como un especial estado patológico en camino de la demencia.»

Aquel verano, después de terminar los exámenes de prueba de curso y encargarle al doctor Castro Hueso su numerosa clientela, salió D. Carlos Tomassi á distraer su imaginación algo quebrantada, dispuesto á emprender un viaje de algunos meses—Julio, Agosto y Septiembre, si posible fuera,—pero á un país que desconociera por completo. La Hermana le había hablado del Manicomio Astro-Hermoso, donde pasó el noviciado. Tenía deseos inmensos de conocer aquel establecimiento dotado de

Digitized by Google

los modernos adelantos que hasta la fecha se conocían; visitar aquella villa valenciana, y distraer la monotonía de los países de Castilla tan aburridos, contemplando la producción y la hermosura de los otros, verdaderos jardines de flores.

Al despedirse de la Marquesa de Canícula, le encargó no dejara de visitar los pueblos de la ribera del Júcar;—además, tengo la seguridad (decía la aristocrática hembra) que le gustarán las costumbres de esos países; y hasta le conviene, por admirar tipos clásicos de mujeres hermosas.

—¡Quién sabe si el doctor Tomassi se encaprichará de alguna valenciana!—díjole al despedirse;—y Carlos respondió con semblante risueño:—Señora; el amor es para mí una página olvidada.

Algunos días después llegaba á Valencia, país cantado por sus poetas regionales, con su peculiar dialecto y su literatura especial apasionada; país digno de estudio por sus costumbres singulares, de cielo hermoso, con ese azul claro encantador y diáfano que enloquece y extasía al que por primera vez lo visita; país de floreciente industria, de vegetación frondosa y lozana, de producción infinita; país, en una palabra, considerado como un rinconcito

Digitized by Google

gajado del cielo, y soñador cual ningún otro de España.

Dicha tierra, ilusionó en extremo á Carlos. Aficionado á encontrar poesía en los estudios científicos y demás investigaciones químico-legales, vióse transportado á olímpica mansión, donde la vida intelectual adquiría nuevos bríos; donde el aire saturado de aquel abrasador clima, le parecía más respirable que el de Z... Visitó el Manicomio *Astro-Hermoso* acompañado de su director, el cual, tan pronto supo que estaba hablando con Carlos Tomassi, se apresuró á notificar al elemento aristócrata del talento, la presencia del célebre doctor en la ciudad del Cid.

Al ser presentado en el *Ateneo Valenciano*, atendió á los ruegos de sus socios improvisando uno de esos discursos delirantes, que formó época en aquel centro instructivo de controversia pacífica.

Cito el viaje de Carlos á dicho país, porque contribuyó en gran manera á cambiar sus inclinaciones en materia de estudio. Allí leyó á la mayoría de los mentalistas antiguos y modernos, españoles y extranjeros que se conocían. Por muchos volúmenes devorados, nunca pudo encontrar el caso de Sor Magdalena. Después los estudios de química analítica, antes de-

Digitized by Google

ficientes, enriquecieron aquella imaginación hasta trastornarla á medias.

La lectura de las revistas italianas y francesas iniciáronle á seguir nuevo rumbo en las ideas toxicológicas, emprendiendo una serie de experiencias de laboratorio que llenaron de duda aquel cerebro tan robusto y enérgico.

¿Tendrían razón los sabios italianos?

¿Podría existir confusión en un dictamen pericial?

¿Habría confundido la *cicutina* y *atropina*-con algún alcaloide cadavérico desarrollado en las primeras fases de la descomposición?

En el informe presentado en el proceso Primavera, ¿tenía certeza de que los productos aislados eran los alcaloides que notificó al Tribunal?...

Todo esto requería un detenido estudio, y prometió llevarlo á cabo en el laboratorio del doctor Bacterio; y anonadado ante tamaña acusación de su conciencia, la sola y única idea de haber faltado al íntimo deber de la verdadera justicia, le sumergió en el revuelto y escabroso mar de la duda científica.

—Yo lo indagaré... leeré con tranquilidad cuantas noticias se conozcan en género nuevo de estudio; me posesio-

Digitized by Google

de la verdad de mis primeras investigaciones analíticas, hasta plena convicción; y después de realizado todo este trabajo, que yo mismo me impongo, daré la voz de alerta al profesorado español, marcando la línea de separación y diferenciacion entre un alcaloide cadavérico que los sabios italianos llaman ptomainas, y un alcaloide vegetal.

Sin visitar ninguna población ribereña, á últimos de Agosto regresó á Madrid, molesto y abatido por la serie de pensamientos que minaban su imaginación.

Salió á despedirle una comisión de socios del Ateneo, y ya en el andén de la estación se intimaron las amistades y hubo apretones cariñosos, brindando por el progreso y adelanto de las ciencias médicas.

Dejóse caer pesadamente en uno de los divanes del coche; y cuando el tren empezó á efectuar los primeros movimientos de avance, sintióse como congestionado. Miraba por la portezuela acristalada, y creyó por momentos que la tierra que antes figuró firme, se hundía, aplastándole con furia irritante y cruel; los corpulentos llorones que en las tierras de arrozar veía, se le antojaban figuras burlescas de su ta-
ito, siendo éste pura apariencia enga-
sa. Media hora después quedaba tran-

Digitized by Google

quilo (al parecer dormido, pero cansado), dominándole extraña pesadilla; algo así como figuras delgadas, secas, que perdían paulatinamente las carnes, hasta quedar reducidas á simples esqueletos cubiertos con gran sábana. La única particularidad que poseían, era el tener unos ojos vivarachos, relucientes, como si le prometieran tristezas y penalidades sin cuento.

Digitized by Google

XXVI

DESCOYUNTADO y molesto por el largo viaje, regresó el doctor Carlos Tomassi á Madrid de su expedición veraniega á la ciudad del Turia. Aquellas extrañas figurillas que su mente percibía, eran la fiebre misma en actividad; eran fantasmas microscópicos dotados de movimientos diversos que le sumergían en la duda profesional, atormentándole la diversidad de sus muecas y las repentinas variaciones escénicas. Al principio, sus cuerpos eran flacuchos, estirados, con traje arlequinesco, cambiando de postura; después... como si efectuaran una paulatina contracción, reducíanse á menor volumen, tranformándose en vejetes mofletudos y

Digitized by Google

rechonchos: en su primera aparición, los pies eran larguiruchos y el personal en mayor número; en la segunda, gordos, cavidad torácica á manera de tambor, faz reluciente y risueña, cabellos puntiagudos, dientes largos y blancos, pero disminuyendo los actores. El que más atormentaba á Carlos era uno, de ojos parecidos á los de Machado, cabeza y boca igual, diferenciándose del grupo porque se dirigía al doctor amenazándole, crispando los puños, escapando de sus fosas orbiculares el globo de los ojos, y vertiendo espumarajos por aquella boca amenazadora.

Momentos después desaparecía la pesadilla y quedaba su imaginación aletargada. Pero la escena cambiaba de nuevo; y el mismo Machado fantástico, dando gritos desesperados, vociferando, anunciaba á parte del grupo que le acompañaba que el doctor Tomassi era un ser ignorante, despreciable, de conciencia manchada por condenar á un inocente, á quien acusó de asesino y envenenador.—*¡Ahí le tenéis!*— Y con sus manos provistas de largas uñas, señalaba al autor del dictamen pericial, y por ende, de su prisión correccional.

Y como se armara una de golpes y silletazos en aquella discusión en contra profesor de medicina legal, sonaba un

Digitized by Google

rín llamando al orden á los señores fantásticos personajes; hasta que, transformados en esqueletos de gruesas calaveras y ojos saltones, desaparecían por los corredores de un claustro eterno, infinito...

Varias veces despertó sobresaltado, queriendo coordinar ideas, las cuales no acudían al cerebro decaído y desfallecido del ex-amante de Sor Magdalena. Tenía deseos de hablar, de comunicar impresiones, y no encontrando compañero de viaje, llegó solo como un hongo á Madrid. En Albacete y en Alcázar de San Juan, fueron las dos estaciones que bajó á tomar alimento. Su mortificado cuerpo, estenuado por el insomnio; por todo aquel baturrillo de ideas fantásticas y tristes que minaban organización, por los cambios bruscos de temperatura; tan pronto temblorosa por el frío, ó bien abrasadora y sedienta de agua, hacían del doctor un ser débil, apocado y decaído, cual si entrara en uno de esos trastornos epilépticos; transitorios preludios de una fase de locura.

Una vez en Madrid, tuvo deseos de hablar con algunas eminencias científicas, especialistas en los estudios médico-legales, para que le enseñaran el campo de experimentación que debía seguir su atribulado pensamiento. Las calles de la capital de

Digitized by Google

España, que en un tiempo le ahogaban, ahora le daban vida y hasta insinuaban la marcha unísona de la idea: la lectura de los periódicos de la Corte le fastidiaba; únicamente el teatro podía contribuir á quitarle aquel peso tan tremendo que por momentos era más insoportable. Pero la temporada no había empezado, sólo dos teatros de mala muerte entretenían á los que por carecer de bienes de fortuna, pasan el verano en su casita y tienen por única distracción bañarse en el Manzanares, asistiendo por la noche al Circo de la plaza del Rey. Sólo un teatro, el del Príncipe Alfonso, era el punto de reunión de lo selecto de la clase media, porque con la gente aristócrata no había que contar, estarían en las playas del Cantábrico; en los establecimientos balnearios que la moda con todas sus majaderías estableció como cosa necesaria y de buen tono. En el teatro Príncipe Alfonso se representaba una ópera de Meyerbeer, *El Profeta;* y gran aficionado el profesor de la Universidad de Z..., iría á presenciarla. Verdad que la compañía era malísima y la orquesta deficiente; pero con todo, prefería ver y oir el degüello ó el asesinato de la partitura de *Il Profeta*, que asistir á las mamarrachadas una función de saltimbanquis, aunque

Digitized by Google

anunciara con todos los bombos que se acostumbran, y de mil reclamos franceses é ingleses que por desgracia cada día son más frecuentes en España. Acordóse de la representación de la obra de Meyerbeer, el año 65, en el teatro Real; del triunfo del tenor Nicolini y de la Lagranje, de todo cuanto los periódicos hablaron y aplaudieron las maravillas de instrumentación del notable compositor, que bastaba sólo la marcha de *Il Profeta* para su inmortalidad. Decidió, por fin, ir al teatro.

Durante la representación del acto primero, cuando Juan de Leida, pensativo en la escena cuarta, se sienta cerca de una mesa, y luego, movido de extraño presentimiento, cuenta á los tres anaptistas, Jonatás, Zacarías y Matías, un siniestro presagio tenido la noche antes; mientras que debajo de las bóvedas de aquel majestuoso templo, la muchedumbre, el pueblo postrado, entonaba aquel cántico piadoso

L' Eletto egli é, il Messia
Di Dio figliuolo.....

y luego aquel escrito en caracteres de fuego: *ak guai per te!*—Desdichado de tí;—Carlos sintió un escalofrío por todo su cuerpo, algo que le anonadaba y embrutecía; sus ideas corrían dispersas por todo

Digitized by Google

el coliseo del paseo de Recoletos; no podía domeñarlas, imponiéndole torturas crueles que le molestaban. Juan de Leida, sufría en extremo; pero Carlos Tomassi era una víctima más del estudio, que le barrenaba la masa cerebral, y no encontraba, como el amante de Berta después de la maldición, otro de clemencia que pudiera embriagar toda su alma.

Sintió por momentos una ola de sangre agolparse á su cabeza, ola que inyectaba sus ojos, no pudiendo ver ni oir el final de aquel sueño cuando Ugolini cantaba la sublimidad del genio de Meyerbeer en su:

Ma verso il Cielo un grido d' innocenza
di giú si alzava, e ripetea Clemenza!...
Allora io mi destai; muto ed oppresso
di spabento e d' orror!...

Desde uno de los palcos observaron la transformación de color que experimentó el semblante del doctor Carlos, pero como fué tan repentina, no dió lugar á nada que pudiera evitar una congestión. Apercibióse un caballero achacoso, sentado á su derecha, y un joven inglés en la izquierda, los cuales auxiliaron al profesor, llamando á los acomodadores y algunos guardias que facilitaron, los primeros remedios caritativc
El acto primero continuó como si tal co

Digitized by Google

hubiese sucedido. ¡Llamó más la atención pública la partitura de la ópera, que la congestión de un espectador sentado en una de las butacas!...

¡También podía ser esto, una mera *pequeñez* como las del padre Luis Coloma!!...

A las cuatro de la madrugada del siguiente día, un carruaje esperaba á las puertas del teatro Príncipe Alfonso. Después de media hora, ayudado por el joven inglés y por el médico de la empresa, subió Carlos Tomassi libre de todo peligro; acompañáronle los dos caritativos señores á la fonda de *La Victoria*, donde se hospedaba.

Una vez en su domicilio, tuvo que guardar cama seis días, hasta su completa convalecencia: cuando todo Madrid supo lo ocurrido al doctor Tomassi, recibió varias visitas de los médicos que de nombre le conocían, y le prodigaron los remedios que la ciencia aconseja en casos iguales.

Algunos días después de lo ocurrido, salía para la capital Z... restablecido del ataque. Cuando llegó el tren á la estación del Escorial, penetró en el departamento de primera otro viajero; después de saludar al profesor y dejar en las rejillas una maleta empezó á hojear la *Guía del viajero*.

Un rato más tarde, los dos personajes ardaban silencio.

Digitized by Google

Carlos Tomassi, cubiertos los piés con una manta de viaje, observaba al nuevo viajero ensimismado en la lectura de aquel libro, y hasta disgustado por ignorar el itinerario que se proponía seguir; además, le extrañaba en gran manera su aspecto de hombre sabio.—A juzgar por el tonillo al hablar, bien puede ser un italiano estudioso, que distrae el trabajo intelectual recorriendo España, admirando sus maravillas arquitectónicas. — Así discurría interiormente el ex-médico de aldea, observando al nuevo personaje que subió en el Escorial.

—¡Sí!... ¡sí!... No me cabe duda—volvió á exclamar Tomassi en silencio, fijándose en su compañero, viéndole sacar del bolsillo de su gabán un libro de notas, y después contemplar un boceto del Monasterio; aquella obra monumental que enseña la tiranía y orgullo de un rey.

Cuando llegó el tren, que llevaba una velocidad asombrosa, á la estación de Segovia, invitó Carlos al viajero á tomar una taza de café en la fonda; invitación que aceptó de buen grado el extraño personaje.

En efecto, el doctor Tomassi no se equivocó. Su compañero era italiano; llamábase *Stéfano Capitano*, natural de *Torino*, y uno de los médicos más celebrados en aq
lla capital. Hacía dos meses que est

Digitized by Google

recorriendo España. Después de visitar Sevilla y Granada, estuvo en Toledo. Aquel monumento del siglo XIII, en que la arquitectura gótica sintetiza el esfuerzo del pensamiento humano, está representado perfectamente, de una manera grandiosa, en sus jambas y torales, en todas cuantas curvaturas y calados están exornando aquella masa granítica llamada catedral de Toledo. El patio de los Leones de la Alhambra de Granada y la catedral indicada, fueron los dos monumentos que admiró el viajero italiano. En cuanto al Monasterio del Escorial, le pareció demasiado orgulloso Felipe II; y su colosal grandeza, algo como una mofa de aquel rey fanático. No encontraba novedad; parecíale una mezcla, un revoltijo de todos los estilos conocidos en la arquitectura del siglo XVI.

Sólo le faltaba visitar Salamanca; tenía verdaderos deseos de recrearse contemplando su Universidad, la catedral vieja, Santo Domingo y otros edificios notables por su historia; pero más que nada, la Universidad y la biblioteca. Lo único que pudo admirar en el Escorial, fué la gran colección de obras antiguas y de relevante mérito bibliográfico.

Poco tiempo permanecieron en la fonda de la estación de Segovia; algunos minutos

Digitized by Google

se detuvo el tren, lo suficiente para tomar el café nuestros viajeros y conocerse mutuamente como amigos y colegas de profesión.

Una vez en el coche, Carlos Tomassi, recordando que los italianos eran los revolucionarios en la ciencia jurídica, y más en los estudios de Medicina legal, preguntó al médico Stéfano:

—¡Debe ser cosa muy notable el estudio de los alcaloides cadavéricos!... ¿Hace mucho tiempo que se verificaron los primeros ensayos?...

El profesor de Turín contestó:

—El conocimiento de los alcaloides cadavéricos, *fú* previsto *da* Panum el año 1856 cuando *isló dalla* carne *in* putrefacción un *veleno comparato* en sus efectos al curare: se *studiaron* las propiedades físicas y químicas, pero no se ha podido *islar*. Después de este *savio*, en 1866, Dupré y Bence Jones *incontraron* algo *nel fegato* del hombre descompuesto *e* señalaron *alcunos* caracteres *sonsiglienti* á la quinina. *Piudo dirle* señor que *fino* que el profesor *di* medicina *legale di Bologna non* presentó el año 72 *quella* célebre *comunicasione* á la Academia *non* se supo nada *certo ne pudo chiamar* la atención de l *savios* europeos.

Digitized by Google

Carlos quedó pensativo; había entendido perfectamente la respuesta escueta del doctor Capitano, aunque iba entreverada de frases italianas conocidas por él, puesto que la lengua del Dante le era familiar; pero sus deseos por explorar lo ignorado le incitaron á volver sobre lo mismo, á fin de adquirir noticias de aquella nota presentada por el profesor de Bolonia.

—No conozco la comunicación aludida por usted.

—*Se figure* que indicaba *haver scubierto* en los intestinos recientes del hombre muchas *substanzas* análogas á los alcaloides... Desde *allora* los trabajos *del Selmi* han sido *innumerabilis*.

—¿Podría entonces confundirse una ptomaina con un alcaloide vegetal?

El viajero meditó un momento como pensando contestar la pregunta: estudiaba en su colega al hombre inteligente, que desea adquirir conocimientos en una materia de tanta trascendencia. Luego dijo:

—*Sí, signore*, é muchas veces pueden *esser* sentenciados á la última pena *esseri inocenti... Nella* memoria que *termina di* publicar este año el *savio* profesor *di Bologna* intitulada... « *Sulle Ptomaine od alcaloide cadaverici e loro importanza in tos-*

Digitized by Google

sicologia... » cita *haverse presentato il* caso *nel* que los peritos *indicavan haver incontrato* la delfinina; é *essendo llamato il Signor Selmi come* contraperito, *provó* en *maniera certa* que la delfinina *non* era más que una ptomaina. Cita *altro* caso *consimil* á este solamente que *inrece* de la delfinina; era la morfina que *risultó* otra ptomaina.

—¿Existen reactivos conocidos para diferenciar estas ptomainas? — preguntó apresurado el doctor Tomassi.

—*Nel* mismo *foglietto del Selmi* lo *incontrará* usted. *Prometto* mandárselo *appenas arrivo in Italia*.....

.....

Tan distraídos iban en este continuo tiroteo de preguntas y respuestas, que el trayecto que media desde Segovia á Medina del Campo se les antojó sumamente corto. Con todo, el frío de Septiembre se hacía notar empañando los cristales de la ventanilla del coche. Carlos, más tranquilo desde su enfermedad, escuchaba con ansia febril al profesor italiano, y hubiera deseado alargar las horas por no separarse tan pronto de su colega. Pero la locomotora, dirigida por el experto maquinista, no tiene semejantes consideraciones; da el primer silbato; después otro más largo; suelta vapor que interiormente cree inútil, ?

Digitized by Google

como un resto del gasto funcional de aquel organismo de hierro; la bocina del guarda anuncia la llegada del monstruo, y con burlesca ironía, con flemática prosopopeya, entra en agujas, despertando su balanceo á todos los magullados y adormecidos cuerpos que guarda en sus coches. Después... la arrogante máquina, satisfecha de sí misma, al pararse en seco delante de la estación, suelta un revoltijo monótono de extraordinaria fiereza.

Un empleado, farol en mano y gorra metida hasta las orejas, con voz chillona y afeminada, canta por tres ó cuatro veces: *¡¡Medinaaa!!*... ¡treinta y cinco minutos... cambio de tren para Portugal, Salamanca y Zamora!!

Dió un brinco el extranjero, cogió su maleta; apretó las manos al ex-médico de Alcuzaya, y saltó pie á tierra desde el estribo; pero como presiente la repentina marcha de la hercúlea mole, exclama con ligereza:

—Doctor *Estefano Capitano*, en la Universidad de Torino... *specialista* en las enfermedades del corazón... *Conti* con la *mia amistate*... Adios, *amico* doctor... *Felice viaggie!*... ¡Adios!...

Alejóse como flecha disparada, sin escuchar al doctor Tomassi, que se quedó como quien ve visiones.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXVII

Que el estómago de las personas que han fallecido de muerte natural, contiene substancias que se comportan con los reactivos igualmente que ciertos alcaloides vegetales. Que estos productos no son ni creatinina, ni creatina, ni tirosina. Que se habían encontrado productos análogos en alcaloides que habían servido para la conservación de piezas anatómicas.

. . . . . .

Todo esto; y algunos datos más, le participaba el director de una revista de química publicada en Italia, á quien acudió pidiendo datos el profesor de Medicina legal de la Universidad de Z... Esta contestación, era un resumen de todo cuanto el doctor

Digitized by Google

Selmi, de la Facultad de Medicina de Bolonia, hizo presente á los sabios de la Academia italiana.

Carlos sufría extraordinariamente. Puede decirse que desde la muerte de Sor Magdalena no gozó un momento de salud. Era una torpeza suya, imperdonable. Hubiera podido evitar el triste resultado de la Hermana, separándola de toda comunicación, y acaso si la necesidad obligara, rogar á la Superiora el traslado de la religiosa á una casa de salud. Pero nada de esto se le ocurrió. Tenía sin duda el cerebro seco, cuando más falta le hacía el tenerlo cuerdo y jugoso...—Si cumpliendo con un sagrado deber de cariño, el día que estuve hablando con Rodríguez en la *Cervecería Irlandesa*... con firme propósito, y sin proyecto descabellado, me dirijo al exclaustrado ó al farmacéutico, la cosa estaría hoy á pedir de boca. Alicia sería mi esposa, mal que les pesara á todos los zánganos de aldea. Pero la Providencia así lo ha dispuesto, y á lo hecho no hay remedio.—Pensando todo esto el profesor, atormentábase más al reconocer aquella falta tan grande, prueba evidente de su inutilidad científica. Y por si esto no era bastante... ¡aquel dictamen pericial ante la sala de lo criminal de la Audiencia

Digitized by Google

¿No había certeza en el resultado de sus investigaciones? ¿El doctor Bacterio no efectuó otras segundas comprobaciones?—¡Bueno está e jefe del Laboratorio de Química!... Quizá fuera tan torpe é ignorante como lo era él; á pesar de ser catedrático de la Facultad de Medicina... Dispuesto estoy á empezar nuevas experiencias, que den más luz á las anteriores: este año he renunciado á las conferencias libres en el Hospital; mi amigo Castro Hueso está encargado. Me es imposible el poder atenderlas, porque dejaría á mi clientela olvidada... Aprovecharé los ratos perdidos, y estudiaré la cuestión sesudamente... ¿Quién sabe si estos trabajos abrirán nuevo campo á las ciencias médicas?... Y si en vez de asegurarme en el dictamen que presenté... ¡tengo que rectificar todo lo dicho!... ¡qué vergüenza! Las caras indigestas pasarán por mi lado, sus miradas impertinentes y burlonas. El hormigueo entusiasta de toda una capital cuando me aplaudió, se transformará en irritante mofa; salpicando mi rostro con puñados de basura inmunda... La gloria, como premio constante al asiduo trabajo, se desvanecerá en el espacio: y sólo el descrédito, el desprecio, será el fruto que podré alcanzar... ¡é vergüenza!...

Digitized by Google

Todas estas ideas acudían en continuo tropel, en desorden, por su cerebro fatigado por el estudio. Leía una y mil veces la carta, y absorbía todo su contenido. Los datos curiosos que le participaban eran como dardos envenenados, crueles y punzantes, martirizándole constantemente... Después, quedaba tranquilo. Ya no recordaba aquel revoltijo de reactivos. La serie de cambios bruscos determinados por el químico al descubrir un punto luminoso (desvaneciendo el resultado final de una operación), eran menos frecuentes. El hombre de ciencia dejaba de serlo por momentos. El corazón hablaba: las facultades anímicas no podían ser engañadas.

—¡Bien seguro estoy de mi desgracia! Es más: tengo la convicción cierta de no haber faltado á mi deber. ¿Soy acaso el primero que experimenta una equivocación? ¿No está en mi mano el remedio?... Peor hubiera sido, si en vez de algunos años de prisión correccional, aplicaran al Machado la última pena: pero este caso no ha ocurrido. Si las experiencias que emprenda en lo sucesivo, aclaran la verdad, y llego á convencerme de que la tal atropina y nicotina no existieron!... lo manifestaré al Tribunal. Así conseguiré la libertad de un inocente. Más que nada, la voz de la ciencia me lo dicta...

Digitized by Google

Unicamente el desprestigio, era lo que sentía cuando llegara el momento. Después de todo, no quería arredrarse; tampoco vacilaba, porque la vacilación supone cobardía y Carlos nunca la tuvo, ni pensó en tal desfallecimiento. Sobradamente conocía que todo cuanto se elevó al principio, tendría una tremenda caída, anonadándole y dejándole sin fuerzas.

Si todos los testigos que fueron llamados al juicio oral mintieron descaradamente—en el supuesto de ser inocente el hijo del mesonero,—era necesario un buen escarmiento en contra de tanto infame. Así lo comprendía aquella imaginación robusta, el noble corazón de Tomassi...

—Después de todo, ¿qué supone la migaja de honrilla profesional, el crédito adquirido, por la satisfacción cumplida de una conciencia sin tacha? No supone nada. Hay otros padecimientos más peliagudos que torturan con parsimonia el corazón; padecimientos fáciles de corregir en los primeros momentos cuando la llaga estaba sin enconar; pero no ahora, que hizo sangre... Y todo ¿por que? ¡Siempre la ignorancia!... Doblegándose el ser débil ante las exigencias descabelladas de nuestras faltas sociales. Soy... mejor dicho: he sido responsable de una desgracia. Los médicos como yo

Digitized by Google

debían ser despreciados... ¡ Pobre Sor Magdalena!... ¡Pobre Alicia!...

Rendido por la fatiga y por la serie de pensamientos que difícilmente podía desechar, quedaba Carlos Tomassi como hipnotizado; paralizados sus miembros. Desde su última enfermedad en Madrid, los amigos le prohibieron todo trabajo intelectual, á fin de dar descanso al funcionalismo de los órganos... pero nada consiguieron. El estudio era su alimento, su media vida. No frecuentaba ninguna reunión; trataba superficialmente á los compañeros del claustro. La única visita que recibía, era el amigo Castro Hueso; el cual no cesaba de preguntarle la causa de su aislamiento. Sin embargo, tan pronto como llegaba á su casa el profesor de medicina legal, sobreponíase: hacía un esfuerzo de flaqueza, y aparentaba estar sonriente; satisfecho en extremo.

Aquella vida tan aburrida y monótona, salpicada de tanto recuerdo triste, tenía sus complicaciones y algunos momentos de expansión. Una tarde salió á dar un paseo con el doctor Castro. Le pareció á Carlos que sería mejor encaminarse á la estación portuguesa, y ambos amigos llevaron á cabo la idea. Querían respirar aire libre mucho oxígeno... y lo consiguieron.

Digitized by Google

La tarde era una de las más hermosas que acostumbraba á regalar el mes de Marzo. Aglomerábase multitud inmensa por las espaciosas calles de la capital, ansiosa de disfrutar la bonanza de un cielo azul claro, buscando al efecto los ensanches, las carreteras, los jardines y el paseo de las Carmelitas, sitios todos estos hermosos y encantadores, libres del tufillo de mercado. Las dos serían, y estoy seguro, que los círculos recreativos, el Ateneo y la mayoría de cuantos cafés existen, guardarían un silencio sepulcral, por la falta de público que animara sus tertulias. Los niños, saltando y piando—como pájaros que recobran su libertad,—daban rienda suelta á las mil distracciones que guardaban en sus tiernos cerebros. Al contrario, las niñas; con la particularidad y antagonismo respecto del varón, forman corrillos; entretienen sus aspiraciones maternales, y acaban siempre contrayendo matrimonio, teniendo hijos, y bosquejando un simulacro de disgustos y ternezas que el día de mañana realizarán y llevarán á cabo en este pícaro mundo.

¡Cuántas verdades, ensueños, sacudidas y desesperaciones, suelen ver cumplidas!...

¡Cuántas niñas soñaron en sus tiernos

Digitized by Google

años, extravíos en el cónyuge, faltas de amor; y como es consiguiente, disgustos matrimoniales! .....

Complacíanse los dos amigos, observando las distracciones de aquellas criaturas, cuyos sentimientos, gustos é inclinaciones manifestábanse sin rodeos ni diatribas; sólo la terquedad y ñoñería de algún carácter díscolo, alteraba la diversión, hasta que sonaba el clarín, terminaba el juego, y dándose á la fuga, salían en busca del abrazo cariñoso de la madre ó el padre.

—¿Por qué lloras, hijita? — preguntó Carlos á una mujercita, recientemente separada de la algazara y bullicio de otras compañeras, que entre risotadas infantiles aplaudían el proceder enérgico de la reunión.—¿No quieren dejarte jugar? —volvió á exclamar el doctor.

La niña, que era rubia como el oro viejo, callaba; apretaba los carrillos como queriendo ahogar la congoja, y no pudiendo contener la pena, rompió con más fuerza el lloro: entonces, entrecortaba las frases, sorbía sus lágrimas como quien se impone fortaleza y valor... y después de estar una buena pieza derramando lágrim[illegible] suspiros é improperios, cuando sólo el h[illegible] queda como resto de la pesadumbre, p[illegible]

Digitized by Google

manifestar á los dos profesores, la transcendental sublevación ocurrida entre tantas compañeras en contra suya.

—Creo no hay motivo para obrar de esa manera—añadió Carlos, después de haber escuchado á la niña. —¿Cuántos años tienes?

—Diez años cumpliré en Abril —contestó retozonamente la pequeña.

—¿Dónde viven tus padres? ¿Cómo te llamas?...

—Yo no conozco á mis padres. Estoy en casa de una tía mía. Mi nombre es María de Dios.

El doctor Tomassi dirigió una mirada de compasión á la expulsada del corro; aparentó tranquilidad; acarició con paternal ternura las manecitas de la rubia, que expresaba singular desenvoltura en su cuerpecito raquítico y apocado, falto sin duda de energía vital; fijó los ojos en el azul rojizo del crepúsculo de la tarde, exclamando inconscientemente estas palabras:—¡Pobre criatura!...

—No soy pobre, señor caballero—respondió María.—Mi tía es muy rica... tiene dos coches... y cuando va al teatro, ese que cantan en francés (porque nadie lo entiende), viste muy elegante,... un traje blanco bordado,... y enseña la mitad de los pe-

Digitized by Google

chos... Ayer salió de paseo y se puso un sombrero muy bonito... ¡más rico! parecía una virgen...

—Di, hermosa,—preguntó Castro.—¿Esa señora tan elegante, que dices va al teatro,... te quiere mucho?

La niña guardó silencio un momento: recordó, sin embargo, alguna página triste; y como ya llovía sobre mojado, aquellos pensamientos sugeridos la hicieron volver á las andadas. Quiso llorar; soltó alguna lágrima, que roció la palidez de sus mejillas; pero Carlos, que imaginó una nueva serie de pucheros, le dió dos golpecitos en la espalda, y la dijo con tono cariñoso:

—Vamos, Diosita; ya sabes que mañana es tu primera comunión. Las amiguitas te han despedido por lo mismo; ahora, vete á casita y procura ser buena. ¿Entiendes?...

No bien terminó Carlos de decir estas palabras, la voz de una criada se oyó más cerca... (llamando entre la obscuridad de los árboles del jardín), á la señorita María... Cuando la Diosita se presentó delante de aquel cancervero, no le valieron excusas. Recuerdo que la propina recibida fué morrocotuda... y nada más.

Cuatro tiros de escopeta faltarían para poder llegar á la estación. Había entrado la noche, y no era cosa de andar hasta la

Digitized by Google

terminación del paseo de las Carmelitas donde está enclavada la vía férrea que conduce los viajeros á Portugal. Decidieron retroceder, porque el viento Noroeste empezaba á molestar. El paseo estaba desierto; no se veía alma viviente.

Al terminar la longitud de aquel sitio de recreo, donde se levanta la estatua monumento erigido á un notable artista español; al dar comienzo al paseo del Príncipe, oyeron ocho campanadas en el reloj del Hospital de la Caridad.

Carlos experimentó una sacudida nerviosa por todo su cuerpo; sintió frío después; y como queriendo coordinar ideas, recordó el día tristemente célebre de una conferencia. Volvió á recordar la figura de Sor Magdalena... La excitación desesperada de todo su organismo en acción, era cada vez más enérgica, más febril. Castro Hueso tenía que ir á dar la lección de Medicina legal. Era ya la hora. Por otro lado: su conciencia misma, exigíale cuanto antes resolver el asunto de análisis que tenía proyectado.—¡Bien podía ser una ptomaina! ¡La ciencia tiene verdades que amargan! ¿Serán la nicotina, cicutina y atropina fases diversas del alcaloide cadavérico?... Necesito afianzar más el estudio; poseer bien el contenido del folleto de Selmi... y el

Digitized by Google

no menos notable de Lombroso... sobre... ¡no recuerdo!... sobre... ¡ah, sí, ya le tengo!... *Sulla medicina legale del cadavere...*

Debo enterarme bien de la fosa de Alicia... Quiero estudiar la calavera... Sí... sí... iré al cementerio... Hablaré con el sepulturero... ¡Esta cabeza!... Mucho dolor, amigo D. Felipe... ¡Aquí hay alguna ptomaina!...

El supernumerario escuchaba difícilmente al principio. Carlos soltaba las palabras entre dientes; pero á medida que la fiebre era más intensa, hablaba fuerte como consigo mismo; increpándose, acusándose de asesino y criminal. El paseo le excitó más. Desde que empezó á hablar la niña del corro, Castro notaba en el semblante de Carlos algún trastorno...

Aconsejó al amigo retirarse cuanto antes á su casa, é inmediatamente descansara; después de tomar unos cuantos gramos de bromuro, y una taza de té con agua de azahar. Como Carlos quería ir al Hospital á explicar... Castro, le trasladó á viva fuerza de ruegos á su domicilio.

Después de manifestar al ama de gobierno el estado de D. Carlos, se despidió. Más tarde, en su gabinete decía Tomassi:

—Esta noche iré al cementerio, y sa-

Digitized by Google

caré todas las *ptomainas* de los muertos... Después la de... de... Sor Magdalena...

¡Tiene gracia la cosa!... ¡Ja!... ¡Ja!... ¡Ja!... Y... creerán que soy un sabio! ¡Valientes mamarrachos!... ¡Alicia enamorada de Carlos... es fácil... pueda ser... pero ¡Tomassi de Sor Magdalena!... Aquella loca!... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!...

Digitized by Google

Digitized by Google

XXVIII

Crisis como la que dejamos apuntada en el anterior capítulo, ponía en alarma á los pocos amigos de Tomassi, pero sobre todo á la mayoría aristocrática de la capital, donde el profesor contaba con el más grande de los prestigios científicos. Durante mucho tiempo, tuvo incrustada la idea de visitar el cementerio del *Angel-Custodio*, distante cuatro kilómetros del Hospital... casi un paseo: pero la constancia monótona del amigo Boceras unas veces; y otras, la no menos insidiosa del empleado jefe de administración, eran un obstáculo para llevar abo aquel propósito, que nunca pudo ver lizado. Cuándo las molestias de la fiebre

Digitized by Google

le dejaban tranquilo, y las facultades intelectuales estaban enteras y cabales, la nota triste de visitar la casa de los muertos, era menos frecuente. Generalmente desaparecían. Entonces, iba al laboratorio del Doctor Bacterio, á fin de continuar el trabajo interrumpido días antes; rebuscando en los libros de química analítica detalles exactos, que orientaran la investigación cierta del veneno: ó bien determinando, aislando algún alcaloide cadavérico, siguiendo los procedimientos descritos por el italiano Selmi, ó por el sabio Arnando Gautier de la Facultad de Medicina de París. No quería ver ningún enfermo: únicamente, aquellos casos desesperados, operaciones difíciles que le valían algunos miles de pesetas y que requerían extraordinaria maestría en el manejo de los instrumentos quirúrgicos. La asistencia á la Cátedra de Medicina legal raro era el día que faltaba; un deber de catedrático se lo exigía; frecuentemente, cuando la necesidad le obligaba guardar cama, bien á pesar suyo, dejaba de atenderla.

Pero donde invertía las horas muertas era en el laboratorio. Allí, embebido; enfrascado entre tantos cachivaches, tubos de ensayo, frascos de dos bocas, aparato[illegible] Mars para el reconocimiento del arsén

Digitized by Google

é impresionado continuamente por toda las series graduales de color, ocasionadas por la acción del reactivo: tan pronto rojo escarlata al rojo crómico; tan pronto verde prado al verde lagarto; tan pronto azul intenso de sal cúprica, al tenue y mortecino de las sales de quinina al estado de sulfato disuelto en agua acidulada con ácido sulfúrico; ó bien la escala de amarillos desde el ioduro plúmbico al de la madera carcomida y aviejada por los años. Todas estas fantásticas transformaciones de color, le recordaban la piedra filosofal; las cábalas y nigromancias alquimistas, haciéndole exclamar, á imitación del doctor Fausto de Goethe:

Yo te saludo reactivo mágico;
Mi mano llega á tí estremecida...

En aquel antro del estudio, escuchó el relato fiel y verídico de un médico suizo, que le refirió al doctor Tomassi todo un poema de medicina legal. «El doctor *Wolkenhaar*, halló en los intestinos de una mujer, que falleció por abusar del aguardiente, una substancia del aspecto de un aceite amarillento, que se obscurecía rápidamente á la acción del aire, y con un olor que recordaba el de las cabezas frescas de

Digitized by Google

adormideras; esta substancia se parecía por algunos de sus caracteres á la nicotina, alcaloide que existe en el tabaco; pero estudiado con gran parsimonia se encontraron diferencias esenciales bien marcadas. » Además, allí leyó la *Gaceta Clínica italiana* del año 75, que le pudo facilitar el mismo colega amigo, por contener las siguientes conclusiones, de dos notabilidades científicas, como son *Moriggia* y *Batistini*; los cuales daban á entender: « que los cadáveres de individuos fallecidos á consecuencia de una afección cualquiera, contienen mayor cantidad de ptomainas ochenta días después del fallecimiento, que inmediatamente después de éste. » Opinión que comprobaron y afianzaron por la experiencia, haciendo inoculaciones á conejos y ranas, con los productos venenosos extraídos de los cadáveres en aquellas circunstancias.

Así pasaba los días, devanándose los sesos en tamañas investigaciones; sufriendo desengaños; viendo nuevos horizontes; llegando casi siempre á su casa descuadernado, violentamente excitado por la fuerza sugestiva del estudio; largo, interminable, y de excesivas horas de gasto cerebral. Lo inmediato eran las crisis: agravando padecimiento que le minaba toda la red

Digitized by Google

nervios, haciéndolos bailar á cada instante con sacudidas fatales, dolorosas casi siempre, por la intensidad de su duración.

Cada día presentaban nuevo aspecto. Verdad que al principio realizábanse con poca frecuencia. Pasaba semanas libre de todo paroxismo: después repetíanse cada cuatro ó seis días, hasta que últimamente se llevaban á cabo de una manera periódica. Las inclinaciones y los gustos variaban, lo mismo en el orden sociológico que en el artístico. Aquellas aficiones á los clásicos españoles, perdiéronse por completo. La música con toda su grandeza y encantos, le aturdía y cansaba. Los mentalistas unos embusteros, embaucadores. Todo cuanto trompeteaban los materialistas, diciendo «que la combinación no es más que la satisfacción de ciertas atracciones; la cristalización un comienzo de organización; los seres más complicados aparatos de física y química; el estómago un alambique; el cerebro una pila, y sobre todo, aquellos ojos que tantas veces había disecado, desmenuzado en las mesas del anfiteatro, ¡que fueran una cámara obscura! Todo eso no podía creerlo, aunque viniese á explicárselo el físico más notable que se conociera. Darwin y Haœkel, unos locos rematados. Para Carlos Tomassi, la única ciencia ver-

Digitized by Google

dad era la medicina legal, y más aún el estudio de los alcaloides cadavéricos llamados *ptomainas*. Los había aislado; estaba seguro; altamente satisfecho de la verdad, y no solamente eso, sino de su propia ignorancia. El también se equivocó; dictaminando ante un Tribunal una serie de falsedades que no existían, y dando por resultado la condena de un inocente.

Sólo le atraían y le subyugaban cuatro obras monumentales. *El Evangelio*, *El Hamlet* de Shakespeare, *La Divina Comedia* de Dante Alighiere, y el *Don Quijote de la Mancha*... Había leído alguna novela rusa traducida al francés (que de veras admiró por el gran parecido á la obra del Manco de Lepanto). Una de ellas era, *Las almas muertas* de Gogol.

Desde que pudo convencerse del infructuoso y desordenado trabajo dictamen pericial, con motivo de la muerte de Primavera; una vez probada la existencia de ptomainas en vez de la atropina, nicotina y cicutina, devanóse los sesos en la lectura de aquellas grandes creaciones citadas anteriormente, llegando á dividir el trabajo en horas, como podrá verse por el siguiente cuadro:

Digitized by Google

PLAN DE ESTUDIO IMPUESTO POR CARLOS TOMASSI

I

« Hasta las diez de la mañana no tendré hora fija para levantarme. A las once todos los días deberé estar almorzado, y dispuesto para ir á la Facultad de Medicina, donde explicaré mi lección hasta la una de la tarde. »

II

« A la salida de cátedra, me dirigiré al cementerio del *Angel Custodio*, permaneceré hasta las dos; meditaré; rogaré por Sor Magdalena;... y después de orar, me marcharé al laboratorio del Dr. Bacterio, donde podré aislar una ptomaina mensual, trabajo que voluntariamente me impongo. »

III

«Nunca comeré más tarde de las cinco: después de tomar café encaminaré mis pasos meditando media hora por las calles;

Digitized by Google

preparándome para una comunión que cumpliré el mismo día de resolver y aislar el alcaloide cadavérico; con este fin podré lavar la mancha de ignorancia que pesa sobre mi conciencia.»

IV

« A las siete de la tarde, en todo tiempo, lo mismo en verano que en invierno, y antes de cenar, leeré la tragedia *Fausto* de Goethe, por espacio de dos horas. Además, dedicaré media, para meditar lo siguiente:

« La eternidad á su ambición no basta
cuando rompe á volar la fantasía,
y el rincón más angosto es suficiente
para encerrar al cabo nuestras dichas.
El corazón taladra la zozobra,
robándonos la paz y la alegría,
y el secreto pesar en él engendra.»

V

« Terminada la lectura del *Fausto*, cenaré á las once. El *Hamlet* de Guillermo Shakespeare, será leído por mí durante dos horas. Descifraré todos los concep filosóficos que pudo concebir el prínci

Digitized by Google

de Dinamarca, y clasificaré la locura del noble cómico. Por último, emplearé otra media hora leyendo la escena primera del acto quinto, y especialmente lo señalado en mi original, y que para mayor inteligencia anoto en castellano.

ESCENA PRIMERA

PRIMER SEPULTURERO

—¿Y ha de enterrarse en sagrado la que voluntariamente se fué al otro mundo?

SEGUNDO SEPULTURERO

—Te digo que sí; y por lo tanto apresúrate á cavar su sepultura; la justicia ha intervenido, decidiendo que se entierre entre cristianos.

PRIMER SEPULTURERO

—¿Cómo puede ser eso; á menos que se ahogara en defensa propia?

SEGUNDO SEPULTURERO

—Pues así está decidido.»

VI

«Llegará la hora señalada para leer obra magistral del poeta florentino, *Divina Comedia*. Abriré el gran libro

Digitized by Google

siempre á las dos de la noche de mi reloj: empezaré por el canto tercero del *Infierno*, pero con predilección el terceto final que se lee en el frontispicio de aquella mansión; terceto que recitaré cual si fuera un cómico, cincuenta veces seguidas, y meditaré otras tantas:

> Dinanzi á me non fur cose create,
> Se non eterne, ed io eterno duro:
> Lasciate ogni speranza, voy che entrate. »

VII

« Por último, después de dar las tres, leeré un comienzo de capítulo de la obra de Cervantes; y si puedo llegaré hasta el final. Esto me servirá de asunto humorístico, así como satírico, pudiendo reir todo cuanto tenga voluntad y gana. Realizadas estas distracciones, con gran recogimiento sin mezcla de donaire, me desnudaré. Al acostarme en la cama, haré la señal de la cruz después de haber leido los versículos 1 y 2 del cap. VII del Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, según San Mateo:

> 1 No juzguéis, para que no seáis juzgados.
> 2 Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con medís, os volverán á medir. »

Digitized by Google

VIII

« Esta será la conclusión; procuraré llevar á cabo al pie de la letra cuantos trabajos me impongo, aunque me martiricen; y como nota final, no visitaré á ningún enfermo, puesto que yo necesito el tiempo para mí, por estar más enfermo de lo que la gente puede creer y ver en todos mis actos. »

Arreglado en Z... (cátedra de Medicina legal) el día de la Gran Crisis del Dolor.

(Hay un sello.) Por el cumplimiento:
CARLOS TOMASSI.

Tal es el documento que guardaba el profesor, y que me facilitó mi amigo Policarpo Jaramilla, así como otras muchas cosas más, las cuales serán materia de otro libro. Por ahora, el paciente lector se contentará con saber lo que fué de Carlos, el amante de Alicia de Viñuela, constituyendo el tema del siguiente capítulo, y si fuere necesario, añadiré otro más para finalizar esta puntual historia.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXIX

aría de Dios, aquella mujercita dicharachera; de cabellos rubios, imagen angelical de la desgracia, fué la única criatura que hizo recordar á Carlos Tomassi, algo grande que ignoraba y desconocía.

Ninguna obra del genio pudo serle más útil: las miserias humanas se le agolpaban á su imaginación—cual espectros miedosos retorciéndose en montón, como si cabalgaran unos con otros.—Tomassi, profesor de la Escuela de Medicina, amante entusiasta de la idea experimental y filosófica de la moderna ciencia, director y maestro, todo un rebaño de juveniles y mansos deros, había tropezado con un ser tan

Digitized by Google

desgraciado, tan digno de compasión, que tampoco conoció á los autores de sus días. Lo extraño del caso era que la Diosita, no daba importancia á la magnitud de su miserable situación. Del acto bajo y rastrero que sus padres realizaron (abandonándola en la charca innoble y asfixiante de la capital), no era responsable el angelito; eran aquellos seres, residuos del vicio, monstruos de podredumbre, últimas escorias de la carie que corroe y daña el organismo social. Todo esto lo comprendía Carlos y le era conocido: perdonaba la tristeza y el desamparo; pero de ninguna manera podía consentir los malos tratamientos; las enseñanzas desmoralizadoras de la gran señorona encargada de la educación de María; induciendo á la pobre criatura en las prácticas perdurables del gran mundo; inficionando y dañando la ternura de su corazón de niña.

Hacía algún tiempo que el Dr. Carlos vivía aislado, entregado al trabajo nocturno, meditando y llevando á cabo el plan que se impuso. Una noche, al recordar á la jovencita del paseo, tuvo una idea feliz sugerida á la vez por la lectura de la obra del Dante.

—*Nuestra única pena es vivir con un deseo, sin esperanza de conseguirlo* — ha

Digitized by Google

dicho el gran poeta; y por si no fuera bastante, añade en otro terceto:

Ch' ei non peccaro; e s' elli hanno mercedi,
Non basta, perch' ei non ebber battesmo,
Che é porta della Fede che tu credi:

—Es cierto: pero yo he recibido el bautismo; después... mi madre, siendo mocito, me llevó á confirmar. Hice mi primera comunión, que conserva mi mente como un sueño difícil de olvidar... ¡Pero no recuerdo el tiempo que hace! —Y apretaba los puños, cerraba el libro y hablaba consigo mismo, repitiendo todo cuanto acababa de decir. Momentos más tarde quedaba algo más tranquilo, discurriendo cuerdamente lo que debía de hacer.

—¡Si pudiera ver en el paseo á la Diosita!... Haré un esfuerzo; saldré con el amigo Castro, y... ¡quién sabe si la encontraré!... Aquello fué una casualidad... Quizá la rubita no salga como antes... La aristocrática hembra asistirá á los bailes y enseñará á la púdica doncellita (momentos antes de ir á la Opera) la morbidez de sus formas; iniciándola en algo que á la criatura le vendrá de nuevas, en vez del aire respirable y sano del campo... Si pudiese ver á Marilta, la preguntaría por la satis-

Digitized by Google

facción experimentada en aquella su primera comunión... Pediría detalles que embriagaran mi ser hambriento de virginal inocencia y de buenos consejos. Dichos detalles me servirían de norma para poder llevar á cabo, ante la Majestad del Señor, un acto noble y digno de verdadera contrición, á fin de desahogar los mil desaciertos cometidos en mi calvario profesional... ¡Vaya si lo haré de buen grado!... Todo es tener decisión. Hace mucho tiempo que el estudio me tiene olvidados los deberes del buen católico; y en esta ocasión, trataré de no incurrir en estas inconsecuencias, atendiendo, como es natural, á lo necesario y perentorio!...

Carlos quedó meditando largo rato: y después de sostener una lucha de conciencia consigo mismo, acabó por excitarse. Por fin, algo más resuelto, empezó á voz muy queda por hacer la siguiente confesión, cual si estuviera arrodillado delante del tribunal de la penitencia:

Confieso mi perversión... ¡El pícaro estudio tiene la culpa!... ¡Catorce años sin confesar! Verdaderamente que mi maldad no tiene perdón. He dudado de la grandeza y omnipotencia divina... ¡Soy un mentecato! ¡Sí, todo lo diré... que buena fe me hace!...

Digitized by Google

Calló largo rato, hojeó como inconsciente las páginas de la tragedia de Shakespeare, que guardaba sobre la mesa... é incorporándose de nuevo continuó:

—*¡Tengo muchas cosas en este pensamiento pecador!... Lo que más pesa sobre mí, es la suerte de Sor Magdalena... ¡No quiero jurar el santo nombre de Dios en vano! Pero bien sabe todo el mundo la castidad de nuestro amor... Desconocí la enfermedad... Fuí un torpe, un ignorante... ¿Hubiera faltado á la ley de Dios... si conociendo la dolencia de Alicia, cometiera en aquel entonces un acto brutal de sensualismo?... Sabiendo el remedio ¿debe el médico aconsejarlo en caso semejante? ¿Puede una religiosa renunciar á tan solemnes votos?...*

Había dos soluciones: el manicomio y quizá la muerte; ó el matrimonio. ¿Qué debí hacer ante ese problema?... En cuanto al dictamen pericial emitido ante la sala de lo criminal de esta Audiencia, debo confesar, padre mío, otro rasgo de ignorancia. Analicé las vísceras putrefactas del cadáver de Primavera; mis experiencias analíticas demostraron palpablemente la existencia de tres venenos violentos... Creíme del resultado, y anuncié el hecho... Vinieron testigos el día del juicio oral, y sin saber nada res-

Digitized by Google

pecto á mi dictamen, dicen lo mismo que anticipadamente dejé comprobado.

La ciencia es un infinito; es la eternidad: como obra de Dios, se ignora su marcha progresiva... es eterna como la materia... Pues bien, señor sacerdote; lo que al principio creí un veneno, es una verdad; sólo varía la idea capital. En vez de ser administrado por un pensamiento malo y criminal, es obra de la descomposición cadavérica. La experiencia lo ha demostrado. Pedro Calloso es inocente. Los únicos criminales son los testigos. Los señores magistrados y yo, somos seres inconscientes, automáticos... ¿Qué debo hacer ante este segundo problema?

Tan fatigado estaba Carlos Tomassi de tanto zascandilear, dando vueltas, idas y venidas por su gabinete; que cuando terminó de preguntarse esto último, se desplomó en el sillón, regalo de D. Policarpo Jaramilla; á pesar de estar descoyuntado el armazón de nogal añoso, y algo roto el cuero pintarrajeado de relieves antiguos, no lo estaba menos su descuadernado cuerpo, profundamente emocionado y abatido, por la excitación febril de aquella crisis... Y así, batallando en el revuelto mar de confusiones que abrumó su pensamiento, después de apoderarse una laxitud de tod. sistema nervioso, dió media vuelta

Digitized by Google

sillón y se quedó dormido; precisamente á la hora en que la criada, al ver entrar los primeros rayos del sol por los cristales de su alcoba, daba un brinco de la cama, y desperezaba aquel sueño indolente y despreocupado.

. . . . . .

Dos horas después de levantarse el ama de gobierno del doctor, y despachados todos los menesteres de la casa, llamaron á la puerta. Era D. Felipe Castro, el cual, tan pronto supo por una indicación del doctor Bacterio, la importancia de los estudios experimentales llevados á cabo por su compañero y amigo en el profesorado, quiso aprovechar la ocasión de encontrarle en casa.

—Buenos días, señorito.

—¡Muy felices, Joaquina! —D. Carlos dormirá; ya sé la poca costumbre que tiene de madrugar...

—Tiene razón, D. Felipe; el caso es, « que el dormilón poco vive » y algo de esto ocurre á mi señor... ¿Quién le manda acostarse tan tarde? Debe usted regañarle... Hace días que no prueba bocado. D. Carlos no está bueno... Como duerme poco, su cuerpo se resiente: por lo mismo, hace algunos días está bastante desmejorado.

Digitized by Google

Mientras la criada hablaba, el supernumerario se dirigía al gabinete y habitación del profesor; era de bastante confianza, razón por la cual podía penetrar sin permiso de la sirviente.

—Tengo la seguridad de que dormirá; pero son las diez menos cuarto, y es hora de soltar las sábanas;— y diciendo esto, empujó la puerta adelantando por la sala al despacho; entonces á la luz mortecina del quinqué, distinguió el cuerpo de Carlos Tomassi dormido en el sillón.

—¡Ah, mi buen doctor!... ¿Así obedece usted los consejos facultativos? ¡Vaya!... ¡Vaya! No atente usted contra sí mismo: de este modo no podrá vivir mucho;— y dirigiéndose al balcón desplegó las maderas, penetrando la hermosura del sol por los cristales.

Tomassi despertó asustado, dió un soplo á la lámpara, y saludó al doctor Castro Hueso.

Castro vió la cama de su colega sin desarreglar, y entonces se convenció de su equivocación al pensar que su amigo hubiese madrugado. Estaba seguro de que el profesor había pasado la noche en claro; únicamente la fatiga y el cansancio le hizo quedar dormido en el sillón.

—No le aconsejo, amigo D. Carl

Digitized by Google

repita otra vez lo de hoy. Usted se aprecia muy poco, y de este modo lo que hace es matarse... Sí, señor, matarse. Es usted un monomaniaco.

—Algo hay en mí de desarreglo intelectual— interrumpió Tomassi. Sólo varía el carácter de la afección. Atiéndame un momento. Era bien de madrugada cuando me dejé caer pesadamente en este sillón... Recuerdo superficialmente que soñé mucho. No podría detallar todo lo que ví y hablé. Guardo sólo una idea aferrada é incrustada en toda mi alma; no puedo olvidarla...

—No hay motivo para hacer caso de los sueños, amigo doctor; podemos compararlos al *mentir de las estrellas* que en este momento no guardo memoria quien lo dijo. Pero sea dicho por Mengano ó Perengano, es una verdad como un templo, «porque nadie ha de ir á preguntárselo á ellas, siendo por lo mismo el más seguro mentir.»

—Todo eso lo comprendo, D. Felipe— añadió el profesor de medicina legal.— Hay momentos en los sueños en que los centros nerviosos toman parte activa en el dolor y la dicha. La noche pasada; mejor dicho, la madrugada, ha sido para mí un padecimiento tenebroso. Conocerá usted

Digitized by Google

La Divina Comedia, del Dante Alighieri; pues bien... Ensimismado, engolfado en la lectura de ese monumento literario, después de meditar largo rato, quedéme dormido. ¡Qué sueño tan cruel, amigo Castro! ¡¡qué sueño, Dios mío!!... Perico Primavera, con aquella cara de profeta trasnochado, pintarrajeada de rojo púrpura por el vino, y su carácter indolente sin ser holgazán; cubierto su cuerpo con una túnica de estameña blanca, llevaba fotograbados estos nombres: *atropina*, *cicutina*, *nicotina*, aparéceme como por encanto acompañado de mi Alicia, la misma en cuerpo y alma. De pronto, dirígense á mí, que estoy rodeado de todos los magistrados de esta Audiencia; y como me reconociese la fantástica religiosa, sepárase un momento de su compañero, me aprisiona fuertemente y... ¡zás!... me zambulle en un gran cañón de cristal. Reconozco el sitio, y la misma curiosidad me incita á leer unas letras grandes de fuego que dicen: *¡ptomainas! ¡ptomainas! ¡ptomainas!... Nada de atropina y compañeras.*

Encontrábame dentro de un tubo de cristal enorme, en cuyo fondo leí lo siguiente:

Tomassi: perderás el don de la inteligencia si no desmientes tu dictamen.

Digitized by Google

Grito: casi desfallecido pido auxilio... Sor Magdalena quiere socorrerme; pero el mismo diablo de Primavera transformado en Machado, intercepta nuestro paso con la siguiente inscripción que poco antes de dormirme leí en la obra del poeta Florentino:

Noi sem venuti al loco où io t'ho detto
Che tu vedrai le genti dolorose,
C'hanno perduto il ben dell'intelletto.

Forcejeé por buscar salida del depósito cilíndrico en que me hallaba... En vano pedía misericordia y más misericordia, soltando plegarias á todos los ángeles de la Divina Providencia... Nadie escuchó mis ruegos; no aparecía alma viviente aunque fuera el mismo demonio en auxilio de Carlos Tomassi... ¡No estoy loco, amigo Castro!... Créame usted de veras, que no lo estoy...

—¡Cálmese!... ¡Cálmese, D. Carlos!—prorrumpió el supernumerario, viendo la excitación general de su compañero.—No haga usted caso; eso podría ocurrir á cualquiera.

Y Carlos añadió emocionado de espantoso miedo:

—De ninguna manera puedo tomar esto con cierto desdén. ¡La conciencia me re-

Digitized by Google

muerde! Hoy mismo: esta noche iré al hospital y buscaré al sacerdote del establecimiento. Quiero confesarlo todo. Quiero dejar de atormentar mi alma...

En aquel momento, el reloj de gran péndola, hizo vibrar su timbre ronco, parodiando el zumbido del abejorro.

—¡Las doce! ¡Las doce!—dijo Joaquina, presentando su persona en la puerta de la sala.

—¡Canario! ¿Cómo tan tarde?

—Almuerce usted conmigo, Sr. Castro.

Después de insistir repitiendo lo mismo Carlos Tomassi, accedió D. Felipe por no contradecir al amigo.

Durante el almuerzo no se habló casi nada. Castro sacó el cuerpo de mal año, y contribuyó á que el profesor de medicina legal comiera algo más de lo que acostumbraba. A la una menos cuarto ambos catedráticos se dirigían al hospital.

Al cruzar la plaza del Gran Capitán y tomar el paseo de las Carmelitas, vieron venir á toda velocidad un carruaje descubierto. Repantigada en el asiento, iba una mujer hermosa; vestía traje color lila, cuya falda iba tan ceñida al cuerpo, que marcaba todas sus esculturales formas; gastaba una capota á la inglesa. Nada más pudieron ver.

Digitized by Google

Castro miró á la dama y saludó. Luego le dijo á Carlos:

—La mujer que acabo de saludar es la que tiene ahijada la niña aquella...

—¡Sí!... Sí. Ya recuerdo. María de Dios—repuso Carlos.

—Eso es; justo. Hace dos noches me contaron una historia... que espanta... Por cierto, que fué en el teatro donde la escuché.

—¿Y se llama la caritativa señora?...

—Flor Blanca. Aquí en Z... todos la conocen por Flora.

Castro Hueso habló un momento al oído de Tomassi; éste no dijo nada; sólo escupió la tierra del paseo... y más tarde añadió:

—¡Cuánta porquería!...

No sabemos si lo diría por la suciedad del piso, ó por la historia de Flora.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXX

Gran concurrencia en el «Círculo de la Industria,» que la moda ha declarado como el punto selecto donde se reune la aristocracia del talento y de la banca.

Varias son las mesas, al rededor de las cuales se agrupan numerosos socios del Ateneo. Se comenta extraordinariamente el decaimiento físico y moral de Carlos Tomassi; la falta de energía y la poca consideración del Rector de la Universidad, encargando al catedrático de la Facultad de Medicina, el discurso inaugural del curso académico, no teniendo en cuenta el desarreglo cerebral que viene algún tiempo padeciendo; las mil versiones divulga-

Digitized by Google

das respecto á sus monomanías; y hasta la poca confianza que inspira actualmente á las Hermanas religiosas del Hospital de la Caridad. Todo esto, y aun algo más, se comenta: despellejando al prójimo que agarran entre sus uñas, faltando á la verdad, é ignorando los motivos en que dicha elección se fundaba.

Un abogadillo parlanchín, aficionado á la crítica de alcantarilla; uno de esos mocosos atrevidos, dispuestos á censurar las obras de Cervantes, y al mismísimo Fuero Juzgo, está en el uso de la palabra.

—Todo esto quiere decir (á juicio mío), que este cláustro tan admirado y envidiado por todas las universidades españolas, se encuentra en la actualidad en un período de decadencia. Que en este Paraninfo, donde se escucharon aquellos memorables discursos de tantos sabios (que no nombro ahora, por no venir al caso), desmerece cada día de un modo asombroso; y á mayor abundamiento; ¡día llegará, señores míos, en que veremos arrinconada y obscurecida esta gloria española, símbolo que fué en todo tiempo de cultura y adelanto de las naciones civilizadas!

El asentimiento era general; pero no contento el Cortina en miniatura con última parrafada, emprende otra segu

Digitized by Google

en el momento preciso de entrar el doctor Castro Hueso. Era tal el entusiasmo que reinaba entre los oyentes, precisamente á la llegada del supernumerario, que se arrinconó en uno de los extremos por no marearse con tanto barullo.—El letrado, recalcando las frases más salientes, continuó en el uso de la palabra.

—Dentro de pocos días saldremos de dudas; veremos todos los puntos que puede calzar esa lumbrera del saber;... ¡al hombre de tanto prestigio en este cláustro de mucetas amarillas! Así nos convenceremos por qué razón ha sido y sigue siendo el médico aristócrata de moda, á pesar de su insuficiencia..., y por último, puesto que, según dicen los periódicos, presidirá el acto nada menos que el Ministro de Fomento (por encontrarse en esta capital tomando baños en el establecimiento termal de la *Virgen de la Cueva*), dicho señor podrá formarse una idea de la magnificencia de esta Universidad, oyendo á un profesor como Tomassi.

No tuvo paciencia Castro: al principio quiso contenerse, pero un deber de compañerismo al ver un amigo ultrajado, sin poder defenderse por no estar en el local, hizo levantar bruscamente de su asiento; sin encomendarse á nadie, metió baza

Digitized by Google

en la tertulia dirigiendo una mirada de indiferente desdén al futuro Justiniano.

—Habla perfectamente el bachiller de toga: ¡Valiente plancha acaba de hacer el señor pigmeo!.. ¡Sepan quién es Calleja, señores! En vez de juzgar á quien no conoce, más le valiera estudiar para no sufrir bochornos como el que experimentó en las últimas oposiciones... Y además...

—D. Felipe.—¡Usted me está faltando!...—objetó el orador de aquella tertulia, ronco y tembloroso, emocionado por lo que no esperaba.—¡Sr. Castro! volvió á repetir, colorado y nervioso.

—¡Sea usted más digno de este sitio! D. Carlos Tomassi hizo lo que usted no hará mientras viva. Ganar unas oposiciones en la Universidad Central, luchando con hombres de talento; sacar el primer lugar en las mismas... y lo que iba á decir antes; darle á usted ignorante gusanillo, la paliza más soberana que cuenta la historia del Ateneo artístico de esta capital..... ¡Acaba de cometer usted una bajeza! Una chiquillada impropia de este centro, donde encuentra personas que escuchan sus sandeces!...

—Repito, señor médico, que usted me está faltando.

—¡Calle, el Sr. Chancleta; bota

Digitized by Google

del periodismo!... ¡Es usted un boceras, sin vergüenza! Al oir la calificación de boceras, salió destacándose del grupo una voz que respondió á dicha calificación: era el amigo de Tomassi; el administrador de luenga perilla, el cual, viendo la cosa de mal talante, y comprendiendo la razón por parte del supernumerario, quiso llevar la paz á la reunión, procurando apaciguar la exaltación de ánimos de ambos señores. El abogado, á todo esto, hacía esfuerzos por desasirse de algunos compañeros que le aprisionaban; exclamando siempre las mismas frases.—Usted me ha faltado... ¡Sea usted comedido, señor médico!... y otras majaderías por el estilo. A decir verdad, el auxiliar estuvo algo duro defendiendo al doctor Carlos.

Trabajo inmenso costó á muchos de los señores que allí estaban, y principalmente los tres inseparables, el administrador, el coronel retirado y el oficial jefe de negociado, Sr. Colmenares, para conseguir la tranquilidad de los dos contrincantes.

Después de largo silencio, dijo D. Felipe, despidiéndose:

—Siento en el alma el mal rato que les he proporcionado: mi deber exigía lo ocurrido, defendiendo al amigo ausente. Hace algún tiempo, viendo trabajar á Tomassi,

Digitized by Google

mi maestro, siento por él; y lo siento doblemente; así como el Sr. Rector, porque no pudo evadirse de encargarle el discurso inaugural. Este año corresponde al catedrático de Medicina legal; por lo tanto, al doctor D. Carlos Tomassi le toca amenizar el acto de apertura.

—¿Cómo es, que todos los años tiene el público conocimiento del tema, y en éste aún se ignora?—preguntó uno de los socios del Círculo, hijo de un banquero.

—Eso tiene explicación, amigo mío—contestó el Nerón de la Medicina.—Porque se habrá tenido en cuenta el estado delicado de mi maestro, no pudiendo imprimirse el discurso anticipadamente, como es costumbre. Hace diez días estuve á verle, y aún no tenía ultimado el trabajo.

—¿Sabe usted sobre qué versará?—dijo el Sr. Boceras.

—Tengo noticias del asunto (aunque no puedo asegurarlo). Deje usted que recuerde... ¡ah! sí... ¡este demonche de memoria!... Sobre *El médico-legista*; tema de actualidad á juzgar por las investigaciones y experiencias que está realizando. Por de pronto, cuenten ustedes que D. Carlos Tomassi no es una medianía, como algunos suponen; y por lo tanto, el discurso será

Digitized by Google

cosa digna de ser oída, aunque produzca alguna discusión. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

El Paraninfo de la Universidad literaria de Z... está completamente lleno. Numeroso público, en su mayor parte de aristocráticas señoras, esperan con impaciencia la salida de los catedráticos, y más que nada, contemplar de cerca al Sr. Ministro de Fomento, encargado de presidir tan solemne acto. La gente se impacienta por la tardanza. El claustro de profesores está reunido. Sólo faltan los principales elementos de la gran festividad, pues el doctor D. Carlos Tomassi, elegido para dar lectura al discurso inaugural, aún no ha llegado.

Aunque el salón es espacioso, el calor que se nota es asfixiante; sin duda en el reparto de invitaciones no se tendría en cuenta el público que puede contener; los bedeles revestidos de gran uniforme, levita cruzada, botones y galón dorado, procuran acomodar lo mejor posible á los muchos que entran. En uno de los extremos, en un pequeño cuadro, está la orquesta, espacio que se hace cada vez más estrecho por los mil achuchones de la multitud, ávi-

Digitized by Google

da de escoger sitio. Empieza á notarse barullo.

—No sea usted pelma, amigo. Guarde usted consideraciones, que al fin y al cabo no somos sardinas—decía una señorita morena, algo aviejada, de cutis alijado y con toda una perfumería esparcida en sus adornos. El aludido; un joven alto, delgaducho como un fideo, poco amante del bello sexo á juzgar por los apretones dados, hacía como quien no oía; callándose como un sueco.

Otra más joven que la anterior sostenía el siguiente debate:

—¡Le digo á usted que no sea cosca y sobón!... Aquí se viene á guardar orden, escuchar cuanto se diga y no alborotar.

—¡Perdone la doctora!... aprieto obligado por el oleaje y la marejada trasera. Además; el mismo derecho tiene usted como cada hijo de vecino... ¡Como sus huesos están muy repantigados!... Descuide, no llegarán á ser tantos los aprietos, que la hagan saltar de la silla;—y dijo esto último con aire tan zumbón, que la elegante de sombrero y peinado romántico, no pudiendo contener el mal humor, exclamó:

—Tenga usted más delicadeza, y respete el sitio. ¡Groserote!...

Digitized by Google

—¡Pero, señorita de mi alma!... ¿No ve usted que me empujan? Quéjese la doña *Comodidades* á los que me aprietan; pues si tal hacen, dan señales evidentes de estar peor que usted.

—Haber venido una hora antes de la anunciada, como ha hecho una servidora, y hubieran cogido buen sitio—dijo amoscada la señorita, dispuesta á dar por terminada la discusión.

—¡Bueno!... ¡Está bien!... lo tendremos en cuenta el año venidero; ahora nadie lo puede remediar.

—¡Huy! ¡huy!... que me estrujan estos diablos de hombres,—mascullaba una vieja de cara rechoncha, nariz verrugosa y ojos de ratón mortecino.

—¡Dispense! Siento haberla molestado, Doña Trinidad; pero la orquesta va á preludiar y desea abrirse campo entre tanto público;—era el coronel retirado quien hablaba así.—¡Diantre! ¡Cómo está el Paraninfo!...

¡¡Silencio!! ¡¡Silencio!!... siseo general; algo que recuerda por momentos la espectación instantánea del regio coliseo de Madrid, al empuñar la batuta el maestro Mancinelli; los ánimos están cohibidos; no se oye una mosca, y parece increible cómo pueden sofocarse tantas respiraciones. En

Digitized by Google

el estrado hay dos filas de asientos de nogal tallado, trabajados con exquisito gusto (como que fueron arrancados del coro de un antiguo convento de nobles), y hoy adornan la plataforma donde se sientan los profesores, los cuales lucen las mucetas con la diversidad de colores, según la facultad. El Paraninfo, así como la fachada de la Universidad, pertenecen á la época del Renacimiento; aunque modificada por el estilo ojival en sus formas y decoración plateresca.

A un campanillazo del presidente, destácase de entre los catedráticos la figura del doctor D. Felipe Castro Hueso, supernumerario de la Facultad de Medicina, el cual comenzó á dar lectura al discurso inaugural, después de haber anunciado el presidente, que «el catedrático D. Carlos Tomassi, encontrándose enfermo de algún cuidado, había confiado al auxiliar aquella tan delicada misión.»

Dos horas después, terminada la lectura y el reparto de premios á los alumnos aplicados del curso anterior, desalojábase el salón comentando cada cual á su manera la enfermedad del profesor de medicina legal, y haciéndose mil conjeturas de algunas noticias que se habían adquirido.

. . . . . .

Digitized by Google

En efecto; Carlos Tomassi hacía algunos días que se encontraba enfermo; una de aquellas crisis que tanto trastornaban su sistema nervioso, le tenía postrado en cama. Mucho costó á la veterana ama de gobierno del doctor... poder conseguir el que no se levantara el día de la inauguración del curso: por fin, instigado y aconsejado por gran número de compañeros del Claustro de Medicina, pudieron hacerle estar muchos días, hasta conseguir calmar la excitación nerviosa.

En cuanto á las mil conjeturas que se formaban alrededor del enfermo, tenían sus razones fundadas. Tomassi fué denunciado al tribunal que falló la sentencia de Machado, por una persona altamente conocida y admirada en los círculos y ateneos de la capital. El doctor Celso Bacterio, director del laboratorio químico-legal, comunicó alguno de los resultados de las investigaciones analíticas del profesor Tomassi; y además, manifestaba al Sr. Presidente de la Audiencia de Z... « que estudiara bien el asunto, á fin de incoar nueva formación sumarial, si necesario fuera; ó bien, un nuevo llamamiento á juicio oral para que el perito que informó, rectificara (si conveniente lo creía), su anterior dictamen.

Digitized by Google

Pasados algunos días, cuando el doctor Carlos (aprovechando la ocasión de encontrarse algo mejorado), se disponía á presentar en la Sala de lo criminal de aquella Audiencia, un nuevo dictamen rectificando el anterior, recibió aviso del Presidente, para que compareciera á dictaminar nuevamente acerca del proceso Primavera.

No se sabe lo ocurrido el día de la entrevista del profesor con los señores Magistrados: lo cierto es, que el doctor Bacterio presentó algunos documentos convincentes, de las muchas investigaciones llevadas á cabo en el laboratorio de su dirección.

Los periódicos profesionales, así como los políticos, á más de la *Revista de Tribunales*, se ocuparon mucho de esta cuestión altamente transcendental. Podíamos reseñar algunos de los más importantes de aquella época; pero como el lector paciente quizá los recuerde, nos evitamos este trabajo. Indudablemente, que todo asunto de importancia conmueve la opinión pública; por lo mismo, en aquella ocasión no faltaron periódicos, que poseyendo la verdad entera de los hechos, se ocuparan del proceso con verdadera imparcialidad.

La Tribuna Moderna, diario republ no, que aún guarda mi buen amigo el ?

Digitized by Google

cuario Jaramilla, dice, entre varias cosas, lo siguiente:

« *Nuestros lectores recordarán el proceso instruído hace algunos años por el infatigable Juez instructor de Berruguillo, y perteneciente á la Audiencia de Z... Pues bien: de todas las declaraciones, citas, providencias é indagaciones llevadas á cabo, resultó como autor (sin confesar el hecho),... F. C..., conocido por el apodo Machado, el cual fué condenado después del juicio oral, á X años de prisión, etc., etc. En aquellos días distinguióse extraordinariamente el doctor Carlos Tomassi, por su dictamen pericial, esclareciendo la verdad en el proceso... Pero ¡oh poder de la ciencia química! El perito ha rectificado su informe, y el presunto criminal puesto en libertad en vista de su probada inocencia.*

¿Quién es el culpable de estas equivocaciones?

Y al final añade la siguiente noticia: « *Dícese que los estudios efectuados por el perito que intervino en el dictamen, han llegado á trastornarle sus facultades intelectuales.* »

. . . . . .

Digitized by Google

Digitized by Google

EPÍLOGO

JULIO con su calor abrasador, hace más hermosa la campiña, donde se alza la majestuosa mole de piedra que recordará siempre la caridad y el talento de un aristócrata. Estamos en el manicomio Astro-Hermoso.

Alguien—que ahora no recuerdo—ha llamado á estos templos «Cárcel sin criminales, Hospital sin quejas, Cementerio sin muertos», todo lo cual no deja de ser una verdad á medias. Lo que sí es cierto, que un manicomio es el cementerio donde está enterrada la razón. Hoy, en esas casas de salud, no se pasea la fuerza: no impera el despotismo ni la reacción: al enfermo de la

Digitized by Google

inteligencia se le considera como lo que es; pero de ninguna manera se le castiga. El mismo manicomio Astro-Hermoso, demuestra la ignorancia de los que tal creyeron y escribieron. Eso sólo se recuerda en los tiempos de barbarie... Con todo; en pleno siglo XIX algunos criminalistas han condenado al loco...

Este manicomio no tiene aspecto de cárcel, por no existir rejas, ni grilletes, ni loqueros que maltraten á los alienados. Los medios violentos han desaparecido.

. . . . . .

Tres hombres penetran en el jardín: hablan con el director del establecimiento, y un cuarto de hora más tarde, entran en una habitación alegre y risueña. Delante de un montón de libros, y revolviendo un legajo de papeles manuscritos, hay un desgraciado enfermo.

Es el doctor Tomassi.

Parece un viejo, al primer golpe de vista. Sombrío y cabizbajo; desencajado el rostro, despeinada la barba, nariz afilada cual si fuera un cadáver; y aquella mirada, antes alegre y risueña, habíase transformado en triste y miedosa.

A juzgar por el aspecto que presenta. nadie le conocería.

Saludáronle, y no respondió. Desc

Digitized by Google

permanecieron un cuarto de hora viéndole escribir algunas cuartillas. Un movimiento brusco le hizo levantar del sitio donde se encontraba sentado, y dirigiéndose á los recién llegados, preguntó con interés por las *ptomainas* de Sor Magdalena y por el procesado Machado.

Pidiéronle un favor... ¡Que les concediera un abrazo!

Tomassi, con la vista extraviada, accedió á la petición; y después de llorar los tres una buena pieza, volvieron á salir más tristes que entraron.

Eran el doctor Castro, D. Anacleto y el ex procesado Machado.

Madrid: Octubre 1891.—Febrero 1892.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

DEL MISMO AUTOR

Ptomainas y leucomainas. (Estudios contemporáneos de química legal.) Un tomo, en 4°.

CUATRO PESETAS

Para los pedidos dirigirse: en *Madrid*, á D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, y D. Victoriano Suárez, Preciados, 48. En *Valencia*, Don Ramón Ortega, Bajada de San Francisco, 11.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google